

HÉCTOR
POUS
RENCOR



HÉCTOR
POUS

RENCOR

Primera edición: Septiembre de 2019
© 2019, Héctor Pous Sempere.

Diseño de la cubierta y maquetación: Héctor Pous

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial del libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo del autor.

Todos los hechos aquí descritos pertenecen a la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales es pura coincidencia. Algunos lugares son reales pero se han tomado libertades para la historia.

A mi madre, por haber despertado en mí la pasión por la lectura.

Quisiera agradecer a las siguientes personas que me han ayudado con el libro: Vicente Carrió Ibiza Ibiza Tur por la documentación acerca de la policía. Teresa Soria por haber sido mi lectora
cero más voraz, a Joan Berbegall y Josep Antoni Santacreu por sus consejos. Francisco Galera
por sus constantes discusiones sobre mis tramas.

Para ti.

1

Hubo un tiempo en que Terrabona era un lugar tranquilo, donde nada sucedía y no se tenían perspectivas de que nada sucediese en el futuro. Pero ese tiempo estaba llegando a su fin.

El pequeño municipio de Terrabona, un pueblo dormitorio olvidado por todos menos por sus pocos habitantes, se extendía exiguo en la costa valenciana. El verano había llegado y como cada año los turistas ingleses ocupaban las costas disfrutando del Sol abrasador del mes de Junio. En la costa todo parecía limpio y cuidado pero si uno se adentraba en el pueblo, encontraría otro panorama.

Calles agrietadas y desiertas por doquier, en Terrabona no había nadie, todo el mundo trabajaba fuera, allí el único trabajo lo realizaban ancianos agricultores y unos pocos jornaleros cuando era época de recolección de la naranja. Aquellos que quisieran trabajar, debían mirar en otras poblaciones, no les quedaba otra, quedarse significaba morir de asco.

El único edificio interesante de este pueblo se alzaba entre naranjos; antiguo y elegante, el Colegio San Cristóbal de Terrabona, con su fachada hecha de roca blanca y pilares ornamentados de mármol del mismo color. Daba la sensación de un castillo encantado, por supuesto no lo era, anteriormente había sido un monasterio bastante conocido hacía algún que otro siglo. El edificio tenía tres plantas, cada una destinada a: Primaria, Secundaria y Bachillerato respectivamente, a algunos alumnos les hacía ilusión el llegar al último curso de Primaria porque eso significaba que subían a la planta superior y tendrían mejores vistas; los que pasaban a Bachillerato, si es que pasaban, les daba igual.

Los terrenos eran espaciosos, allí había un campo de fútbol que a su vez tenía postes con canastas para jugar al baloncesto, árboles y mucho espacio para hacer que los niños, en su confinamiento, se lo pasasen lo mejor posible... o lo peor posible.

Carlos Cots, un adolescente de dieciséis años, delgado y de aspecto frágil, Caminaba mirando a los lados, temiendo ser objeto de burla otra vez.

El recuerdo del tanga de Lara, la chica por la que estaba enamorado desde los seis años, le hizo sonreír pese a la vergüenza que había sentido teniendo una erección en medio de clase.

Sonriendo se adentró en el edificio. Tenía unas ganas tremendas de orinar.

Carlos entró al sucio y maloliente servicio de su instituto bajándose la bragueta, ya no podía más. El sitio estaba revestido de baldosas blancas salpicadas con orina y mocos, pintarrajeadas con rotuladores permanentes con todo tipo de frases y dibujos obscenos. Cuando el chorro se inició, Carlos dejó escapar un respiro de alivio. No vio que dos personas estaban detrás de él.

Rubén Ibáñez era un chico de diecisiete años atlético y varonil con la mandíbula cuadrada y pelo largo del color de la arena, iba seguido por su sombra: Un chico con cara de pocas luces llamado Pablo Roca que señalaba a Carlos.

—Ahí lo tienes —dijo Pablo—, seguro que aun la tiene dura.

—¿Te gusta el culo de mi novia, Esmirriado?

Con la primera palabra de Rubén a Carlos casi se le cortó el chorro pero no se podía detener. No contestó, ignorar era su mejor arma defensiva aunque no fuera fácil utilizarla. Así le llamaban por allí, Esmirriado, entre otros apelativos cada cual más ofensivo que el anterior.

—Cuando alguien te pregunta debes contestar —insistió Rubén—. ¿No eras maricón?

Carlos estaba harto de que todo el mundo se burlase de él diciendo que era gay, siempre se había contenido pero hoy, aunque tímidamente, contestó:

—¿A caso no lo serás tú?

Rubén lo agarró de los hombros haciendo que Carlos lo salpicara todo con su chorro mientras Pablo se unía a su fiel líder en sus esfuerzos.

Entre ambos arrastraron a Carlos hasta uno de los cubículos.

Carlos lanzó codazos sin mucho afán, en el fondo sabía que era inútil resistirse, él no tenía fuerza y solo conseguiría que le hicieran más daño, aun así se resistió aunque fuera una mera resistencia simbólica.

Los esfuerzos de Carlos divertían a Pablo que le habló a la oreja, haciéndole llegar su apestoso y húmedo aliento.

—Entra a ver si te gusta la sorpresita que te he dejado.

Con un último empujón, Rubén y Pablo tiraron a Carlos contra la asquerosa taza del inodoro.

Carlos alzó una mano para evitar golpearse la cara contra la pared, se torció la muñeca derecha. Dentro del inodoro una pastosa mierda ocupada toda la taza desprendiendo un olor nauseabundo, Carlos se tapó la boca y la nariz con su mano buena y se giró hacia la puerta.

Rubén estaba listo para la siguiente ronda pero Carlos fue más rápido y cerró la puerta bloqueándola con el pasador. Rubén zarandeaba la puerta, temblaba como si un gran terremoto la estuviese sacudiendo y Carlos apoyó su cuerpo en ella para que no se saliese de los goznes.

—¡Abre Esmirriado de mierda! —gritó Rubén.

Pablo empezó a reír, sonaba como los rebuznos de un burro.

—¡Abre! te voy a enseñar lo hombre que soy —aporreaba la puerta Rubén—. Te voy a enseñar a no mirar a quien no debes. ¡Abre!

—Eso —coincidía como un idiota Pablo.

Al no obtener respuesta, dio un golpe en el contrachapado blanco dejando un agujero. El golpe fue tan violento que Carlos lo sintió recorrer su esqueleto, el sonido lo dejó sordo.

—Como vuelva a pillarte te voy a matar, ¿¡me oyes!?! El día que menos te lo esperes te hundiré la cabeza de un puñetazo.

Mientras Rubén continuaba profiriendo amenazas, Carlos estaba apoyado contra la puerta al borde de las lágrimas, impotente ante la agresividad de Rubén.

Al cabo de unos interminables segundos se cansaron y decidieron marcharse. Era la hora de la salida y tenían que entrenar, por ningún motivo iban a quedarse más que el tiempo obligatorio en el instituto.

Cuando todo se calmó, Carlos abrió la puerta despacio, sin hacer ni un ruido. Miró por la fina ranura y solo vio el servicio desierto.

De pie junto a los urinarios, Carlos miró a la puerta de entrada, asustado por si estaban allí fuera esperándole. Reunió valor, le costó mucho pero al final decidió que le daba igual lo que le pasase.

—El día que menos lo esperes —dijo entre dientes Carlos—, seré yo quien te mate.

Pero su falta de convicción era evidente ¿cómo iba un esmirriado como él a siquiera pensar en hacerlo? Apartó ese acceso de locura de su cabeza.

Con mucho sigilo abrió la puerta y se encontró un pasillo laminado en madera, desierto. En el umbral de la puerta Carlos contempló la quietud del pasillo, un reflejo de cómo era toda su existencia, solitaria.

Nadie en el instituto, nadie por las calles mientras andaba con la cabeza gacha y las manos en

sus bolsillos. La mochila le pesaba como si llevara una roca en la espalda. El camino hacia casa se lo conocía de memoria, no le apetecía ir allí, pero no tenía otro sitio al que acudir, no tenía actividades extraescolares en las que poder concentrarse, ningún cine cercano en el que encerrarse, en Terrabona no habían bibliotecas en las que pasar el día y no tenía amigo alguno con el que hablar hasta que se pusiera el Sol.

Resignado, se dirigió al único sitio seguro que disponía.

Un piso viejo y ennegrecido que habían intentado reformar muy poco; estaba sucio, había pelusas de polvo rodando como si fueran plantas rodadoras de un western, todo estaba desordenado, daba la sensación que este piso estaba abandonado desde hacía diez años, pero la puerta de la entrada se abrió y Carlos entró arrojando la mochila a una esquina al azar y cerrando de un portazo.

«Puto Rubén» pensó Carlos, desde hacía semanas su odio hacia él había ido en aumento, sabía el momento exacto en que empezó a ser insoportable: Había salido andar y se había encontrado con Lara y él besándose apoyados en una pared, una daga atravesó el pecho de Carlos y la punzada de los celos no había dejado de dolerle desde entonces.

Al menos en esa destartada casa podría obtener un poco de paz y seguridad, el encuentro con Rubén y el lameculos de su amigo lo había dejado agotado, odiaba sentirse tan impotente pero tenía que aceptar la verdad de que nunca podría enfrentarse a alguien como él. Se acostaría y mañana sería un nuevo día, tal vez nadie se burlara aunque lo dudaba. Se habría extendido la historia de los baños y conociendo a los idiotas del instituto, se habrían encargado de modificarla para humillarle aun más, para mostrarlo como un mariquita que habría arañado al grandote Rubén en su afán de agarrarle la polla y él le había dado su merecido o tal vez como un baboso que se hacía pajas en el servicio pensando en los culos que había visto en clase. La coherencia no valía, solo el poder de humillar al Esmirriado. Tenía ganas de que el instituto acabase y perder a todos de vista. Que se fueran a la mierda.

Del sucio y maloliente servicio salió un hombre de unos cuarenta años con barba de seis días y el pelo alborotado, era evidente que volvía a estar borracho, ni siquiera había tenido la decencia de vestirse y bajar a su bar preferido. Rafa Cots, padre de Carlos iba vestido con una camisa interior blanca con manchas y unos calzoncillos holgados de tela.

Rafa balbuceó algo ininteligible para Carlos pero que para él sonaba perfectamente elocuente, sonaba a:

—¿Crees que esa es manera de entrar?

—Ahora no papá —dijo en un tono que quería decir «no me molestes».

Carlos iba a encerrarse en su habitación, tal vez eso fuera mejor dadas las circunstancias.

Se acercó a su padre evitando mirarle a los ojos. Cuando estuvo cerca de él, Rafa le puso una mano en su pecho obligándole a pararse. Apretó, dolía.

—¿Quien coño te crees que eres hablándome así? —no se entendía nada. Carlos estaba frente a frente con la cara de su padre, cerró los ojos, el olor a alcohol cortaba la respiración—. Eres muy valiente ¿verdad? te ponemos mi uniforme y vemos si aguantas una noche de patrulla.

Carlos se soltó, miraba de un lado a otro, pero no había hueco en el estrecho pasillo para escabullirse a su habitación, reticente echó un vistazo fugaz a los enrojecidos ojos de su padre que continuaba en su incomprensible parloteo enfadado.

—Deberías de respirar lo que yo respiré, ver lo que yo vi. Pero no lo soportarías porque eres un blando.

En su borrachera no se entendía nada, pero no había nada que entender, Carlos había aprendido a bloquear lo que fuera que le estuviese diciendo e ignorarlo.

Intentó esquivarlo pero se interpuso en su camino, otro intento, esta vez siendo escurridizo

como un pez. Lo logró. Continuó hacia su habitación, la tenía a menos de dos metros. Si dormía la mona, su padre olvidaría todo lo que le hubiese dicho y volvería a su estado depresivo de siempre.

Rafa le agarró la camisa con tanta fuerza que la desgarró. No pensaba dejarlo tan pronto.

—¿Qué coño haces? —gritó enfadado Carlos, no lo podía ignorar más—. ¿Crees que tengo camisas de sobra? Vete a tu habitación papá, duerme la mona.

—Cuando te enfrentes al fuego y casi mueras no te importará una camisa rota. ¿Te gustaría no tener que ponerte una nunca más? si hubieras estado a punto de morir, de ver la muerte tan cerca como yo, lo mirarías todo como lo hago yo: Como una mierda que no vale la pena.

Ahora lo que farfullaba su padre le quedó claro, ¿cómo no se había dado cuenta? era lo que había estado intentando ahogar a base de alcohol todo ese mes. Su padre había recibido una llamada a la comisaría que le anunciaba que había un incendio en la panadería de la Calle del Forn. Codujo a toda velocidad y estuvo allí antes de que llegasen los bomberos. Vio a la panadera fuera retorciéndose las manos y llorando en un ataque de ansiedad, miraba como el humo y las llamas salían de la panadería que era a su vez su casa. Rafa, al oír lo que decía la panadera «¡Miquelet sigue dentro!» entró sin pensárselo dos veces. Luchando contra la tos, el calor y el desfallecimiento, Rafa subió las escaleras que llevaban a la casa, encontró al bebé en una de las habitaciones, lo cubrió con una manta para protegerlo de las llamas y se encaminó de vuelta a rastras para evitar el venenoso humo. Un tablón del techo se desprendió, las chispas que levantó casi lo dejaron ciego. A pesar del intenso dolor avanzó. Una vez fuera, la ambulancia estaba llegando y corrió para atendiesen al niño. Trataron de ponerle una mascarilla de oxígeno pero él no paraba de gritar «¡A mí no, al niño!» Cuando abrieron la manta encontraron al pequeño Miquelet muerto.

Carlos intentó serenarse e intentar una vez más que la noche pusiera todo en su sitio.

—Papá relájate, ve a tu habitación y mañana veras...

Una bofetada lo tiró contra la pared.

—¡Como me vuelas a llamar borracho te juro...

Carlos empezó a gatear hacia su habitación.

—¿Dónde crees que vas? —dijo meciéndose al intentar seguirlo con la mirada.

Carlos, avergonzado miró a su padre desde la puerta. Lágrimas de rabia le surcaban las mejillas.

—¡Cabrón de mierda! —estalló Carlos—. ¿Qué diría mamá si te viera?

—¡No menciones a tu madre!

A trompicones Rafa se acercaba a Carlos, pero su hijo fue más rápido y se encerró en su habitación. Detrás de la puerta se oyeron ruidos mientras Carlos, furioso, bloqueaba la puerta tirando lo primero que encontrara.

Carlos respiraba fuerte, su pecho se movía con violencia, por fin estaba en su habitación, un sitio igualmente desordenado y sucio cuyos únicos elementos limpios era la colección de CDs en una estantería negra abombada por el peso y un piano eléctrico que parecía haber sido pulido con cera.

Se acostó en su cama pero no podía relajarse, no podría en toda la noche. Una sensación de peligro lo inquietaba, respiraba aceleradamente «¿y si ahora tumba la puerta como quería hacer Rubén y me vuelve a pegar?» insistía su mente, su padre nunca se había mostrado tan violento, pero esta no era la primera vez que le pegaba en este mes. Antes solo se mostraba deprimido, ahora todo era a peor. Deseaba que lo dejara de una vez, pero con un adicto no se puede razonar y

Rafa Cots sabía de eso bastante. Cuando conoció a su futura mujer y madre de su hijo, era un pastillero esmirriado de la ruta del Bakalao que se metía rayas de cocaína y se emborrachaba todos los fines de semana quemando el poco dinero que ganaba y por ella dejó toda esa mierda, ella era su pilar de limpieza y sobriedad.

Hasta ese momento, aunque el mundo exterior asustaba a Carlos, dentro de esta casa tenía una cierta paz y seguridad. Ahora no estaba seguro ni en su propia casa.

Tres horas más tarde, cuando todo se calmó, Carlos daba vueltas a la habitación. Harto de la ansiedad, se sentó al piano. Contempló por la ventana que daba a la Montaña de la Creu, el Sol se ponía tras la cruz de hierro oxidado que coronaba la cima de la colina. Su aspecto era frágil, parecía que se iba a derrumbar si el viento soplaba un poco más fuerte de lo habitual.

Carlos posó sus manos sobre el piano, las apartó indeciso, no sabía qué tocar. Cada vez que se sentía mal con su mundo, Carlos tocaba el piano eléctrico, la herencia más preciada de su madre junto a la colección de discos.

Carlos miró una foto que había sobre su escritorio, en ella un Carlos de seis años saludaba a cámara con su madre, que estaba en la cama de un hospital con un pañuelo alrededor de su cabeza.

Había encontrado lo que estaba intentando expresar. Sus manos tocaron las teclas del piano y una melodía que alternaba altibajos de agresividad, pasión, delicadeza y tristeza se apoderó de la habitación.

Dos horas más tarde estaba profundamente dormido junto al piano con un brazo sobre las teclas.

Lo que pasase mañana lo tomaría con resignación. Al menos en sus sueños era libre, pero en muchas ocasiones incluso allí lo perseguían las burlas.

3

Bajaba las escaleras con el murmullo lejano de su clase delante de él, quería retrasar al máximo su llegada a la siguiente clase, la aborrecía tanto como aborrecía al profesor que la impartía.

Al salir, vio el campo de barro con rayas blancas pintadas de manera improvisada. Tenía dos porterías de fútbol oxidadas y sin red a cada lado, un poste con un aro de baloncesto sobre cada una de ellas. Carlos odiaba el deporte pero prefería jugar a baloncesto un millón de veces antes que jugar a fútbol, pero en el mundo parecía que solo existiera un deporte. Encendía la televisión y veía las noticias, cuando llegaba la sección de los deportes, el único del que se hablaba era de fútbol, si el espacio duraba treinta minutos, veintiocho de ellos se lo dedicaban a machacar sobre partidos, poniendo música dramática y dramatizando algo que tenía menos drama que alguien cocinando un pastel, hablando de los jugadores como si fuesen dioses. Rubén estaba allí rodeado de sus amigos y su fiel sombra Pablo, quería llegar a ser un jugador profesional y aprovechaba cada ocasión para demostrarlo. Carlos pensaba que iba en el buen camino, ya era un ignorante analfabeto con el único propósito de ganar.

Un grupo de unos treinta alumnos estaba congregado delante del profesor de gimnasia. Mario era un chico de treinta años con cuerpo atlético; lucía una barba perfectamente delineada; su pelo, un tupé negro peinado con algún tipo de potingue que lo dejaba brillante. La imagen perfecta de un futbolista, de hecho, Mario había deseado llegar a profesional pero la oportunidad nunca llegó y se tuvo que contentar con este puesto, soportando adolescentes cuando los detestaba cada vez más. Entre los alumnos se rumoreaba que le habían dado este trabajo porque no daba para más. Gobernaba a sus alumnos como si él fuera un general y ellos sus soldados.

—A Ver... Rubén, Iván. Haced equipos —dijo Mario fingiendo señalar al azar.

Rubén salió sonriendo satisfecho junto con Iván, un chaval de diecisiete años que siempre miraba por encima del hombro a los demás pero que rara vez lo hacía con maldad. «Eso, sonrío imbécil» pensó Carlos.

Rubén fingía que le costaba decidir pero estaba claro que ya tenía su equipo en mente.

—Pablo.

Uno a uno Rubén e Iván fueron seleccionando a los alumnos de más atléticos a más escualidos o gordos, de sus amigos a los marginados.

Carlos y Patri «La Gorda», una chica de dieciséis años con algunos kilos de más y una maraña sin brillo de color arena por pelo, fueron los últimos candidatos a ser elegidos.

Rubén los miraba con una mano en su barbilla. Alargó su decisión haciendo que se sintieran aun más incómodos.

—Fatty, quiero decir, Patri —se burló Rubén.

Patri avanzó y sin que nadie más que ella lo oyera dijo:

—Muy gracioso, Cabrón.

Durante un largo rato, Iván se debatió entre escoger a Carlos o pedir jugar con un jugador menos.

Harto de tanta tontería, Mario dijo:

—Carles, al equipo de Iván.

Carlos se quedó en su sitio, levantó la cabeza y dijo asqueado:

—Es Carlos.

—¿Crees que no me sé los nombres de mis alumnos? —dijo Mario desafiante

—Supongo que los tiene en su lista, si se dignara a mirarla sabría algún nombre más que el de los dos capitanes.

—Si tienes alguna queja se la dices a dirección, ahora cállate y vete con tu equipo, tengo una clase por delante —dijo Mario tajante. Se giró y miró a todos—. A calentar.

—A ti sí que te calentaba la cara—murmuró Carlos.

Mario lo oyó.

—¿Decías algo, Car-los?

—No señor —dijo imitando a un soldado.

Mario decidió que no tenía tiempo que perder discutiendo con un esmirriado como Carlos.

Jugarían a lo que Mario calificaba de «béisbol» pero que en realidad era fútbol con las normas básicas del béisbol. Carlos entrecerró los ojos cuando vio a Mario traer unos conos que actuarían como base y una pelota de fútbol. Cuando dijo:

—Vamos a jugar a béisbol.

Carlos incluso se había emocionado pero al ver el balón y como proponía que jugaran (chutando en vez de dando con un bate) Carlos empezó a gritarle mentalmente «¡Eso no es béisbol, gilipollas! Qué manía con jugar siempre a lo mismo. No voy a jugar, me niego». Cruzó los brazos con el ceño fruncido.

Cuarenta minutos después, todos estaban extenuados. El equipo de Rubén iba perdiendo y eso le ponía muy nervioso, para él solo había un resultado: Ganar. (Por muy idiota que fuera el juego)

Patri era la siguiente, miraba el lanzador con miedo, había fallado todos los tiros hasta el momento. Rubén la culpaba por estar perdiendo, todos en su equipo debían ser los mejores, debían ganar, ÉL debía ser el mejor, así es como llegaría lejos. Por una casualidad, Patri dio una patada al balón que lo lanzó a quince metros. Sorprendida por su golpe de suerte, se quedó parada.

—¡Pero qué haces ahí parada! —gritó indignado Rubén— ¡Corre Fatty, corre!

Empezó a correr con sus michelines bamboleando. Fatty era otro de los motes que tenía Patri desde que un día un profesor estaba enseñando los orígenes del cine y apareciese Fatty Arbuckle, un actor cómico rollizo con cara de mujer que hacía películas mudas en la década de 1910 y alguien gritara «Pero si se parece a Patri» desde entonces se había dejado el pelo largo para evitar comparaciones pero seguían llamándola Fatty aunque ella ocultaba su disgusto.

—Mira como se le mueven las moyas —le dijo Rubén a Pablo sin tener la decencia de bajar la voz.

La carcajada de asno de Pablo resonó por todo el campo. Rubén se dio cuenta de que iban a eliminarla.

—Para en esa base —murmuró Rubén.

Patri no paraba.

—¡Para! —empezaba a ponerse nervioso.

No paraba.

—¡Que pares, gorda!

El silbato sonó cuando el lanzador rival volvió a tener la pelota en posesión, eliminando a Patri y condenando el juego para Rubén.

—Eliminado —dijo Mario.

—¡Mierda! —gritó Rubén. Se dirigió hacia Patri caminando enfadado— ¿Es qué no me

escuchas? Cuando te digo que pares, te paras, para algo soy el capitán. ¿Qué es: Que la grasa de tus orejas no te dejaba oír? ¿O que tenias miedo que tus michelines te tiraran al suelo si parabas?

Patri, avergonzada, bajó la cabeza. A su alrededor estaba toda la clase mirándola, algunos evitando reírse. Lo había conseguido, pensó sudando y respirando con dificultad, a su manera, se había sublevado. Por supuesto que había oído a Rubén, por eso no paró. Su ansiedad por ganar era tan fuerte que le provocó una satisfacción increíble que hubiera perdido. Estaba acostumbrada a los insultos, sabía bloquearlos.

Mario se acercó a Rubén, lejos de recriminar su penosa actitud, le dio unas palmadas amistosas en la espalda.

—Vamos, ella no tiene la culpa de que seas tan bueno.

—¡Es que no puedo!, de verdad, Mario.

—Eres demasiado competitivo, eso es bueno, es lo que te ha llevado a ganar todas las medallas que tienes. Pero debes frenarte un poco.

Rubén asintió con dificultad.

—Es verdad, lo siento Mario.

Volvió junto a Pablo sin dignarse a pedir disculpas a Patri.

El partido continuó.

El equipo de Iván estaba ahora en fila india ante el lanzador: Rubén.

Uno a uno chutaron los alumnos hasta que le tocó el turno a Carlos. Cuando Rubén lo vio, lanzó la pelota de un chute tan fuerte que se convirtió en un borrón, una bola de cañón dirigida a los pies de Carlos para dejarlo lisiado.

Carlos, actuando por instinto, dio una patada con todas sus fuerzas al balón. Resonó como un trueno en su pie.

La pelota voló fuera del campo.

Carlos corrió de una base a otra, parecía llevado por el viento, iba a conseguirlo, estaba cerca, muy cerca. ¡Sí! Hizo una carrera gloriosa, dándole la victoria al equipo de Iván.

Carlos por poco se derrumbó cuando llegó a meta, aun cansado y sin aliento, no pudo evitar sentir el éxtasis del éxito, sonreía, no lo podía esconder, alzó los brazos en señal de victoria.

Cuando la alegría decayó un poco y le permitió ver a los demás, se dio cuenta de que a nadie había parecido importarle.

Al terminar, se dirigieron a los vestuarios del instituto. Carlos iba todo lo detrás que podía de los demás chicos «No sé porque me he esforzado siquiera» pensaba cuando llegó a los vestuarios.

Una pequeña sala revestida de azulejos blancos, ganchos en las paredes y duchas al fondo, allí se podía respirar el sudor y las hormonas en ebullición.

Se sentó en el fondo tratando de pasar inadvertido. Había hecho una gran carrera pero nadie lo miraba, los desodorantes en spray daban una atmosfera brumosa a los vestuarios pero no eran capaces de enmascarar la peste a sudor y a pies adolescentes. Carlos los observaba con la esperanza que alguien dijese «bien hecho» así de simple pero eso no sucedió.

Iván se acercó a Rubén dándole una palmada amistosa en el hombro, sonrió y le dijo a todo el vestuario:

—Señores, he vencido al campeón —imitaba un tono dramático exagerado.

Todos rieron e Iván se giró hacia Rubén.

—Te he machacado —le dijo bromeando.

Rubén negó con la cabeza y retuvo una sonrisa.

—Sí, pero yo he sido el único que ha hecho una carrera completa —le dijo siguiéndole la corriente.

—¿A sí? pues no te ha servido de nada.

—Pongámoslo así, solo si me pudieran clonar y me pusieran en tu equipo conseguirías hacer una carrera. Todo lo que tenías eran paquetes.

—¿Me hablas a mí de jugadores malos? Tú tenías a la gorda.

—Que tía más idiota, pero yo no la hubiese seleccionado, me la encasquetaron como a ti te han encasquetado al pringao del Esmirriado. ¿Por qué los dejan jugar? Así no hay manera de ganar.

Pese a que Carlos deseaba contenerse y no darse por aludido ante Rubén para evitar una nueva humillación, esta falta de respeto y de reconocimiento a su logro fue la gota que colmó el vaso.

—Yo he hecho una carrera —dijo desde el fondo del vestuario.

Todos se giraron, Rubén ni siquiera lo miró.

—Tú no has llegado ni a la primera base, Esmirriado —dijo Rubén desdeñoso. Se dirigió a los demás—. Oíd, dentro de dos semanas tenemos la final del campeonato, venid a animarme y os saludaré con el trofeo en las manos, ¿qué me decís...

—Creo que he sido incluso más rápido que tú —dijo haciendo un esfuerzo por contenerse pero el temblor en su voz, sus labios apretados y sus puños cerrándose revelaban que estaba conteniéndose para no explotar.

—¿Con esas piernas de gallina y esa pluma? sí, ya. No hay nadie mejor que yo.

Carlos estalló.

—¡Yo he hecho una carrera!

—¡No has hecho más que estorbar! ¿Cuándo vas a comprender que nadie te quiere cerca? lo único que haces es ocupar espacio, bueno, no mucho. Yo soy un ganador y no permito que nadie me haga perder. Si yo fuera entrenador te habría tirado pronto.

Rubén se alejó y posó su mano en el pomo de la puerta. Carlos dio un paso adelante.

—Lo que te jode es que hoy, yo he sido mejor que tú.

—¡No! —le gritó tajante Rubén—. Vístete y vete de los vestuarios de una puta vez, maricón.

Todos coincidieron con Rubén. Carlos quería contestarle, quería ir allí y partirle la cara. No sabía qué tipo de locura se había apoderado de él últimamente tal vez fuera que se estaba hartando de ser la víctima. Miró las caras de hostilidad y no le quedó otra que aguantarse su rencor y sus ganas de agarrarle del cuello y asfixiarlo, le miró con una mirada asesina.

Rubén salió del vestuario, Pablo se quedó mirando a Carlos que respiraba con fuerza y se había quedado fijo en su sitio mirando la puerta con el cejo fruncido. Salió a reunirse con su líder.

Poco a poco todos fueron saliendo apenas dedicándole una mirada de refilón mientras lo hacían. Solo, empezó a desnudarse ¿Cuánto iba a durar esto? Llevaba toda su vida soportando las humillaciones, se odiaba a si mismo porque lo único que hacía era quedarse mirando con una patética cara de enfado que nadie se tomaba en serio. Pero ¿Cómo podía acabar con ello? No lo sabía. A menudo fantaseaba que un día tendría superpoderes y se vengaría de todos ellos, pero la cruda realidad lo golpeaba una y otra vez: dichos poderes solo existían en las películas, los Cómics y los libros que él devoraba; por mucho que lo deseara no era real.

Comprobando que no había nadie fuera, salió y con la cabeza agachada se dirigió a la salida de vuelta a su sucia y deprimente casa.

Con un poco de suerte su padre no estaría allí.

Carlos caminaba por inercia por una calle que se conocía de memoria. Esta calle anodina aburriría a cualquiera, casas viejas y descoloridas a ambos lados, era como viajar en el tiempo y aterrizar el año 1920, todo seguía igual. Nadie invertía en Terrabona, perderían dinero. Como todos, Carlos deseaba salir de allí nada más pudiese, tal vez por ello se esforzaba tanto en estudiar, porque sabía que si salía de allí y encontraba trabajo nunca regresaría a Terrabona. Pero los días duraban siglos, las semanas parecían milenios y el ir a la universidad estaba a años luz: inalcanzable con la situación actual. Los veranos eran lo peor, se los pasaba encerrado en su cuarto soportando el asfixiante y pegajoso calor del Mediterráneo, no quería ir a la playa y mostrar su esquelético cuerpo a los demás. Nunca recibía una llamada para ir a ningún sitio, Terrabona estaba desierta, como si él fuese el único habitante.

Con la cabeza gacha avanzaba y contemplaba la cantidad de grietas que había en el pavimento, síntoma que el ayuntamiento no prestaba la menor atención al mantenimiento del pueblo de Terrabona. Estaban gobernados por unos incompetentes que solo buscaban un sueldo a final de mes.

Con los ojos casi cerrados por el sueño, avanzaba. Echó una pequeña cabezada, sus pies le llevarían a su destino. No había visto a su padre en casa, tal vez estuviera durmiendo, no lo había mirado, tal vez estaba ya en su bar preferido en la calle Sant Vicent. Había cogido unas magdalenas de la cocina y se había marchado.

Al girar una esquina entreabrió los ojos, vio una larga y desierta calle. «¿Cuanto queda?» pensó exasperado, continuó andando absorto en sus pensamientos. «Como me encantaría que todos esos capullos desapareciesen» se dijo visualizando a Rubén y al imbécil de su seguidor Pablo en particular. Deseaba una vida normal: amigos con los que salir y reír; una novia, alguien con quien compartir y recibir cariño, Lara era ese alguien, aunque se sentía atraído por otras chicas, sabía que ella era a quien quería de verdad. Por encima de todo deseaba un padre que estuviera allí para él, en los buenos y los malos momentos, alguien que le diese consejo del que pudiese aprender, pero tenía a un borracho depresivo en casa.

Una mano le tocó el hombro. Una voz autoritaria y varonil dijo:

—Alto, guardia civil. Saque todo lo que lleve en los bolsillos.

Carlos se sobresaltó abriendo los ojos de par en par y empezando a temblar.

—Yo no llevo nada agente —dijo tartamudeando.

Se vació los bolsillos, solo habían pañuelos de papel. Su aspecto era patético con los bolsillos por fuera.

Una risa que conocía muy bien llegó hasta él.

—Eres muy fácil de engañar, Carlos.

Se giró y vio para su vergüenza que era Lara, sus ojos verdes entrecerrados mientras reía ocultando su boca con la mano. Sus rizos castaños le caían sobre los hombros. Vestía con pantalones a rayas holgados y una vaporosa blusa blanca, su aspecto en los años 60 hubiera sido calificado de hippie pero ahora, en 2020, se llamaba perro-flauta. A sus dieciséis años era la chica más guapa e interesante que Carlos hubiese conocido, siempre estaba en su mente desde que la conoció cuando tenían cinco años; desde hacía poco fantaseaba con ella a todas horas.

Carlos se rió por el alivio de que no fueran a denunciarlo y la vergüenza que había pasado.

—Me has pillado, eres muy buena haciendo imitaciones.

—Otro de mis talentos —dijo Lara alagada—. Vamos, ¿estás preparado para otro día?

—¿Otro día de aburrimiento? Claro. Hacía bastante que no venias a pie.

Llevaba sin ir con él desde que salía con Rubén, pero Carlos no se lo echó en cara, quería disfrutar de su compañía otra vez.

—Demasiados años haciéndolo —dijo ella—, tenía que variar. Ir de paquete en una moto es mejor.

—Mejor es quien la lleva ¿verdad? —dijo Carlos tratando de aparentar que le daba igual.

—Rubén tiene madera de piloto ¿a que sí?

Carlos no contestó solo apretó los dientes y Lara continuó.

—Me lleva donde quiero. Me quiere lo sé, el otro día...

—Tengo pensado tocar un par de canciones cuando nos den los graduados —Carlos la interrumpió, necesitaba cambiar de tema—, llevaré el piano.

—¿Por fin te atreverás a tocar en público?

—Me lo estoy pensando.

Era mentira, solo quería encauzar la conversación hacia ellos dos, no Rubén.

—No tengas miedo, tienes que compartir el talento que tienes con los demás. Yo he expuesto un par de cuadros ya. Rubén va demostrando a todas horas lo bueno que es. Llegará a profesional, lo sé, ya tiene el cuerpo.

Lara se rió de su propio chiste. Carlos estaba serio, se miró a sí mismo en el reflejo de un coche y solo vio al Esmirriado, no tenía gracia.

Con cada intento de tener una conversación, ella sacaba a Rubén. No había nada que hacer. Lara era una persona muy inteligente, Carlos lo sabía, pero desde que estaba saliendo con Rubén parecía una idiota hablando tanto de él, como si fuese el ser más perfecto que hubiese habitado la Tierra. Había dejado por completo de lado a Carlos como si no se hubieran conocido en la vida y sentía un vacío insoportable dentro de él. Pero ahora, caminando con ella pese a que lo estaba bombardeando con el capullo de Rubén, no podía dejar de mirarla y sonreír porque sentía el roce de su brazo contra el suyo, la calidez que emanaba y lo suave que era su piel.

Minutos después estaban cerca del instituto, ya lo veían despuntar sobre la copa de los árboles con su mármol blanco brillando amarillo con el Sol naciente.

Carlos y Lara continuaban su charla, si bien insustancial, divertida. Lara había parado de hablar de Rubén unos minutos y Carlos se alegró por poder compartir con ella sus intereses y volver a tener la misma amiga de siempre.

—Esa peli sí que daba miedo —dijo Carlos recordando la película que vio hacía poco.

Había ido solo en su maltrecha bicicleta hasta Gandía para verla en pantalla grande, había valido la pena. Sentarse en una sala a oscuras era reconfortante, se olvidaba de sus problemas aunque solo fuese durante un par de horas.

—Yo he ido con Rubén a verla al cine y no me ha parecido para tanto, aunque la verdad es que no prestaba mucha atención a la peli.

Con amargor, Carlos volvió a sentir la punzada en el estomago, ya estaba metiendo a Rubén por en medio otra vez, debía contenerse y no estropear este delicado reencuentro con Lara, pero era tan difícil. Lo último que quería oír eran detalles de su vida sentimental. Lara continuaba, hablaba y hablaba, no se detenía.

—Luego fuimos a la hamburguesería, no debía haberme pedido una hamburguesa con cebolla, por el aliento. Sabes, tuve que forzar a Rubén a que se comiera las patatas y la hamburguesa; él no

paraba de decir «Eso lleva más grasa que mi moto, ¿sabes lo que cuesta eso de quemar?» ay, mi Rubi lo que se preocupa por la dieta, más que una chica —Se rió otra vez de su gracia—. Pero vaya si se nota, ¿has visto lo musculoso que está?

—No, Lara, la verdad es que no me he fijado —dijo Carlos intentando contener el hartazgo y fallando.

—Pero compartís vestuario ¿no?, a la fuerza lo habrás visto.

—Ya tengo bastante con que todos crean que soy gay como para que les dé más motivos.

—Ser gay no es nada malo, Carlos, si lo eres solo tienes que decirlo y ya.

Carlos se puso frente a Lara. La miró fijamente a los ojos. Estaba asustado y enfadado pero a al mismo tiempo ese mismo enfado le dio el coraje para decirlo de una vez. Habían sido demasiados años conteniéndose y esta era su oportunidad.

—A mí me gustan las chicas —reuniendo todo su valor le rozó la mejilla con un dedo— Una en concreto.

Lara se rió, creía que estaba bromeando, no veía la realidad y lo que le había costado siquiera insinuarlo. Algo se rompió dentro de él.

—Vamos Carlos, fingir que te gustan las chicas no sirve de nada.

—¡Bueno, ya está bien! —estalló contrariado— Cuando os va a entrar en la cabeza que no soy gay. Puede que no juegue a ningún deporte como tu Rubi ni que tenga un grupo de amigotes con los que golpearme el pecho mientras vemos el fútbol, pero no se me da mal estudiar, tengo un futuro por delante ¿qué tiene él, qué te aporta? ¡Nada! yo voy a salir de este pueblo de mierda en cuanto pueda...

Lara le hizo señas para que bajase la voz.

—Carlos, no te pongas así —intentó apaciguarlo—, yo también quiero salir de este pueblo en cuanto pueda. Rubén llegará a profesional y tendremos una vida...

—¡Ya basta! —la interrumpió desahogándose en el grito— ¿Quieres saber cómo es «tu Rubi» en realidad? te diré una cosa: él es un jugador de instituto idiota y ahí se quedará. Acabará con un trabajo de mierda. Se emborrachará cada día en el bar recordando sus buenos tiempos mientras le crece una barriga cervecera. Tal vez te deje preñada un par de veces para que no lo dejes nunca mientras te amarga la vida y la de los críos cuando llegue a casa y os de una paliza porque le dé la gana ¿es eso lo que quieres? ¿En serio? Tú eliges.

Se quedaron mirándose en silencio. Carlos respiraba aceleradamente apretando los labios en una fina ranura.

—¿Estas celoso? —preguntó Lara fingiendo tranquilidad—. Carlos, sé cómo te tratan pero ese no es motivo...

—¡Tú no sabes nada! Estás tan ciega y obsesionada que no lo verías como es en realidad ni aunque llevara luces de neón y carteles diciendo "soy un idiota agresivo".

—Que te quede claro —le señaló con un dedo, enfadada—, no voy a salir contigo. No eres más que un amargado por eso nadie te quiere cerca.

Carlos abrió los ojos como platos, sintió como si le agarrasen el corazón del pecho y se lo arrancasen. Tragó aire y gritó:

—¡Y tu eres una niñata idiota!

La expresión herida de Lara le hizo comprender que se había pasado, intentó arreglarlo pero ella se dio la vuelta con brusquedad y se dirigió al instituto sola, pisando con tanta fuerza de desprendía polvo del suelo. Carlos se aguantó las ganas de gritar apretando los puños.

«Esto no puede quedarse aquí» pensó. Continuó andando despacio, el Sol se había ocultado

tras una nube tornándolo todo gris y sin vida, los árboles parecían esqueletos que le apuntaban con sus ramas de manera acusadora. Una nube particularmente oscura se cernía sobre el instituto San Cristóbal de Terrabona. Sus pasos cada vez eran más pesados, le constaba acercarse allí, se detuvo. Meditó. De repente llegó a la conclusión de que no era culpa de Lara. La culpa de todo esto la tenía Rubén. Él era el culpable de que Lara actuase así. Él, de algún modo, sabía que Carlos la quería y la había seducido para castigarle, para recordarle que ella nunca volvería con él, para arrebatarse la única persona que le salvaba de la miseria.

Lara desapareció cuando giró la esquina hacía el instituto dejando a Carlos solo con su rencor.

Buscó a Lara todo el día pero ella tenía la habilidad de eludirle era como si no hubiera ido al San Cristóbal.

Enfadado buscó a Rubén, quería estrangularle pero no estaba en ningún sitio.

Salió del instituto y en la entrada los vio, se detuvo y los contempló con los labios apretados, el ceño fruncido y respirando fuerte.

5

Rubén observaba ansioso la entrada instituto san Cristóbal, la esperaba en el exterior donde una fila de motos tipo scooter de todos los colores estaban aparcadas, ninguna de ellas se comparaba a la suya. Estaba montado sobre una scooter cromada que brillaba con el reflejo del Sol deslumbrándolos a todos, un regalo de su padre cuando se sacó el carnet. «Vamos, sal ya de una vez» esperaba que lo que tenía planeado funcionara.

Lara salió de entre los demás alumnos y se quedó mirando la moto con una amplia sonrisa. El Sol volvía a brillar y dibujaba su silueta en un tono dorado dándole una apariencia angelical, una oportuna brisa hizo ondear sus rizos. Parecía sacada de un anuncio de cosméticos. Ella era la indicada, todo lo que necesitaba.

—Sube —dijo Rubén con un ligero temblor en su voz.

Ella lo miraba aun sonriendo, sus ojos brillaban como el cristal.

—¿Dónde vamos?

Rubén se quedó mirándola. Serio hizo un gesto con la cabeza.

—Sube, anda.

La sonrisa pareció flaquear.

—Es una sorpresa —le aseguró Rubén—. Sube.

—Si no me dices donde vamos no subo —bromeó Lara.

Levantó las cejas, un amago de sonrisa apareció en su serio semblante, la contuvo. Era difícil de convencer pero era divertida. Supuso que se lo tenía que decir.

—Que impaciente que eres —dijo fingiéndose enfadado—. Vamos a mi casa, ¿vale?

La alegría volvió al rostro de Lara. Se montó en la moto de un salto. Por fin iba a ver su casa, pensó, por fin avanzaban en su relación, a partir de ese momento habría más confianza entre ellos.

La moto cromada aceleró y Lara se agarró a la cintura de Rubén a medida que la moto aumentaba su velocidad, ella lo agarraba con más fuerza, sintiendo los duros abdominales bajo su camisa. Tenía un tacto suave, siempre iba depilado y se ponía cremas hidratantes, el resultado era espectacular cuando iban a la playa y se quitaba la camisa. Ella sonrió, quería bajar más la mano pero temía provocar un accidente. Los coches se interponían pero los reflejos de Rubén y su vista de águila hacían que los sortearan con gran facilidad. Con él estaba segura.

Tomaron un camino antiguo entre naranjos que los llevaría a la playa sin tener que aguantar los coches de los turistas. Brillando, la moto desprendía una estela de tierra y grava que los hacía asemejarse a un cometa.

En los pocos minutos que duró el trayecto, Lara no había perdido la sonrisa en ningún momento, para ella era como estar volando a ras de suelo.

La moto se detuvo delante de un chalet muy anguloso con vistas al mar.

Lara bajó de la moto y lo contempló; estaba pulcramente limpió como si se hubiese usado una pistola a presión con legía; todo estaba meticulosamente ordenado, una manguera estaba enrollada en un círculo perfecto, la mesa estaba rodeada de sillas equidistantes unas de otras con una precisión milimétrica; el césped estaba recién cortado se extendía recto como una tabla, le llegó el olor a hierba y tierra mojada. Sonrió.

—Es muy bonita, pero un poco varonil para mi gusto.

Rubén se acercó a ella.

—¿Las casas tienen sexo?

—Por dentro y por fuera, eso espero; si no, que triste.

Lara se rió de su propia broma pero Rubén no la comprendió, la agarró de la mano ansioso por que entrara.

Entraron a un salón blanco, como en el exterior, deslumbraba de limpio y ordenado. En una mesa de madera antigua junto a un ordenador moderno y otra mesa llena de papeles perfectamente apilados, estaba el padre de Rubén. Alfonso Ibáñez, un abogado de cuarentaicuatro años que aparentaba diez menos por el culto a sus clases de Pilates y su genética privilegiada, levantó la cabeza y vio a su hijo entrar.

Alfonso miró de arriba a abajo a Lara y un amago de sonrisa surcó su rostro.

—¿Quién es tu amiga? —dijo acercándose a ellos.

—Papá, esta es Lara, mi novia.

Alfonso miró a su hijo y asintió levemente en un gesto de aprobación.

—Vaya, vaya —no podía dejar de mirarla.

—Lara él es Alfonso, mi padre.

—Ese vestido te sienta muy bien, Clara.

Podía ver sus pezones sobresalir de su blusa, sus pechos se acentuaban por su cintura estrecha, se imaginaba como sería quitarle la blusa y apretar sus pechos en sus manos.

—Es Lara, gracias —dijo incomoda, veía como la miraba.

Alfonso agarró a su hijo por los hombros mientras le decía a Lara:

—Mí hijo tiene un gusto excelente, Eso lo ha sacado de mí. ¿Cuántos años tienes? —dijo acercándose más a ella y oliendo su perfume. Su erección era intensa.

—Dieciséis.

Alfonso se dio cuenta de que más valía parar. Si avanzaba más sería denunciable. Pero no podía dejar de mirar lascivamente el precioso cuerpo de Lara.

Lara, de forma instintiva dio unos pasos atrás.

Minutos después, mientras en la cocina Rubén exprimía naranjas y repartía los vasos que había llenado entre todos, Alfonso movía las piernas nervioso. Miró a su hijo y cuando este terminó, le hizo señas para que se acercara. Se lo llevó a parte donde Lara no pudiese oírles.

—¿Qué suerte tienes, Cabrón! —lo felicitó susurrando—. Voy a dejaros solos y te la follas.

Eso no pilló de sorpresa a Rubén pero aun así lo asustó y empezó a balbucear:

—No puedo, papá.

—Claro que sí ¿acaso no quieres ser un hombre?

Rubén miró a ambos lados tratando de escabullirse pero se quedó quieto donde estaba con la cabeza agachada.

—Hazlo por mí —suplicó su padre—. Es guapísima, tiene unas tetas bien puestas, no se lo he visto pero seguro que tiene un culo respingón y duro.

Rubén estaba muy incomodo, contenía su respiración que como mucho era superficial cuando conseguía inhalar un poco de aire, de repente era consciente de todo su entorno, de que Lara podía oírlo.

—Papá, para.

Alfonso buscaba algo en su cartera, sacó un condón con el envoltorio plateado que parecía

desprender luz propia y se lo dio a su hijo cerrándole la mano para que lo agarrase bien.

—Sabes cómo se ponen ¿verdad?

—Supongo —dijo con un hilo de voz.

—¿Recuerdas lo que te conté sobre los condones?

—Sí.

Le dio dos palmadas fuertes en el hombro, casi lo tumbó. Rubén veía el orgullo en la mirada de su padre. Lo agarró del hombro pasándole una mano por detrás y lo condujo de nuevo junto a Lara.

Un minuto después, Alfonso Ibáñez estaba recogiendo sus llaves de un cuenco.

—Tengo que volver a la oficina —dijo Alfonso marcando cada palabra—, tengo un montón de papeleo que ordenar, puede que tarde un par de horas en volver.

Alfonso le guiñó un ojo a su hijo que claramente decía: «ya sabes lo que debes hacer.»

Cuando la puerta de la salida se cerró, Lara y Rubén se quedaron solos. Oyeron la puerta del coche cerrarse. El sonido del motor cada vez más lejano. Silencio. Se miraban.

Lara intentó buscar las palabras adecuadas. Con tacto.

—Tu padre es... peculiar.

Rubén sabía exactamente la impresión que le ha causado su padre.

—Sí, él es... así.

Un silencio incomodo. Rubén miraba a Lara intentando encontrar el valor de proponérselo pero cada vez que creía estar preparado, algo lo echaba para atrás, no sabía qué decir, cómo decirlo y evitar que lo rechazara. No soportaba que pudiese fallar, nunca lo había hecho, nunca había dudado tanto de sí mismo. Al cabo de unos segundos algo le vino a la mente, no era la mejor excusa, pero tendría que valer:

—¿Quieres que subamos a mi habitación?

Vio que Lara dudaba. «Va a decir que no» pensó, tenía que inventarse algo, ¡rápido!

—Tengo mi colección de medallas allí, me gustaría que las vieses —dijo para tranquilizarla.

Finalmente Lara sonrió y se acercó a él.

Subieron las escaleras y entraron a la habitación de Rubén.

Al encender la luz se revelaron unas paredes empapeladas con posters de fútbol. Futbolistas en poses dinámicas flotando en el aire con un pie extendido, futbolistas mirando a cámara con los labios entreabiertos y la parte superior del torso desnudo cubiertos de gotitas de agua en un anuncio de colonia.

Se acercaron a una esquina en había un pequeño mueble hecho de contrachapado laminado con un patrón negro de virutas plateadas, estaba pulido y aparentaba ser de mármol y casi lograba engañar. Tres trofeos dorados ordenados de manera cronológica captaban la atención de Lara, en ellos se podían leer las inscripciones: uno de ellos lo había ganado en un campeonato de Valencia y los otros dos en Gandía. Una ristra de medallas, todas ellas doradas, colgaban de tres ganchos, testimonio de lo bueno que era. Rubén Ibáñez no se conformaba con la plata.

Lara pasó una mano por las medallas y las hizo tintinear. Empezó a acercarse a Rubén poco a poco, le miraba a los ojos con una mirada que refulgía deseo.

—Impresionante. Eres un campeón —dijo acariciándole el brazo.

La posibilidad de tener sexo por primera vez con alguien tan sobradamente cualificado como Rubén la excitaba.

Lara se acercó más a él, se mordió un dedo.

—¿Qué te apetece que hagamos?

Lo rodeó con sus brazos y acercó su boca a la suya, esperando a que él recorriera el resto del camino.

—Eres preciosa —dijo sin aliento Rubén.

Se besaron como no se habían besado nunca. El corazón de Lara latía desbocadamente, podía sentir el corazón de Rubén yendo a doscientas pulsaciones por minuto. Él estaba tan nervioso como ella, era su primera vez también. Era especial.

Lara le agarró la entrepierna y separando sus labios de los de Rubén unos milímetros dijo:

—Quiero que seas el primero. Pero tienes que ser delicado conmigo, despacio.

Se fundieron en otro beso, Rubén la besó en el cuello y ella se pasó la lengua por los labios. Se fueron acercando a la cama poco a poco.

—¿Tienes condones? —preguntó Lara respirando entrecortadamente entre gemidos.

Rubén le mostró el condón que le había dado su padre.

Ella se quitó la camisa, se arrodilló y le desabrochó el pantalón acariciando el duro bulto en sus calzoncillos elásticos. Él la levantó y se encargó del sujetador, dejando al aire sus firmes pechos, le agarró del seno izquierdo y empezó a frotar con gentileza su pezón con el pulgar, se le endureció como un diamante.

—Póntelo —dijo Lara respirando sonoramente—, no aguanto más.

Él se bajó los calzoncillos y se puso el condón.

Lara le dio un beso con lengua, el más sensual que tenía en su repertorio y se acostó en la cama, se quitó el pantalón, el tanga y levantó las piernas en dirección a Rubén. «Ven» suplicaba su cara.

Rubén se acercó, sintiendo su corazón palpar por todo su cuerpo.

Acercó su polla al calor que ella emanaba de su suave y húmeda... oh, no... algo sucedió... algo iba mal, muy mal. En la cara de Rubén había angustia, se miraba y miraba a Lara temblando.

Lara se incorporó alarmada.

—¿Qué pasa, he hecho algo mal?

Todos los músculos de Rubén estaban tensos.

—Yo amm, yo... no. Yo...

Lara bajó la vista y vio que el pene de Rubén estaba completamente flácido, el condón parecía un globo deshinchado. El fuego de ella había derretido el tempano de hielo de él.

6

De noche en su habitación todo estaba en calma. Fuera, las luces de la calle se habían encendido confiriendo un tono encendido su cuadro, Lara pintaba sobre un lienzo llevada por la pasión.

—Una pincelada más y estará terminado.

Dio unos pasos atrás y admiró el cuadro en el que ha estado trabajando desde que había regresado de casa de Rubén en todo su esplendor.

En el cuadro: Dos amantes desnudos se fundían en un beso abrazados sobre un fondo en que se veía una flor intacta.

—Menuda mierda.

Se levantó temprano. Había tenido un sueño, uno muy bueno, intentó recordarlos pero se había esfumado. Todo estaba aun sumido en la penumbra, miró la hora en su móvil, faltaba menos de una hora para el amanecer. Cuando salió del servicio recordó que su padre tenía cita con el médico a primera hora. No sabía a para qué, pero esperaba que fuese para tratar su problema con la bebida y la depresión; aunque no confiaba en que los médicos tuvieran el remedio, los adictos debían solucionar esos problemas por ellos mismos. Si no se daban cuenta del daño que se hacían a ellos y a sus seres queridos, se enfrentaban al problema y ponían toda su voluntad, no había nada que hacer.

Fue al salón, allí dormía la mayoría de sus borracheras. Se lo encontraría repantigado en el sofá, roncando.

—Papá desp...

Allí no estaba. El salón parecía un vertedero, cajas de pizza amontonadas, envases de comida china apilados, bolsas de plástico por todos sitios, latas de cerveza esparcidas por la mesa. Carlos tenía hambre, localizó un paquete con tres galletas y se las comió con gusto. Las galletas solas no servían como desayuno, pero mejor eso que nada.

Su padre debía de estar en su cuarto.

La puerta estaba entornada, de allí llegaba una luz, más parecida a la que se veía en las fotografías profesionales que a una luz natural; atraído por ella Carlos abrió poco a poco la puerta del cuarto de su padre. Se quedó mirándola, la bella luz del amanecer, dentro el efecto era más espectacular, un rayo de luz perfectamente definido por el polvo en suspensión iluminaba el armario al otro extremo.

Era una señal, por alguna razón lo sabía. Se acercó, lo abrió esperando encontrar algún artefacto mágico...

Allí no había nada. Unas cuantas camisas, una chaqueta de cuero negro, el uniforme negro y amarillo fosforescente con sus bandas reflectantes y un cinturón. No un cinturón cualquiera si no EL CINTURÓN; terminantemente prohibido tocarlo desde que el tuviera uso de la razón.

Alargó la mano, la retiró enseguida, no debía tocarlo. Al cabo de un minuto la alargó una vez más y sus dedos temblorosos agarraron algo de uno de los compartimentos: una porra, no una de esas viejas negras y desconchadas que llevaban antes, esta era nueva, medía veinticinco centímetros. Carlos dio una sacudida hacia delante y con un sonido metálico se convirtió en una vara cromada el doble de larga.

Carlos la sostuvo con las dos manos, admirándola. La giró en una mano, oyó como cortaba el aire de manera amenazadora, dio estocadas, dio fintas, dio... se dio en la cabeza.

Cuando el dolor amainó, decidió dejarla donde estaba. «Menos mal que solo ha sido un roce. Si me llega a dar de verdad, me encuentran en el suelo» pensó. Se tocó el chichón.

—¡Aaayy! ¡Joder!

El dolor abrasador le quemaba la parte de atrás de la cabeza, tanto que cerró los ojos. Cuando los abrió, su mirada se centró otra vez en EL CINTURÓN esta vez en un revolver en su pistolera. Despasó la tira que evitaba que se saliera el revolver y lo extrajo muy despacio, milímetro a milímetro, el tiempo se ralentizó, parecía que midiese kilómetros. Sin darse cuenta ya lo había sacado del todo.

Lo levantó y apuntó como había visto hacer en las películas, el revolver desprendía destellos, en las paredes se veían las formas que proyectaba danzando en la penumbra. Era más pesado de lo que pensaba, no podía seguir sosteniéndolo así.

Se imaginó una escena de película: Era un policía americano.

—¡Malditos hijos de perra! —gritó en voz baja para que no lo oyeran—. Le habéis disparado a mi compañero. Le faltaba un día para jubilarse.

—¡Oh, maldita sea Mike! Cárgatelos por mí —imitaba con otra voz.

—¡Arderéis en el infierno!

Se imaginaba disparando, no apretaba el gatillo, pero veía los fregonazos y a los pandilleros caer muertos; cuando les alcanzaba una bala salían despedidos hacia atrás y morían todos.

La escena se transformó, ahora estaba disparando a Rubén, a Pablo, a todos aquellos que alguna vez se habían burlado de él.

Se le escapó una risa, desearía tener el valor de hacerlo, pero era una locura.

¡Un ruido! Dejó el revolver en su sitio tan rápido como pudo, cerró el armario y salió corriendo de la habitación.

Carlos entró en la cocina, la luz estaba encendida confiriéndole a todo la triste y mortecina apariencia de un hospital. Vasos y cubiertos amontonados en el fregadero despidiendo olor a podredumbre, bolsas de basura a rebosar con pequeñas moscas flotando a su alrededor.

Rafa Cots estaba sentado en una mesa blanca de contrachapado con una lata de cerveza barata delante de sí, la miraba anhelante con sus ojos ojerosos y medio dormidos.

No se percató de su presencia. Su padre acercaba la mano a la lata de forma lenta y torpe.

—Papá, son las seis de la mañana.

Un gruñido como única respuesta.

—Venga, papá tienes que ir al médico a las ocho —dijo disgustado.

Su padre levantó los hombros.

—¿Qué sentido tiene? —dijo Rafa deprimido.

Dio otro sorbo a su cerveza.

—Papá necesitas que te ayuden, no puedes estar así todo el día.

Su padre miraba al infinito, no lo oía, no quería.

—¿Papá?

No contestó.

—¡Papá! —gritó.

Rafa empezó a girar su cabeza muy despacio, lo miró.

—¿Qué? —dijo en un susurro ausente.

—Ve a la ducha y afeitáte, pareces un mendigo.

Rafa se quedó en silencio. Bebió otro trago. Silencio.

Carlos no pudo contenerse. Si su padre no quería darse cuenta, él haría que reaccionara.

—No puedes quedarte aquí y tratar de emborracharte antes de que estés despierto del todo.

Rafa lo miró durante un largo momento. Su hijo no tenía razón, por supuesto que podía, y lo haría, era la única solución. Pero estaba lo otro ¿debería hacerle caso? ¿debería ir al médico? en su cara dormida se leía ese dilema.

—Déjame en paz, no me presiones —dijo al fin sin levantar la voz indicándole con la mano que parase.

—Vamos, te ayudaré a vestirte.

Carlos agarró a su padre por el hombro y lo levantó de la silla barata de aluminio que chirrió al arrastrarla.

—No, puedo hacerlo yo mismo —dijo avergonzado—. No soy un niño.

—¿Irás al médico? —preguntó insistente Carlos.

Rafa agachó la cabeza.

—Iré.

Con desgana caminó y se dirigió a la ducha. Carlos vació la lata, la cerveza espumeó por la pila de platos sucios.

8

Rubén estaba sentado en un sofá de piel blanco mirando al tendido. Seguía temblando. Lara se había marchado hacía una hora, no quiso que la acompañase a casa, dijo que estaba demasiado nervioso para llevarla en moto. Se marchó a pie, girándose a lo lejos con una expresión que Rubén interpretó como desilusión. Bajó la cabeza y se sentó en el sofá en posición fetal.

Cuando recordaba su fallo en la cama, Rubén se sentía profundamente avergonzado. «¿Qué he hecho?» «Esto no debería haber sucedido ¿cómo he podido fallar?» pensaba negando de manera nerviosa. Ojos inundados de lágrimas. Emitía incontables gemidos que nadie oía. Haría todo lo que estuviese en su mano para esconder este vergonzoso incidente.

Alfonso entró intentando no hacer ruido y vio a su hijo en el sofá. Rubén evitó su mirada. Su padre estaba mirándole imponente desde arriba como desde lo alto de una torre. Rubén se obligó a levantarse y ocultar su vergüenza. Todos sus músculos estaban tensos.

—¿Ya eres un hombre? —preguntó expectante su padre.

Él bajó la mirada y dijo un escueto:

—Sí.

Alfonso le agarró cariñosamente de la nuca.

—Ese es mi chico. La primera vez que lo haces estás nervioso, pero ya verás cómo le coges el tranquillo. ¿Cómo te ha ido?

Rubén no contestó, no podía inventarse una mentira coherente; no paraba de pensar en la vergüenza que había pasado, en no poder cumplir como hombre. Alfonso notó las tribulaciones de su hijo.

—¿Qué te pasa, a que viene esa cara? —dijo su padre mirándole extrañado—. Deberías de estar contento, la chica no está nada mal.

—Ya, no es eso es que...

—Vamos, cambia esa cara que pareces una mujer; después de follar se arrepienten.

Alfonso le dio una palmada de ánimo en el hombro que estuvo a punto de tumbarle. Rió haciendo mucho ruido con la nariz, como un gruñido.

Alfonso sacó algo de una bolsa de plástico.

—Tengo algo para ti.

Se lo lanzó a Rubén, era algo suave y negro enrollado en forma de tubo, este lo desenrolló. Era una camiseta elástica negra a rayas blancas de la clase que solo podía llevar los chicos musculosos que veía salir de los gimnasios. Siempre había querido una de esas camisetas.

—Piensa en cómo te van a mirar, campeón —dijo su padre sonriendo—. Tienes cuerpo para llevarlo. Las chicas se te tirarán encima, tendrás que apartarlas a todas. Sí es que quieres apartarlas claro.

Su padre volvió a reír. Rubén miraba desconcertado el regalo de su padre. «¿Esto es porque cree que he follado?» pensó.

—Gracias —dijo.

Se la puso y su padre sonrió aun más. Fue hacia el espejo que estaba en la entrada, una bestia de dos metros de altura con un marco ornamentado blanco, una herencia familiar de doscientos años. Se admiró y por fin una verdadera sonrisa apareció. Asintió.

—Que bien que te sienta, cabrón. Todos te envidian, y con razón.

Sus pectorales parecían más grandes y sus hombros más anchos. Hizo poses frente al espejo como si estuviese en un concurso de culturistas untados en aceite para resaltar los músculos. Estaba bueno.

Rubén sonrió aun más.

Tenía que buscar a Lara. Corregir lo que había sucedido. Su padre no podría dudar de él, nadie podría.

Sentados en la base la cruz oxidada, Rubén y Lara podían observar toda Terrabona. El mar de fondo, en la línea del horizonte se divisaba barcos y veleros. Las gaviotas llegaban allí mezclándose con otros pájaros y cantando en armonía. Aquí uno se creía rey de todo lo que veía, eso daba una sensación de seguridad a Rubén, de que todo iba bien. Una brisa acariciaba las hojas de los arbustos, emitían un sonido relajante, casi hipnótico; si cerraba los ojos y se concentraba en ese sonido conseguía una relajación notable, como si saliese de su cuerpo todo mal y no existiese nada, ni siquiera el tiempo, a menudo volvía a abrir los ojos y se sorprendía al comprobar que había pasado horas en la misma posición.

—Así que este es tu sitio especial, la cruz —dijo Lara.

Lara nunca había subido allí, temía que aquella cruz le cayese encima si la rozaba sin querer. Pero tenía que admitir que aquello era precioso.

—Aquí es donde vengo a escapar de todo. No se oye nada, aquí no hay nadie ni nada que pueda molestarme, aquí puedo pensar cómo enfrentarme a todo. He estado viniendo desde que mi madre se marchó. Ni un coche, solo el viento y los pájaros.

Rubén sonaba decaído, evitaba la mirada de Lara. Su madre había encontrado a alguien mejor que su padre y no quiso cargar con un hijo, no había vuelto a oír nada de ella desde que tenía once años. Rubén no la culpaba, sabía cómo era su padre y a medida que crecía, por desgracia, lo conocía mejor y comprendía su decisión, pero la echaba de menos sobretudo en navidad y en su cumpleaños cuando ella acostumbraba a hacer una tarta de frutas con nata, siempre le regalaba equipamiento para el fútbol; echaba de menos esa presencia femenina a la que le podía contar todos sus secretos; nadie era como ella, nadie.

—Yo también tengo un sitio especial —iba diciendo Lara—. En el cuarto donde pinto, puedo estar horas perdida en un cuadro. Me gusta mezclar los colores, el olor de la pintura y la sensación que da cuando paso el pincel por el lienzo. Me encanta ver como se seca la pintura. Deberías probarlo.

—No, la pintura es una pérdida de tiempo —dijo descuidado—. A mí me van las cosas de hombres.

—Para mí no es tiempo perdido —dijo dolida—. Sí a alguien le gusta una cosa, se debería respetar, ¿sabes?

—Sí, sí, claro, lo comprendo.

Pero no lo comprendía. Hablaba automáticamente, ausente. Lara no sabía en que estaba pensando pero notaba que estaba muy nervioso; veía los músculos de su cuello tensándose y oía que contenía la respiración. Algo sucedía, eso estaba claro, pero no quiso insistir. Sabía que a los hombres les costaba expresar sus sentimientos, que se enfadaban porque no sabían exteriorizarlo, que preferían liarse a puñetazos o morir antes de confesar lo que sentían. Pero ella podía ser la confidente de Rubén, quitarle la carga que sentía dentro de él y que le estaba aplastando.

Se quedaron en silencio un buen rato, oyendo como los pájaros cantaban mientras volaban a su alrededor; el silencio se hizo eterno.

—Oye, ¿no estarás pensando en lo del otro día? —se aventuró Lara. Debía expresarlo con la máxima delicadeza—. ¿Es eso por lo que estas tan raro?, te noto distante.

—Yo no estoy raro, es solo que...

—¿Qué?

A Rubén se le hizo un nudo en la garganta.

—Que no soy un hombre. Le he dicho a mi padre que lo era.

¿Eso era todo? Lara se relajó, incluso se le escapó una risita mientras decía:

—No creo que se sea más hombre por meter la polla en un chocho. Además lo que pasó el otro día es que estabas nervioso, ya habrá otra ocasión.

—Mi padre no para en insistir con lo de “Se un hombre.” “No llores, eso es de nenazas, se un hombre; cumple con su obligación de hombre y tíratela.” ¡Estoy hartos!

Rubén empezó a llorar y Lara lo abrazó, intentando darle consuelo, no sabía si eso era lo que necesita pero no sabía que más hacer. Ella le acarició el pelo para sosegarle. Rubén paró de llorar de repente. Una mano le tocó la entrepierna, y empezó a frotar, ella la apartó con delicadeza.

—Rubi, ahora no.

Rubén volvió en su empeño, y ella volvió a apartarle la mano, esta vez de forma brusca.

Lara se levantó. ¿Cómo podía pasar del llanto a querer sexo? Él la miraba fijamente mientras se incorporaba.

—¿Es que no me has oído? He dicho que no.

Rubén se abalanzó contra ella, abrazándola contra él con fuerza al mismo tiempo que le agarraba de las nalgas y las apretaba tirándolas hacia arriba.

Lara se zafó de él con un empujón. Se separaron unos metros. Respirando fuerte pudo ver en Rubén la cara de un perturbado, no lo reconocía. Parecía un depredador viendo a una presa fácil que llevarse a las fauces.

Rubén corrió hacia ella con los brazos extendidos, esta vez Lara le dio una patada en los testículos que le hizo levantarse tres centímetros del suelo. No iba a ser la presa desvalida que él creía.

Con un grito, cayó de rodillas agarrándose la entrepierna. Lara aprovechó ese momento de ventaja para cruzarle la cara de un manotazo.

—¡Te he dicho que no! —dijo Lara, furiosa—. Si no sabes respetarme, lo dejamos.

En la mejilla izquierda de Rubén, se veían las marcas de los cinco dedos de Lara en relieve. La miraba gruñendo y mostrando los dientes como un animal.

—Ya me buscaré a otra —dijo Rubén con frialdad.

Otra bofetada, esta más fuerte si era posible, hizo que Rubén cayera al suelo. No veía nada, por un momento sintió que no sabía dónde estaba, todo lo que oía era un intenso pitido en su oreja izquierda. Ahora en su cara tenía dos manos rojas.

Lara comenzó a bajar la montaña mirando atrás al cuerpo del monstruo que había querido retorciéndose en el suelo, ensuciando su camisa negra de tierra y hierba. Continuó bajando y ya no miró atrás de nuevo. Contuvo las lágrimas mientras descendía.

Cuando Rubén se recuperó lo suficiente, levantó la cabeza, Lara se había alejado demasiado como para seguirla, además dudaba de que pudiese tenerse en pie.

Se acercó como pudo de vuelta a la base de la cruz oxidada y se sentó. Miró la diminuta figura con cabello rizado bajar por la senda.

Carlos Cots estaba mirando por su telescopio, había visto la pelea. Nubes oscuras se empezaron a formar sobre él amenazando tormenta.

Carlos estaba inquieto algo le decía que Rubén bajaría desprendiendo nubes de grava y

atacaría de nuevo a Lara. La siguió mirando por el telescopio.

¡Sabía a dónde se dirigía! Podía haber un nuevo ataque. Tal vez este fuera mortal. Pero él lo detendría.

Una Lara ofuscada bajaba por la senda de polvo, matojos y matorrales con sus brazos en cruz y negando con la cabeza. Cada paso era más difícil que el anterior pero eran necesarios para alejarse, quería estar lejos, muy lejos de allí. Sentía dolor en su pecho como si le hubiesen clavado un cuchillo. Su vista se nublaba y notaba cada vez más calor, su cuerpo ardía tratando de contener las lágrimas de rabia. Se le clavaban las uñas en las palmas al cerrar los puños con tanta fuerza, pese al dolor no relajaba la presión, ese dolor la inspiraba a dar el siguiente difícil paso.

Carlos por poco la atropelló al llegar corriendo.

—Mira por dónde vas, ¡Coño! —gritó Lara sin saber siquiera quien la había arrollado.

—Lara, he visto lo que ha pasado. Denúnciale, así la policía lo apartará de ti y no podrá hacerte daño.

Lara le miró confundida, como si fuese un extraño que la asaltara en medio de la calle, al cabo de unos segundos lo reconoció y siguió adelante.

—No, déjalo, no te metas en esto, Carlos —dijo evadiéndolo.

—¡Te volverá a pegar! te dije que era violento. ¿Ahora me crees?

—¡Yo sé defenderme sola! —reventó— ¿Cómo coño nos has visto?

Carlos no contestó, miró al suelo y balbuceó:

—Tengo un telescopio en mi cuarto —confesó avergonzado.

—Así que eres un mirón. Eres un cerdo, todos los tíos lo sois. Déjame en paz.

Lara lo apartó de un empujón, pasó por su lado cortando el aire sin mirarlo. Se perdió de vista cuando giró una esquina.

Carlos miró la cima de la montaña, allí, la hormiga que era Rubén parecía que se pudiera aplastar con la mano. Todo su odio contenido subió de su estomago a su garganta dejando un sabor desagradable a bilis. No se contuvo.

Carlos gritó a pleno pulmón magullándose la garganta, pero no le importaba.

—¡Como le hagas daño te mato! —su vista se nubló pero al aclararse continuó viendo a Rubén en la montaña—. Aunque muera en el intento.

«¿Pero qué estás diciendo, si te enfrentas a él morirás?» le decía la voz de la razón «No importa, como intente algo más, mátalos» decía otra voz temeraria.

Rubén creyó oír una reverberación, pero la ignoró igual que ignoraba el dolor.

Pasó el tiempo, no sabría decir cuánto ¿una hora? ¿dos? El dolor en su entrepierna acabó por disiparse y las punzadas en su mejilla dieron paso a un escozor seco. Una gota aterrizó sobre su pie como una lágrima. Miró al cielo, nubes negras como el carbón lo sobrevolaban. No era seguro permanecer al lado de un pararrayos perfecto como lo era la cruz.

Empezó a descender la montaña, vagando sin rumbo.

Se odiaba a sí mismo, quería golpearse hasta que brotara la sangre. Caminó y caminó y al fin logró relajarse lo justo para poder oír sus pensamientos «¿debería ser sincero?» pensaba. «¿Debería seguir contentando a mi padre?» el miedo se apoderó de él cuando pensó: «¿Qué pasará si digo la verdad?»

En un huerto inmenso, se oía una motosierra cortar la madera. Pablo Roca miró al cielo y vio las negras nubes cerniéndose a su alrededor.

—¡Mierda! Seguro que llueve.

Apagó el motor y dejó la motosierra en el suelo. Dio otra calada a su porro y empezó a recogerlo todo; la sierra manual, una lata casi vacía de gasolina, pastillas de encendido y unas cerillas largas.

—¡Justo cuando había calentado!

Se acercó a los frondosos naranjos que tenía frente a sí. Se imaginaba que eran prisioneros en el corredor de la muerte, aterrorizados ante su inminente tortura y posterior ejecución. Él era su verdugo.

—Habéis tenido suerte. De momento.

Su risa de asno se propagó por el huerto.

Sonrió al recordar la conversación con su abuelo. Pablo estaba sentado en una de las mesas de madera astillada del bar «El Mártir» con su abuelo frente a él. Pere Roca, Iaio Pere para sus nietos, era un hombre de campo que se había ganado la vida de agricultor desde que tenía diez años, todo lo que sabía era cultivar la tierra y recoger sus frutos. Ahora, a punto de cumplir los ochenta y cuatro, se sentía tan joven por dentro como su nieto, pero la realidad que veía a diario le decía lo contrario. Al Iaio Pere le encantaba este sitio, pero Pablo sospechaba que era más por costumbre y amistades de toda la vida que por el ambiente húmedo y mohoso que se respiraba. Iba en silla de ruedas con una pierna en alto, no se estaba curando muy bien.

—¿Qué me dices, chico? ¿Puedes haserlo? —dijo el Iaio con su tono basto.

—¿No puede hacerlo el tío Enrique?

—Ya sabes que el tío esta todo el día ocupado.

—Sí, con el móvil de aquí para allá, a veces no creo ni que hable de verdad con nadie.

—Pero confío más en ti. Lo hases mejor.

Una sonrisa asomo en la cara de Pablo. Cuando creía que no era más que un abuelo cascarrabias, tenía este tipo de salidas.

—Iaio, no tengo coche para llevar la motosierra, la gasolina y todo lo demás.

—Agarra el mío, total, está parado. Alguien tendrá que moverlo ¿no?

—¿Sabes que no tengo carnet?

—Eso t'ha importado alguna vez.

Los dos se rieron al mismo tiempo, tenían la misma risa, algunos lo llamarían rebuzno. Cuando pararon Pablo dijo:

—Vale, vale, pero solo puedo ir a ratos de viernes a domingo. A ese ritmo si me pongo esta semana acabaré... bueno no sé, es muy grande, tres semanas mínimo.

—Gracias, chico. Este vieco está para el arrastre, casi no puedo llegar aquí, y eso en un buen día. Las sacadas de la silla hasen que me duela aun más la pierna. Y me aburro en casa.

—¿No tienes las películas que te traje?

—A mi sácame de Chon Vaine, Chuc Norris y Brus LÍ y me pierdo.

—Y de But Espenser y Terens Gil —dijo riendo Pablo.

—Esos también me gustan mucho. Pidamos la última y vamos a ver una.

Mientras emprendía la marcha hacia el coche de su abuelo, pasó junto a un crematorio semicircular hecho de bloques de hormigón. Dentro, un árbol se quemaba; se asemejaba a una persona envuelta en un sudario, atada para que no escapara.

Arnau un policía local de cincuenta y siete años con sobrepeso, pelo cano y con unas ganas inmensas de jubilarse, accionó la rueda de su mechero sin éxito.

—¡Joder con el viento! —dijo con el cigarrillo en la boca.

Se dirigió a un rincón de la puerta de la comisaria para que actuara de escudo entre la llama y el viento. Dos intentos y unas cuantas palabrotas después, por fin pudo encender su cigarrillo y volvió donde estaba Pau, su compañero desde hacía treinta años. A sus cincuenta y nueve años de edad, Pau ya estaba harto del puesto y deseaba que lo relevaran ya mismo.

—Cuando me jubile, no creo que eche esto de menos —dijo Arnau continuando la conversación con Pau.

—Lo único que hacemos aquí es poner multas —se quejaba Pau—. Al principio crees que está muy bien, es tranquilo; pero cuando llevas tantos años, solo quieres que se acabe de una vez.

—Aquí el que veía algo de acción era Rafa, el tío se lanzaba sin pensar.

—El primero en llegar a los accidentes —asintió Pau.

—¿Te acuerdas cuando casi lo aplastaron en la carretera?

—¿Lo de la niña atrapada en el coche? Sí, pero la palma se la lleva lo de la panadería.

—Espero que vuelva pronto. Fue muy duro para él. El tío es un héroe.

Se quedaron en silencio dando caladas a sus cigarrillos mientras miraban el cielo encapotado.

—Una de las buenas —dijo Pau señalando el cielo con su cigarrillo—. Un chaparrón fuerte de diez minutos y...

—¿Es qué no tenéis los walkies encendidos? —exigió saber una voz tras ellos.

Pau y Arnau se giraron para ver en el umbral de la puerta a Toni, el tercer y último policía local de Terrabona en activo en ese momento, cojeaba de la pierna izquierda debido a una lesión pasada, por lo que su trabajo se centraba en la centralita.

En el rostro de Toni reflejaba la alarma y el enfado, respiraba fuerte y los miraba fijamente con sus ojos a punto de salirse de sus órbitas, se extrañaron de verlo así, era el hombre con los nervios de acero más impresionantes que existían, por eso se dedicaba a atender las llamadas, cuando alguien llamaba con un ataque de ansiedad gritando de manera histérica más valía tener a alguien como él que, con un tono sosegado calmaba a la gente diciendo «la ayuda está en camino».

—Están atracando la Heladería —les informó.

Pau y Arnau se quedaron quietos unos segundos, no recordaban la última vez que habían atendido a una llamada por atraco.

—¡Subíos a un coche patrulla y salid cagando leches!

Activaron la sirena mientras se dirigían a toda velocidad hacia la playa en un coche patrulla maltratado y viejo.

Los coches se apartaban. Pasaban entre las carrocerías casi rozándolas. La sirena perforando tímpanos a medida que se acercaba a los transeúntes. Gotas del tamaño de monedas se estrellaban contra el parabrisas.

—Lluvia, justo lo que necesitamos —dijo Pau.

Saltaron un badén que puso a prueba las debilitadas suspensiones. La heladería se acercaba a ellos a gran velocidad. Iban a pasarla de largo.

Pau pisó el freno a fondo.

La derrapada hizo que el coche patrulla diera media vuelta. El humo y el olor a goma quemada impregnaron el aire.

De entre el humo salieron los dos policías corriendo hacia la única heladería de Terrabona. Bon-Bon era un sitio que solo tenía algo de clientela en Agosto, cuando los turistas veraneaban en los chalets cercanos, ahora todo estaba desierto.

Se acercaron a los ventanales de la heladería para observar el interior. «El Bocinas», un hombre de unos cincuenta y tantos, de una delgadez extrema y con arrugas más propias de un viejo de ochenta años, sujetaba un cuchillo de caza en la mano.

—Mira quien es —dijo Arnau señalando con el pulgar.

El Bocinas era un viejo conocido suyo, había entrado tantas veces en la cárcel que de seguro tenía el récord a nivel comarcal. En todo su extenso historial, el robo a mano armada no figuraba.

—Debe de estar muy necesitado de un chute —dijo Pau.

El Bocinas los miró y vocalizando tan mal que apenas era comprensible dijo:

—No entreí. Quedaos ahí.

Arnau no le hizo caso y se dirigió a la entrada principal. Acercó su mano a pomo de la puerta. Un grito, Arnau miró a través del cristal y vio como El Bocinas agarraba a una de las camareras y le ponía el cuchillo en la garganta.

—¡Quedaos ahí! Si entraí ¡rajo esta tía!

Arnau dijo a través del cristal:

—Bocinas, relájate, baja el cuchillo y hablemos.

El Bocinas temblaba por el mono.

—No, me lo llevo to'o.

—Déjanos entrar y hablaremos.

El Bocinas se lo pensó, no se fiaba pero accedió.

Los dos policías entraron con las manos visibles para que El bocinas no se pusiera más nervioso todavía.

—Suelta el cuchillo —dijo Pau— y deja a esa mujer. Hasta que no lo hagas no podremos hablar tranquilamente contigo.

—Me llevo el dinero.

Los apuntó con el cuchillo temblando de manera descontrolada y lo volvió a colocar en el cuello de la camarera, una gota de sangre corrió dejando un camino rojo.

El Bocinas empezó a sollozar.

—¿Vais a detenerme?

—Baja el cuchillo —insistió Pau.

—¿Quereí el cuchillo? —dijo El Bocinas repentinamente enfadado— ¿lo quereí? ¡Tomad!

Les lanzó el cuchillo. Dio vueltas en el aire y aterrizó a escasos centímetros del pie de Arnau.

El Bocinas aprovechó para apartar a la camarera y salir corriendo por la puerta principal con su botín de cuarenta euros en el bolsillo derecho de sus desgastados vaqueros.

Pau y Arnau salieron tras él. Las gruesas gotas caían en sus ojos dejándolos ciegos.

El Bocinas les sacaba ventaja, subió en su moto oxidada y la arrancó a la primera, los dos policías estaban a punto de alcanzarlo, giró el acelerador.

Arnau le rozó espalda cerrando el puño en la tela de su camiseta para que no escapara. ¡No había podido agarrarlo! Escapó.

—¡Joder! ¡Al coche! —gritó a Pau.

Con un acelerón que les hizo dar una bandada en la carretera mojada, emprendieron una persecución que los llevó de nuevo hacia el pueblo.

Aun siendo vieja y estar lloviendo, la moto zigzagueaba con habilidad.

El coche patrulla, con sus luces azules centelleando y su sirena aullando, superó los obstáculos con mayor dificultad.

Mientras los edificios pasaban como un borrón a su lado, a Pau le pareció ver a Rafa y su hijo en la terraza de un bar, mirándoles.

Tenían la moto justo delante, oían como El Bocinas forzaba su viejo motor al máximo. Poco a poco se acercaban a ella.

—¡Ya casi estamos! —dijo Pau con la anticipación afectando su voz— ¡Cortémosle el paso!

Lo tenían a treinta metros.

—¡Vamos, vamos! —dijo entre dientes Pau y con una sacudida al volante, exclamó— ¡Corre trasto de mierda!

Lo tenían a veinticinco metros, a veinte ¡vamos! a quince, cinco. ¡Ya era suyo!

Una furgoneta blanca se interpuso en su camino, demasiado cerca para esquivarla, vieron como se hacía más y más grande.

Si hubiera habido testigos, hubiesen oído la derrapada y como un coche patrulla se estampaba contra el lateral de una furgoneta blanca con tanta violencia que la furgoneta rotó sobre si misma dando una vuelta entera. Su lado izquierdo, completamente destrozado. Cristales volando por los aires y esparciéndose en todas direcciones. La parte delantera del coche patrulla convertida en una ruina de hierros entrelazados humeantes. Sus ocupantes, atrapados.

El Bocinas escapó dejando tras de sí dos vehículos mirándose bajo la lluvia como dos amantes a punto de besarse.

Desde el interior del bar de la calle Sant Vicent se veía un diluvio torrencial que caía como una cascada en la calle, convirtiendo el pavimento en un río a punto de desbordarse sobre las aceras. Carlos apareció luchando contra el viento huracanado que soplaba amenazando de desgarrar su chubasquero. Alargó la mano hacia el pomo de la puerta, una nueva y violenta ráfaga le golpeó. Trató de protegerse y sus propios brazos le golpearon. El viento lo arrastró, buscó a tientas un punto de apoyo pero solo logró arrastrar su mano sobre la húmeda pared del bar golpeándose el antebrazo hasta que su codo golpeó la tubería de un desagüe y se ancló allí con un estallido de dolor. Estuvo a punto de ser arrastrado calle abajo con otra ráfaga pero resistió.

Dentro, la calma total.

Carlos entró sin aliento, el esfuerzo había sido extremo pero tenía que ver si allí estaba quien buscaba. Empapado, su chubasquero chorreaba y los dos paraguas que agarraba en su mano estaban cerrados, inútiles contra aquel viento.

El bar estaba casi vacío, parecía que se había quedado estancado en los años ochenta, cuando se construyó. Su iluminación decaída mostraba unas mesas desprovistas de manteles, con manchas de aceite y granos de sal esparcidos. En una esquina una televisión que ya era vieja cuando Carlos nació lo miraba con su pantalla partida.

Carlos paseó su mirada por los taburetes cojos y desgarrados que tanto apoyo dieron a las almas de aquellos que allí sus penas habían intentado ahogar; en el último, un bulto encorvado en una de las esquinas.

Allí sentado su padre tenía un vaso de cerveza frente a él y lo contempla como intentando predecir el futuro en su espuma.

—Papá.

Pareció no oírle, absorto en su propio mundo. Al cabo de unos segundos levantó la cabeza como el perro que oye un sonido extraño, se dio la vuelta lentamente. Se mecía adelante y atrás, estaba borracho.

—¿Qué haces tú aquí? —dijo con voz pastosa Rafa.

—He venido a por ti —dijo Carlos inventándose una excusa plausible—. Ahí fuera hay una tormenta.

Rafa se inclinó y miró por las ventanas.

—Entonces quedémonos aquí. Aquí no hay tormenta. Todo es seguro aquí.

Tal vez tuviese razón, sería fácil pedir una cerveza y borrar de su mente a Lara, todas las humillaciones y los insultos pasados, a Rubén y al idiota de su discípulo. Tal vez esa era la respuesta, cuando los efectos se pasaran y la resaca invadiera su cerebro como una llamarada solo tenía que apagar ese fuego con más alcohol pero ese fuego sería más violento y necesitaría más para acallararlo hasta que acabara como un despojo a un peldaño de la indigencia, alguien como... como su padre. ¡No! Había venido aquí con una sola idea en su cabeza e iba a cumplirla pasase lo que pasase.

—Aquí no es seguro —le dijo agarrándolo del hombro y rogando en un susurro—. Ven conmigo.

—¿Para morir ahí fuera? —le espetó empujándole—. Sí, tal vez debería, y acabar de una vez con esta mierda.

Carlos dio un paso hacia él tendiéndole la mano.

—Mañana pensarás con más claridad.

—La vida es una mierda —dijo negando con la cabeza—, todos mueren.

—Sí. Es verdad. Pero lo quieras o no, estamos vivos y tenemos que continuar adelante, por muy difícil que sea.

—No valgo para nada.

No podía ver a su padre así. Había un héroe enterrado entre las capas de la borrachera y la depresión, Carlos lo sabía. Lo que no sabía era como hacérselo ver y que reaccionara de una vez. Su padre había nacido para hacer el bien, pese a sus fallos. Debía continuar en su trabajo salvando a las personas y por encima de todo debía salvarse a sí mismo.

—No digas eso, papá. Que habría pensado mamá de...

—¡No hables de mamá! tu madre era la persona más buena que he conocido y se fue. Me dejó solo.

—Te dejó conmigo —le corrigió—. No estás solo; aunque te empeñes en estarlo.

Rafa cogió de nuevo su vaso y se lo llevó a los labios.

Carlos detuvo el temblor en su labio y continuó.

—¿Cuando vas a ver que la bebida no es la solución a todo? No puedes borrar los malos recuerdos bebiendo, lo único que estás haciendo es matarte, y a mí me estas llevando contigo.

Su padre se giró para no mirarlo. Trató de ignorarlo.

Una lágrima corrió por la mejilla de Carlos, pero no sucumbió al llanto, su determinación lo impedía.

Lo agarró fuerte por los hombros y lo levantó del taburete. Rafa intentó resistirse dando patadas en el aire, una de ellas alcanzó a Carlos en la pierna. Un grito de dolor y rabia.

—¡Papá relájate! —Exclamó Carlos poniendo a su padre en pie y sujetándolo con una mano— ¡Mírame!

Rafa miró a su hijo mientras el conflicto interno lo devoraba. Necesitaba la bebida de la manera más desesperada, la necesitaba; pero su hijo, todo lo que le quedaba de su mujer lo necesita a ÉL. Agarró el vaso de cerveza y lo tiró contra las copas vacías tras la barra rompiendo varias ellas en mil pedazos, agarró el taburete y golpeó la barra de madera astillándola, el dueño del local salió, desesperado por pararle y evitar el destrozo de su sustento. Llegó tarde, Rafa tiró el taburete reventando las botellas de alcohol allí expuestas. El amo se llevó las manos a los ojos. Rafa se quedó mirando mientras los regueros de alcohol caían como cataratas en el suelo creando charcos que se expandían cada vez más grandes en lagos de miseria. Bajó la cabeza.

—Creo que necesito ayuda —dijo al cabo de un momento con hilo de voz.

Rafa abrazó torpemente a su hijo. A Carlos, la sensación le extrañó, no recordaba que lo hubiera abrazado nunca; Nadie lo había abrazado desde que su madre murió. Aceptó esta nueva sensación con mucho gusto, no sabía cuánto lo necesitaba.

Salieron al exterior dispuestos a enfrentarse a la tormenta, juntos. Una derrapada los puso alerta.

Una moto oxidada pasó por su lado pocos segundos después a una velocidad suicida y forzando el motor al máximo.

Un segundo después vieron un coche patrulla enfilando la calle con otro sonido de derrape y las luces azules centelleando.

Aun con los sentidos mermados, Rafa creyó ver a Pau y Arnau en el interior.

Con una derrapada más larga, el coche patrulla tomó la siguiente calle a la derecha.

Padre e hijo quedaron alterados por lo que acaban de ver pero no se podía comparar a como se quedaron cuando, diez segundos después:

La mayor derrapada jamás oída en Terrabona los alcanzó súbitamente y fue interrumpida por un golpe sordo. En ese mismo instante, un trueno resonó multiplicando el efecto del impacto.

—¡Tenemos que ayudarles! —dijo Carlos mirando en la distancia en dirección al sonido.

—Sí —convino Rafa.

Corrieron. El viento huracanado les golpeaba la cara, si había sido difícil llegar al bar solo, llevar a una persona bebida lo hacía casi imposible. Rafa, en su afán de llegar cuanto antes, perdió el equilibrio y estuvo a punto de caerse varias veces.

Giraron a la derecha en la siguiente curva y la calle principal que cruzaba Terrabona se extendía a ambos lados, una avenida amplia con arboles a cada lado de la carretera a modo de decoración. Se pusieron en medio de la carretera para ver mejor. A lo lejos, entre una pared de lluvia distinguieron las luces azules que captaban cada gota que caía, allí estaba el coche patrulla. Otro rayo surcó el cielo revelando la borrosa forma del vehículo. Carlos contó cuanto tardó el trueno en llegar. La tormenta se acercaba.

La lluvia los calaba, aunque fuera verano e hiciera calor, el viento les hacía temblar pero no lo notaban, la adrenalina no les permitía distraerse en tonterías como aquella. La borrachera de Rafa pareció disminuir ante la perspectiva de lo que encontraría si iba donde se hallaba el coche patrulla.

Tenían el accidente a cincuenta metros.

—¡Corre Carlos!

—¡Por la acera, es más seguro!

Avanzaron ente árboles, parecía que hubiesen recorrido varios kilómetros y que varios más quedasen por delante. Con el corazón en la garganta, yendo al lado de su padre preparado para ayudarle si caía, vieron que la acera y los árboles terminaban. Sin obstáculos vieron escasos metros de ellos el macabro espectáculo bajo la lluvia.

Un amasijo de hierros que captaba con sus luces azules el humo que desprendía; todo lo que quedaba del coche patrulla; una furgoneta blanca con un lateral hundido junto a este.

El cielo se volvió a iluminar y dos segundos después, el estruendo. Se prolongó varios segundos. Les rodeó.

Una mano ensangrentada sobresalía del coche patrulla que infectaba el aire con su toxico olor a humo y gasolina. De la punta de los dedos la sangre goteaba sobre la blanca puerta, la lluvia no la diluía del todo.

Carlos recorrió los últimos pasos sintiendo como si viese la escena desde fuera de su cuerpo, se vio a si mismo avanzar hacia la ventanilla del conductor.

Una vez allí, un terror demasiado intenso para exteriorizarlo le invadió.

Pau y Arnau cubiertos de sangre.

Arnau estaba sobre el volante, se había estampado contra el interior del parabrisas dejando una mancha sangrienta con restos de pelo y carne entre sus miles de grietas.

Pau estaba tirado hacia atrás en su asiento con su cara mirando a Carlos, una rojez amoratada en su frente debido el violento golpe contra el salpicadero, de su nariz emanaban cataratas rojas que le empapaban el brazo izquierdo.

Otro rayo cayó al mismo tiempo que su padre gritaba al ver sus compañeros moribundos.

Carlos miró a su padre, no debería ver esto, no debería haber venido.

—Papá, vuelve a la acera —no miró si su padre le obedecía, debía actuar. ¡Aprisa!

Carlos abrió la puerta del copiloto y miró en el interior. Los pies de Pau estaban atrapados bajo lo que le pareció el motor y una maraña de cables, por su extraña forma sabía que estaban destrozados. El cadáver arqueó su espalda en un espasmo, Carlos ahogó un grito, se obligó a mirar de nuevo. A veces los cadáveres tienen espasmos. Miró su pecho ¡Pau seguía respirando!

Carlos sacó su móvil, marcó el número de emergencias. Mientras terminaba de hablar con el operador, su vista se desplazó hacia la furgoneta blanca con el lateral izquierdo hundido y los cristales reventados. ¿Cómo había podido ignorarla?

Se asomó, dentro de la furgoneta Carlos vio un espectáculo macabro que superaba al del coche patrulla.

Veía cajones de naranjas amontonados en el interior con su contenido esparcido; siguió con la mirada las naranjas, una de ellas estaba empapada en sangre. Justo al lado de esta, el cuerpo de un chico que no llegaría a los veinte años se convulsionaba; «si hay convulsiones hay vida», pensó Carlos la pregunta era ¿cuánta?

Apoyado en el asiento trasero había un brazo en un ángulo antinatural. Carlos dio un paso más a la izquierda para ver quién había allí. Dos hombres, el del brazo roto estaba recostado en el asiento como si se estuviera echando una siesta, el segundo estaba en el suelo hecho un ovillo, inmóvil.

Cuando llegó a la ventana del conductor, vio a un hombre, la sangre le ocultaba el rostro, no sabía qué edad podía tener o si lo había visto alguna vez.

Carlos supo que la ambulancia no llegaría a tiempo para el que convulsiona dentro.

Entró pese al desagradable espectáculo para los sentidos que había dentro. Con cuidado pasó sobre los asientos y se acercó al joven. Le dio palmadas en las mejillas. Intentó tranquilizarlo y que siguiera consciente.

—Oye ¿Estás bien? —dijo Carlos, su voz apenas audible cuando sonó otro trueno.

El joven contestó con un débil quejido. Carlos se levantó y miró alrededor, todos los demás estaban muertos.

—Resiste —le dijo—. La ambulancia llegará enseguida. Quédate conmigo.

Fuera, los rayos caían cada vez más cerca, su estruendo resonaba en la jaula de metal en la que se encontraba.

Su padre seguía fuera junto al coche patrulla, llorando. «¡Joder! ¿Porqué no me has hecho caso?»

Carlos salió de la furgoneta. Y corrió hacia su padre gritando para que lo oyera entre la lluvia y el desgarrador estruendo en el cielo.

—Aquí hay alguien vivo —le dijo a su padre con la esperanza de que apartara la mirada de sus compañeros muertos—, voy a volver dentro para que no pierda el conocimiento. Vuelve a la acera, papá. Por favor, no mires más dentro de ese coche.

Su padre se acercó a él, lo abrazó, sus lágrimas se mezclaron con la lluvia.

—No me dejes, hijo.

A Carlos le temblaba el labio inferior.

—Ven conmigo —continuó su padre—, has hecho todo lo que podías.

Rafa se dirigió a la acera junto su hijo. No podía perderlo a él también, no se debía arriesgar, se lo debía decir. Se giró, Carlos no estaba. Lo vio alejarse en dirección a la furgoneta. Con una sonrisa triste dijo:

—Este es mi chico.

Carlos debía volver y asegurarse de que el chico joven siguiera vivo, su instinto se lo ordenaba.

Un rayo cayó a menos de cien metros de él, levantando una lluvia chispas de un poste eléctrico y provocando un sonido desgarrador casi al instante.

En la distancia, entre la cortina de lluvia vio las luces rojas de una ambulancia.

Respiró aliviado, al menos dos de las víctimas se salvarían. Apoyó su mano derecha en la furgoneta para impulsarse y calmar al chico cuando:

Un resplandor cegador; una explosión ensordecedora. Dolor. Oscuridad.

Dos días después del accidente de Carlos Cots, Rubén bajó de su habitación a desayunar como hacía cada mañana. Un batido de proteínas, unas uvas pasas y un plátano es lo que necesitaba para empezar el día. Se encontró a su padre en su sitio de siempre, rodeado de sus papeles, estudiándolos, como siempre. Cuando Alfonso se percató de su presencia dijo:

—¿Conoces a un tal Carlos Cots? Va a tu instituto y tiene tu edad.

Rubén levantó la mirada del bote de proteínas.

—Sí —dijo dudando ¿Cómo lo conocía? ¿Qué quería de él?

—¿Te has enterado de lo que ha pasado en la calle principal?

—Un accidente, creo. Por la lluvia.

—Pues Carlos ha socorrido él solo a todos. Y para rematar dicen que mientras estaba ayudando le ha caído un rayo encima. Espero que esté bien.

A Rubén no le gustaba el tono con el que hablaba su padre, se parecía demasiado al que usaba cuando alardeaba de él con sus amigos.

—Mi hijo ha ganado tantas medallas de oro que si las vendiese le podría comprar un deportivo —dijo una vez a su socio.

Alfonso siempre lo había instado a ser el mejor. Para él ser segundo era una vergüenza. Las veces que había traído mujeres a casa siempre las había acercado hacia donde estaba Rubén para que lo vieran.

—Es tu viva imagen —solían decir.

—Entonces apártate de él o si no, te seducirá y le harás un hombre.

Rubén puso los ojos en blanco al recordar aquello a la vez que recordaba su fracaso. ¿Debería disculparse con Lara? ¿Decirle la verdad? Tal vez no fuera demasiado tarde y pudiese enmendarlo. No, la verdad no, pero si podría decirle todo aquello que ella quisiese oír y hacer las paces. Lo decidió en ese mismo momento: lo intentaría una vez más y esta vez lo conseguiría, sería un hombre de verdad. Iría a su casa y no se marchará hasta que ella accediese. ¿Y si dice que no? Entonces lo haría a la fuerza. No soportaba mentirle a su padre, no cuando lo único que quería era que lo viese como un hombre.

De vuelta a la realidad, Alfonso no cesaba en sus elogios.

—Es un héroe, a pesar de la lluvia, ayudó sin importarle el peligro. Eso sí que es un hombre de verdad.

Ya no podía más.

—Pues es gay ¿sabes? —dijo Rubén cortante.

Su padre se quedó sin habla. Si se quería pasar de héroe a villano en la mente de Alfonso a la velocidad de la luz, solo se tenía que pronunciar la palabra mágica «gay» y se obraba el milagro. Miró irritado como el rostro de su padre cambiaba de asombro a odio. Toda su vida cuando veía a alguien ya fuese en la televisión o la vida real que fuese mínimamente afeminado soltaba un resoplido y decía «maricón». Una vez viendo las noticias hablaron del día del orgullo de Madrid. Una carroza desfilaba por la calle en la que él había crecido, señalo a los gays con sus calzoncillos y gorras de cuero rozándose entre sí y dijo:

—Menuda puta vergüenza. ¿De verdad tiene que ver eso la gente? ¿Por eso cortan la calle? Maricones, travelos y camioneras dando saltitos y magreándose, ¡qué asco! Te digo una cosa, si

siguiere viviendo allí, cogería una escopeta y me liaría a tiros, ya verías si volviesen a organizar ese circo.

Rubén no le dijo nada, como no había dicho nada nunca, de manera inconsciente aceptaba que así era su padre y tenía que hacer todo lo posible para contentarle.

Ahora lo miraba expectante por lo que diría del héroe gay.

—¿En serio? —dijo Alfonso recobrando la compostura— Igual iba a ver si en la furgoneta iban Drag Queens o algo así. Se lo tiene bien merecido. Aunque ayudase un poco.

—¿Alguien le debería dar su merecido? —aportó Rubén.

—Tal vez. A todos esos degenerados lo que necesitan es que les den un tiro.

Su padre salió a fumarse un cigarrillo mientras Rubén lo veía por la ventana. Se fijaba en cada movimiento de su padre intentando replicarlo. Siempre había adorado a ese hombre, pese a que era consciente de sus fallos, seguía queriendo contentarle e imitarle. Encima de la chimenea había una gran foto de su padre y él sonriendo, al fondo tenían el campo de fútbol del Oliva, Rubén llevaba su camiseta blanca manchada de tierra y alrededor de su cuello una medalla de oro. Habían machacado a los niños de ese pueblucho casi sin sudar, apenas fueron un reto. Así era feliz Alfonso Ibáñez, asegurándose de que su hijo obtuviese siempre el éxito que él no tuvo de adolescente.

Rubén y Pablo entraron al campo de fútbol del polideportivo municipal de Terrabona, en realidad llamarlo polideportivo era un término equivocado, aquí solo se jugaba a un deporte. El campo estaba tan bien cuidado que podía competir con los de otros pueblos más grandes. Todo era nuevo aquí, luces equipamiento y mantenimiento. Cada mañana, Antoniet, un disminuido mental muy querido por todos, cortaba el césped incluso sin que fuese necesario y se aseguraba que los aspersores funcionasen a la perfección para que los chicos encontrasen el campo de un verde exagerado y desprendiendo el aroma de la tierra mojada y el césped recién cortado. El ayuntamiento lo remodeló tres años atrás debido a que había conseguido una subvención del gobierno para la modernización de las instalaciones deportivas, sino, aun tendrían un descampado de tierra con porterías oxidadas, igual que en aquel instituto al que iban Rubén y Pablo.

Dos de los chicos del equipo de Rubén estaban hablando. Rubén y Pablo los pasaron de largo pero oyeron parte de su conversación.

—...y le alcanzó un rayo.

—El héroe del rayo, es un buen nombre —dijo el otro chico pensativo.

—Deberías estudiar marketing —dijo riendo el primer chico—. Me gusta.

—Manda huevos —dijo Rubén a Pablo.

Entrenaron bajo un Sol abrasador. Minutos después, cuando los otros estaban a punto de vomitar por el esfuerzo e implorando por aire, ellos mantenían un buen ritmo. Su entrenador los mandó a las duchas poco después. Rubén agarró su toalla y se limpió el sudor de su frente, aun pensaba en el comentario que había oído.

—El héroe del rayo —dijo despectivo—. Menuda gilipollez.

Pablo no hablaba, simplemente escuchaba atento cada palabra, cada inflexión, cada respiración de Rubén. Pablo siempre estaría agradecido de que Rubén fuese su amigo, recordaba cómo se habían burlado los demás de él, siempre lo habían hecho hasta que empezó a ir con él, de repente no era Pablo El Lelo, sino Pablo Roca el amigo de Rubén. Gracias a él había empezado a practicar deporte; gracias a él había visto que podía ser un desastre en los estudios pero bueno en toda actividad física; gracias a él había pasado de un gordo lerdo e inadapto a un atleta que acudía a fiestas; desde hacía dos años, todos los que jugaban con él a juegos de beber perdían. No pensaba en el futuro, no pensaba siquiera en que ropa se pondría mañana, su mente estaba siempre en el presente y siempre quería estar con Rubén.

—Una gilipollez —repitió como un loro.

—Te lo juro, en cuanto tenga una oportunidad, va a ver el héroe de los cojones. A ver lo valiente que es.

Entraron en el vestuario. Allí las duchas eran comunitarias, la mayoría se duchaba llevando bañador, muertos de vergüenza ante la posibilidad de enseñar sus cosas a los demás. Rubén iba desnudo, no le importaba. Mientras el agua caía sobre él en su mente no paraba de revivir la paliza que le había dado Lara en la montaña, la escena cambiaba de repente, entre el agua oía un trueno y una voz diciendo «héroe, héroe, héroe» esa palabra se iba transformando en «muerte, muerte, muerte».

Sonidos indistinguibles. Imágenes borrosas.

Abrió ligeramente los ojos, estaba muy desorientado. No reconocía nada, empezó a respirar cada vez más rápido, su corazón golpeaba su pecho. «Tranquilo, relájate» se dijo a sí mismo, no sirvió de mucho pero se obligó a mirar a su alrededor y reconocer lo que veía, por muy vaga que fuese su noción. Se encontraba en una sala pintada de verde claro. Por la ventana entraba la luz del Sol a raudales. Estaba solo, se miró los brazos y vio que alguien le había hecho un vendaje que exudaba algún tipo de unguento, vio un vial en su brazo izquierdo.

Algo le vino a la mente. Recordaba de manera nebulosa que algo le había sucedido, fogonazos más bien: La lluvia, el accidente, el relámpago.

Tenía que averiguar qué era lo que le había sucedido. Averiguar si estaba bien.

—Hola —dijo con voz ronca, algo debía intentar.

Nadie contestó. Empezaba a incomodarse pese a lo sedado que estaba. Un sonido parecido al ruido blanco que se recibe cuando no está bien sintonizada una radio, aparecía y desaparecía subiendo y bajando de intensidad. Carlos trató de concentrarse en ese sonido que pronto se convirtió en un siseo continuo. Agua, tuberías. El sonido cesó.

Había alguien allí, en los servicios. Carlos miró hacia la puerta y su visión se nubló. No sentía su cuerpo. Al menos su oído parecía estar bien, pese a que oía los sonidos cómo si alguien le hubiese puesto un efecto flanger muy exagerado.

—Tranquilo, estás sedado y algo confundido, no trates de pensar ahora —dijo una voz que desprendía seguridad, tal vez proviniese de los aseos. Obedeció—. No todos sobreviven al impacto de un rayo. Estoy aquí para ayudarte.

Carlos miró a la puerta del baño, ahora que sabía que no estaba solo se tranquilizó un poco. Era lo que necesitaba, esta voz debía ser la de un médico, él podría contarle que había sucedido. Intentó que su voz sonara clara y audible:

—¿Voy a ponerme bien, doctor?

—Yo diría que a partir de ahora todo va a ir a mejor. Y Carlos, no soy ningún doctor — Empezó a reírse.

Algo en aquella risa inquietó a Carlos. La risa resonó por toda la habitación, no provenía del lavabo ¿de dónde entonces? Carlos no lo sabía, estaba asustado. Ora provenía del lado izquierdo, ora del derecho. Finalmente, desde un sillón azul vacío.

—¿Quién eres?! —gritó como pudo a través de la nube de medicación.

—Tú y yo vamos a hacer muchas cosas juntos —dijo esa voz evadiendo la respuesta—, pero eso lo dejaremos para cuando estés consciente del todo.

Carlos oía la voz de manera nítida ahora, como si alguien estuviera realmente allí.

«Debo de estar colocadísimo» Pensó, era la única explicación lógica. Los sedantes le debían estar provocando alucinaciones auditivas. No era impensable, los medicamentos y especialmente los sedantes eran drogas al fin y al cabo; sí, se administraban de manera controlada, pero eso no convertía sus efectos en menos alucinatorios.

Los efectos de los sedantes volvieron como una marea que quisiera arrastrarlo, él no se opuso y fue llevado por la corriente.

En el sucio y triste baño con azulejos verde lima de la que era su casa, Rafa Cots cayó al lado del inodoro. Se golpeó la cabeza y quedó tendido. Pasados unos minutos, cuando su cabeza dejó de dar vueltas, intentó incorporarse. Sus brazos fallaron, se golpeó la nariz y la boca contra el suelo. El sabor cobrizo de la sangre le dio arcadas e hizo un nuevo intento por incorporarse. Tuvo éxito, más o menos. Sentado en el suelo, miraba la lata de cerveza por abrir que había rodado por el suelo, golpeado una pared y rebotado hasta que acabó cerca de su mano. La agarró, puso un dedo sobre la anilla dispuesto a tirar de ella como una granada de mano. «¡No! Debo resistir, por Carlos»

Destapó la lata. Era débil. El sonido de los gases que de ella escaparon susurró en su oreja una melodía perversa. La miró durante un instante, se hizo eterno. «Podría bebérmela de golpe, no pasará nada por una más». Tiró la cerveza por el retrete. Le dolió pero si quería dejarlo, debía deshacerse de la tentación.

Algo superior a él, de nuevo la imperiosa necesidad de beber le invadió, esta vez tan violenta que sintió náuseas.

En su mente algo surgió queriendo castigarle.

—¡No! —gritó. Fue inútil.

Las imágenes de sus compañeros muertos dentro del coche patrulla le golpeaban la cabeza como martillos y el recuerdo de su hijo, que había demostrado tener la misma compulsión por ayudar que él mismo en el suelo después de la explosión fue desgarrador.

Había corrido hasta donde estaba tumbado, en el asfalto, humeando. Lo abrazó pero no reaccionaba.

Había gritado. Otro ser querido que moría, era demasiado.

La ambulancia con sus luces rojas en la distancia.

—¡Corred, venid de prisa! —gritó a las luces con su voz quebrándose.

Quería grítale para que despertara pero todo lo que hacía era abrazar y mecer a su hijo, llorando de impotencia.

El chorro espumoso caía, se desperdiciaba. Su mano tenía conciencia propia, le acercó la lata.

—Solo un trago más.

La lata rozó sus labios. La apartó con un gruñido que se convirtió en un grito. La lanzó contra la pared con violencia, donde reventó. Su hijo tenía razón, no podía acallar sus problemas bebiendo «pero es tan fácil» insistía «la necesito» miró hacia donde había lanzado la lata.

Su contenido dorado resbalaba por las baldosas hacía la bañera donde se perdió en el desagüe con un remolino.

No podía respirar, en su pecho sentía un peso enorme, como si alguien hubiese puesto una pesada cadena de acero encima. «¡Voy a morir!» gritaba su mente mientras luchaba por una bocanada de oxígeno, «¿y si no muero pero me falta el aire?» temía sufrir daños cerebrales. «Mamá murió aquí» quiso gritar pero todo lo que podía emitir era un lastimero jadeo. Su visión se oscureció formando un pequeño túnel. La ansiedad que sufría era injustificada, su madre había muerto en el viejo hospital, este era nuevo y plateado como sacado de una película de ciencia ficción.

—Cálmate Carlos —dijo aquella voz—. Respira poco a poco. No vas a morir. No lo permitiré.

El oír esa voz debería de haberlo asustado más, le hubiese confirmado que sufría daños cerebrales, pero alguna extraña cualidad en ella hacía que se relajase de la misma manera que un feto se relaja cuando oye la voz de su madre a través del líquido amniótico.

Al fin se calmó y pudo dormir. Estaba agotado por la tensión. En su sueño, olvidó la tranquilizadora voz que le había socorrido.

Las horas pasaron y un nuevo amanecer iluminó la habitación con sus rayos dorados. Carlos abrió sus dormidos parpados. Una paz que no había sentido desde que era pequeño se extendía por todo su ser. Cerraba sus ojos, los abría y el sol parecía dar un salto. Una sonrisa apareció por primera vez en días en su rostro. Dio otra pequeña cabezada y despertó mirando la puerta de su habitación. Alguien venía. No se alteró.

La puerta de la habitación se abrió y apareció el doctor Ramón Gilabert, un hombre de sesenta y tres años de ojos de un azul penetrante, barba cana y calva incipiente. El doctor Gilabert era la clase de doctor que se implicaba con cada caso que caía en sus manos como si le fuera la vida en ello, a pesar que la junta directiva le había dicho (en tantas ocasiones que ya lo daban por perdido) que no era bueno tener tantos lazos emocionales con sus pacientes, él los ignoraba pues estaba en su naturaleza ayudar a toda costa. Con su carácter alegre y su sonrisa afable, todos sus pacientes casi desearían estar enfermos para que los atendiese el doctor Gilabert.

Un enfermero y una enfermera entraron tras el doctor y comenzaron a retirar las vendas a Carlos mientras el doctor le comprobaba las pupilas en busca de una conmoción cerebral.

Carlos miró con horror sus brazos. ¡Marcas! líneas rojas ramificadas que dibujaban rayos perfectos desde sus hombros hasta sus muñecas. Los enfermeros le bajaron la manta y descubrió que también llevaba vendado un pie. ¿Cuánto más iba a descubrir? ¿Qué sería lo siguiente? «Ahora me dirán que me han amputado los dedos del pie o que tengo las manos inútiles» eso último le alteró, no porque necesitara ayuda de alguien para comer o desabrocharse los pantalones para ir al servicio, sino por el piano. La perspectiva de no poder tocarlo más, de no poder comunicarse con su madre mediante la música era impensable «prefiero estar muerto». Se movía en la cama como si quemase. Contenía el grito desgarrador que quería exhalar.

El doctor Gilabert viendo lo asustado que estaba dijo:

—Es un orificio de salida. Los rayos buscan una salida en la parte más baja que puedan encontrar. En tu caso ha entrado por la cabeza, pasando por los brazos dejando esas marcas y saliendo por tu pie. Tranquilo apenas es nada, se te curará muy rápido.

El doctor miraba el vendaje de su pie, pensativo.

—Quitémosle el vendaje del pie —dijo el doctor a los enfermeros.

Obedecieron. Con suma delicadeza retiraron la venda. El doctor Gilabert observó la quemadura del tamaño de una moneda y sonrió.

—Nada por lo que preocuparse, se está curando muy bien.

Carlos se quedó mirando el doctor, no se atrevía a decírselo.

—Mis manos —dijo reuniendo todas sus fuerzas para que su voz sonase sosegaba y no en el grito de terror que en realidad lanzó— dígame como están, por favor.

—Carlos, has tenido mucha suerte. Has sufrido ligeras quemaduras por el rayo, pero aparte de eso, estás bien.

Carlos exhaló aliviado tumbándose de nuevo en su cama. Se recuperaría, eso era todo lo que quería saber. Se rió pero de repente, esa sonrisa se borró, había recordado aquella voz que le habló cuando estaba sedado. Esa voz fantasmal que parecía real.

«¿Me tomaría por loco si le preguntase por ella?» pensó.

—Doctor —se aventuró haciendo acopio de valor—, ¿la descarga puede haberme afectado el cerebro?

El doctor le miró con sus penetrantes e hipnóticos ojos azules.

—¿Has notado algún síntoma?

Carlos se debatió por contárselo. Le tomaría por loco, estaba seguro. Más le valía inventarse algo rápido, algo convincente.

—No —dijo Carlos con mucho esfuerzo.

—Si notases alguna cosa, me la dirías ¿verdad? —dijo sin apartarle aquella mirada.

La tensión era insoportable. Mentir era insoportable. Se lo diría, diría la verdad «No» se opuso, él era fuerte, había ocultado sus sentimientos toda la vida e iba a salir triunfante una vez más.

—Sí —dijo de la manera más convincente que pudo.

—¿Estás seguro?

Carlos apartó la mirada de aquellos ojos y asintió. Sonrió.

—Muy bien, si todo va bien, mañana podremos darte el alta médica.

Vio al doctor Gilabert salir y la fachada feliz y tranquila se desprendió. Trató de oír aquella presencia, aquella voz, pero solo le llegó el murmullo del hospital.

Las horas pasaban y las únicas visitas eran la de las enfermeras que vigilaban su gotero y que comiera la insulsa comida que le traían. Algo debía de estar mal en aquella comida, algo le habían añadido, ¿y si fuera veneno? Así se lo quitarían de en medio. Uno menos que el estado debía alimentar y cuidar. El aburrimiento era exasperante, trató de dormir pero el sueño lo eludía por completo. Una televisión lo miraba oscura desde la pared, su padre (¿Dónde estaba?) no la había pagado para que se entretuviese. No tenía libros que leer, aunque pensándolo bien, con esas cremas que le ponían los estropearía. Llegó la noche y sin darse cuenta cayó en el ansiado letargo.

Despertó al día siguiente al sentir una pequeña sacudida. Su padre estaba de pie, observándolo desde una esquina de la habitación. En el rostro de su padre, Carlos podía ver algo que le contraía los músculos faciales haciéndole parecer veinte años más viejo de lo que era en realidad: ¿pena?, ¿resaca?, No lo sabía. Solo estaba allí, mirando.

—Hola —dijo Carlos rompiendo el silencio con su ronca voz.

No obtuvo una respuesta inmediata. Continuó observando a su padre.

Se le veía enfermo, como si tuviera un virus; aun así había venido a verle. Carlos sonrió. Necesitaba su compañía más de lo que él mismo creía. Gracias a él, Carlos estaba vivo, lo sabía,

ese héroe dentro de su padre seguía allí, ello le dio esperanza.

Los labios de Rafa se movieron pero no articuló palabra alguna sino algo más parecido a un gruñido. «Ven» imploraba su hijo.

Dio un paso vacilante hacia delante, al cabo de unos segundos dio otro y así, poco a poco, llegó a los pies de la camilla. Se agarró a la barra de metal que rodeaba la cama.

Allí se quedó. Respiraba aliviado, incluso una tímida y temblorosa sonrisa se dibujó en sus labios.

—Eres un héroe, lo sabes, ¿verdad? —dijo al fin.

Carlos retiró la mirada, avergonzado.

—Yo solo reaccioné; sin pensar.

—Y eso es lo que hacen los héroes —le aseguró su padre.

Rafa ignoró toda precaución, se acercó y abrazó a su hijo. Lloraba.

—Estoy orgulloso de ti. Creía que te perdía.

Carlos lo oía amortiguado pues tenía la cabeza en el pecho de su padre. Oía como su corazón latía y los tonos graves de su voz al recorrer su cuerpo.

—He tirado todo el alcohol de casa, se acabó, por muy difícil que sea.

Por primera vez Carlos sintió que todo iría bien a partir de ese momento. Podía olvidarse de lo miserable que había sido su vida, de los matones que lo humillaban, porque ahora su padre estaba con él para apoyarle.

—Te quiero papá.

Ambos se abrazaron largo rato. La bonita escena se vio interrumpida por la voz que solo Carlos podía oír.

—¡Qué bonito! Casi lloro de la emoción —dijo sarcástico.

Carlos se sobresaltó, miró en todas direcciones antes de darse cuenta de quien había hablado.

—¿Qué pasa? —dijo Rafa apartándose de su hijo.

—Nada... un efecto secundario, supongo. Estoy bien.

—Va a volver al bar, lo sabes —dijo la Voz—. Igual ni siquiera espera a llegar a casa, se parará en la cafetería del hospital y pedirá una docena de cervezas.

Un camión pasó ruidoso en el exterior.

—¿Seguro? —dijo Rafa— estás temblando.

—Ahora de repente se preocupa por ti, no me lo trago.

—shhh, para —dijo Carlos, quería que su padre oyese la “Voz”—. ¿Lo oyes?

Rafa estaba desconcertado.

—¿Él camión que acaba de pasar?

Era obvio que no podía oír la Voz. Su padre lo miraba de repente nervioso. Carlos decidió no preocuparle más.

—Sí. Necesita un cambio de aceite.

Su padre se rió. No lo había visto reír con sinceridad en mucho tiempo.

—Veo que el rayo no te ha afectado el humor. Voy a casa a ducharme y descansar un poco.

—¿Qué te había dicho? A empinar el codo.

Su padre se dirigió despacio al umbral de la puerta, se dio la vuelta y lo miró con una sonrisa temblorosa, el aspecto enfermo había regresado.

Cuando la puerta se cerró tras él, Carlos miró alrededor, no servía de nada hacerlo, no había nadie a quien mirar.

Temblando, en silencio, dejó que fuera esa Voz la que hablara primero.

—No tienes por qué temerme.

Carlos no contestó. Su respiración se aceleró, sus labios se juntaron. ¿Cómo no temer a lo desconocido? Aquella voz que él había achacado a una alucinación era real, al menos para él. Debía conocer la respuesta a la pregunta que lo había estado apremiando durante días. Pero no podía, no quería conocer la respuesta. Al fin la necesidad se impuso a la razón.

—¿Estoy loco? —dijo al fin respirando con dificultad.

—No creo que lo estemos.

Carlos levantó la cabeza y frunciendo el ceño dijo:

—¿"Lo estemos"?

—Tú y yo estamos en simbiosis, lo que le pase a uno repercutirá en el otro.

Eso no podía ser, estaba atónito precisaba saber más.

—Lo que me pase a *mi* te afectara a *ti* —remarcó.

—Cierto —Convino la Voz—, yo no tengo cuerpo. Nadie me puede hacer daño, ni siquiera tú y por eso voy a ayudarte en todo lo que *tú* no te atreves a hacer por ti mismo.

—¿A qué te refieres? —dijo asustado.

—Nos han tratado mal en esa prisión que llamamos instituto, es hora que nos lo paguen. Róbale la pistola, mátalos a todos.

Carlos sabía de que estaba hablando, pero no iba a hacerlo, por mucho que hubiese fantaseado con ello todos los días desde hacía años. No podía entrar en el instituto con el revolver de su padre e iniciar un tiroteo. Por mucho que quisiera y necesitara vengarse, sus patéticas amenazas no habían sido más que furiosos alardes. La gente suele decir aquello que reprime cuando se enfada, pero una vez la tormenta ha pasado, las barreras de la razón vuelven a erigirse impidiendo que se cometan locuras. Pero aquellas barreras podían derribarse si se les sometía a mucha presión o se les golpeaba; esa Voz tenía un ariete.

—¡Ha de haber otro modo! —casi lloró de horror.

—Entonces escoge a los peores y ve a por ellos uno a uno. ¿Porqué odiarlos? El odio se convierte en rencor y te comerá por dentro toda la vida. Pon a esos en su sitio o nunca pararán.

Carlos se tapó los oídos y cerró los ojos con fuerza. No quería oír más, no le gustaba lo que estaba sugiriendo aquella voz. Debía de haber alguna manera de acallarla. «Medicación» pensó, era una buena idea, buscaría al doctor Gilabert y de seguro le prescribiría algo. Pero la idea perdió fuerza de forma veloz, recordaba demasiado bien lo que la medicación hizo con su madre, su debilidad, su sufrimiento, su muerte. No, sería fuerte, resistiría. Apretó más los ojos hasta que vio luciérnagas en la oscuridad.

Pasados unos minutos se atrevió a entreabrir los ojos y destaparse un oído. La Voz desapareció... De momento.

Terrabona se alzaba en la distancia mientras viajaba en el destartelado coche de su padre. «Parece que hayan sido años» pensó mirando el pequeño y tranquilo pueblo en un asomo de añoranza. Por un momento había olvidado la Voz y lo asustado que estaba. Miró a su padre y sonrió, recordaba lo mucho que le gustaba ir en ese montón chatarra; su padre solía llevarlo a pasear las noches que estaba alterado y con las vibraciones meciéndolo, se sumía en el más tranquilo de los sueños. Rodeaban la Montaña de la Creu, parecía rodar como un vinilo en un tocadiscos, desde aquella distancia parecía una maqueta que algún niño hubiese hecho a toda prisa con barro y en un pensamiento de última hora, hubiese robado la vieja cruz de la cadena de su abuela y la hubiese clavado en la cima para decorar «¿se pude ser más decadente?». La sucia fachada de su casa cubría su vista cuando el coche se detuvo con una última sacudida. La pequeña añoranza que hubiese sentido, flaqueó.

Carlos entró a su habitación con una bolsa de plástico en una mano llena de botellas de agua, la ropa que había llevado el día del accidente apestaba a humedad, sudor y quemado. En la otra, la pulsera identificadora del hospital.

Por alguna razón idiota, Carlos creía que se encontraría la casa limpia, radiante, cegadora incluso, pero se equivocaba. Estaba contemplando la misma destartelada habitación, Su padre no limpiaba nunca ¿Qué le hacía pensar que iba a hacerlo ahora? eso hubiese sido un milagro; todo estaba en su desordenado orden. Sonrió cuando su mirada se posó sobre el piano eléctrico. Miró sus manos y apretó los puños con fuerza después movió sus dedos con agilidad y sonrió, feliz por que podría tocarlo de nuevo muy pronto «¿porqué no ahora mismo?» era demasiado tentador.

Necesitaba aire, el calor abrasador de Junio era insoportable allí, apenas una ligera brisa. Sacó el piano al balcón y se puso unos auriculares negros para no molestar a los vecinos, es su opinión unos imbéciles incultos que no sabían apreciar la buena música. Con los dedos listos sobre las teclas, cerró los ojos tratando de sentir una melodía digna del piano de su madre, nada venia pero siguió insistiendo. Abrió ligeramente los ojos, su mirada fija ahora en la Montaña de la Creu. Respiró hondo y sintió como el aire que transportaba el salitre de la playa le susurraba al oído consiguiendo que se relajara. Esa era la melodía, paz.

Los árboles y arbustos se movían en la base de la cruz en un movimiento hipnótico, le gustaría caminar entre aquellos árboles, sentirse en contacto con la naturaleza arrancar el jazmín que crecía en la senda que llevaba a la cima y olerlas, era como olía su madre. Sonrió ante la idea. Alguien apareció en la cima, lentamente aquella figura se sentó a los pies de la cruz, rompiendo por completo el ensimismamiento de Carlos.

Corrió a su telescopio, vio una figura de pelo terroso que conocía demasiado bien, no podía ser otra persona. Rubén.

Su mirada se nubló.

—¿De qué te sirve mirar por ese telescopio? —dijo la Voz, esta vez Carlos la esperaba y no se sobresaltó.

La ira era superior al miedo.

—La próxima vez que intente algo...

—¿Que vas a hacer? —le interrumpió harto— Solo miras en la distancia con la vana promesa de que algún día te vengaras, pero no lo harás nunca ¿Sabes por qué?

No contestó, había dado con una verdad dolorosa. Trató de contradecirle pero no tenía sentido ocultar algo que esa presencia veía con claridad.

—Porque eres un cobarde —contestó de todos modos—. Cuando llegues al límite me comprenderás.

La Voz se desvaneció dejándolo con la respuesta en la boca. Él no era un cobarde, quisiera haberle rebatido, pero en el fondo sabía que era verdad, un cobarde que se atrevía a hacer nada, A confiar que el tiempo y sus deseos lanzados al aire obrasen el milagro. «¿Y si esta voz tuviese siempre la razón?» aquello le asustó ¿y si le conociese mejor de lo que se conocía él mismo? «¡Imposible!» agarró el telescopio con brusquedad y continuó mirando.

Cuarenta minutos después Rubén se levantó y se perdió de vista. Carlos apartó el telescopio de una patada, pero contuvo su rencor. Tenía el puño derecho cerrado, algo blanco sobresalía ¿un hueso? No, no sentía dolor, más parecía un papel. Abrió la mano y allí encontró un trozo de papel cuadriculado arrancado de una libreta, parecía que hubiese algo escrito, le dio la vuelta y vio garabateado en tinta roja corrida como regueros de sangre: MATA, MATA, MATA.

Carlos recorría los pasillos del instituto con su mente aun en el trozo de papel que había aparecido en su mano ¿Cómo había llegado allí? No lo sabía. Había estado todo el tiempo mirando por el telescopio, centrado en Rubén. «Lo ha hecho la Voz» ¿a caso le había mentido cuando dijo que no podía actuar en el mundo físico? Lo que le inquietaba aun más era que ese papel había ardidado por sí mismo, Carlos lo tiró al suelo y allí se convirtió en cenizas que una brisa se llevó como pájaros volando.

Algo no parecía encajar mientras caminaba hacia su clase, no sabía decir qué era exactamente, pero lo sentía. Las miradas que le echaban no eran las mismas de siempre, en las caras no había desprecio, ni deseo de humillarle. Una vez en la puerta de entrada del aula, Carlos había llegado el primero como solía hacer, se quedó mirándose los brazos ¿mirarían el vendaje que aun llevaba? Debía ser eso, cuando alguien se rompía un brazo y lo escayolaban, todos, amigos o no, corrían a firmar y dibujar en ella; en opinión de Carlos era una muestra de falsedad, pero mentiría si dijera que no había deseado romperse algo y que lo escayolaran solo para que alguien se acercase a él, en particular las chicas y más concretamente Lara. «Espero que venga» pensó con una sonrisa, Lara tenía alma de enfermera y cuando lo viera, Carlos le contaría su heroica historia exagerándola y dramatizándola lo justo para que viese las cicatrices que tenía como marcas de guerra, ella se quedaría prendada de él y por fin se cumpliría su destino de estar juntos para siempre. Lara había desaparecido, no había ido al instituto, eso lo inquietó.

Fuera, durante el recreo, una sombra se cernió sobre él bloqueando el Sol con su enorme figura; una mano descendió y le agarró del hombro. Carlos se preparó para lo que se avecinaba, pero esta vez trataría defenderse. Alcanzó las llaves que llevaba en el bolsillo y se las puso entre los dedos a modo de puño americano.

Se giró, listo para atacar al hijo de puta de Rubén... Era Iván y por extraño que le pareciese, estaba sonriendo.

—He oído lo que pasó, eres muy valiente, tío.

Carlos se quedó sin palabras ¿Estaba siendo amable? «no, está intentando engañarte» pero esa sonrisa parecía genuina como la que había visto que le dedicaba a sus amigos. Soltó las llaves.

—Gracias —fue lo único que se le ocurrió.

—Oye —dijo acercándose más a él como si quisiera contarle un secreto—, ¿lo del rayo es cierto? Porque ya sabes cómo son estas cosas: se exageran y se exageran y acaba siendo un extraterrestre quien ha bajado y te ha disparado.

Carlos rió, no habría pensado que Iván tuviese sentido del humor.

—Es cierto. Pero no sé si me cayó de refilón o me dio de pleno. Supongo que será lo primero, porque no me he quedado calvo.

Los dos rieron con su chiste. Iván era, como descubrió en ese momento Carlos, una persona inteligente y realista que le gustaba ir directo al grano y que aborrecía las tonterías, alguien que le gustaba investigar y sacar una conclusión propia no fiándose por lo que dijera la gente. Admiraba lo que había hecho Carlos, había ido al lugar del accidente cuando aún no habían retirado los vehículos, la Guardia Civil estaba haciendo el atestado libretas en mano y con una extraña rueda unida a un palo negro. Cuando se enteró de lo que pasó, deseó que Carlos se recuperase. Se había alegrado de verlo entero, caminando por su propio pie.

Cuando Iván se fue, Carlos supo que: si bien no había hecho un amigo ni nada parecido, al menos había gente que no lo odiaba, gente con la que podía tener una conversación agradable y reír.

Ese día se repitieron esos gestos, todos querían hablar con el héroe que salvó a los policías él solo y que después, fue alcanzado por un rayo para vivir y contarlo.

Lo atosigaban en los pasillos, en los servicios y en las clases, la atención era abrumadora pero sentía que estaba recibiendo toda la que le había sido privada todos estos años, no iba a despreciar lo que se merecía. Ese día era más importante que Rubén y se regocijó. Incluso el grupo de chicas malas que lideraba Helena Fullana vino a verle, ellas por poco le escupían si osaba acercarse a ellas por accidente y en más de una ocasión las había oído hablar entre ellas sin la decencia de hacerlo en voz baja llamándolo cosas poco agradables. Todo ese día respondió a preguntas como:

—¿A cuántos salvaste?

—¿Estuviste muerto?

—¿Viste el túnel que dicen que se ve al morir?

—¿El rayo te ha dado algún superpoder?

Eso último se lo preguntó un niño de quinto de primaria a quien estuvo a punto de contestar:

—Más o menos.

Carlos estaba pletórico, no quería vanagloriarse de su acción, al fin y al cabo solo había reaccionado a un accidente de tráfico y no porque fuera un héroe, sino porque creía que era lo correcto. ¡Pero sentaba tan bien! Le encantaría que todos los días fuesen así. La soledad no es ningún consuelo, no es segura, cuando estas solo, empiezas a dar vueltas a cosas que no merecen tu tiempo. Necesitas amigos, alguien con quien aprender y a los que tú puedas enseñar, alguien que amplíe tus horizontes, salir de Terrabona y ver que el mundo es más grande de lo que parece y allí fuera conocerás a gente que es más amable de lo que crees. Si tienes una perspectiva tan estrecha como la que tenía Carlos Cots, te estás perdiendo mucho. Amigos es lo que más necesitaba y por encima de todo, amor.

Carlos salió sonriendo al terminar las clases, los que le veían sonreían en respuesta y dio con una revelación «si sonrío, la gente me sonrío ¿funcionará con todos?» lo iba a probar a partir de ahora, cada día se miraría al espejo y practicaría una sonrisa natural y acogedora, con el tiempo le saldría sola.

En la distancia, entre la hilera de motos, vio a un trío que le miraba, dos de ellos los reconoció de inmediato el pelo terroso lo delataba, el otro era su sombra y el tercero era una chica, apenas prestó atención a aquella distancia no sabía quién era, Lara no, tal vez Helena. Los ignoró, ni siquiera ellos podían fastidiarle el día.

Empezó a caminar.

Rubén miró a Carlos mientras salía feliz del instituto con una envidia superior a él, estaba celoso de no ser el centro de atención y no soportaba que fuera precisamente el Esmirriado quien le hubiese robado el protagonismo. Esa adoración que había visto hoy era mucho mayor de la que él hubiese recibido nunca. Iba a cargarse al Esmirriado, a humillarlo hasta lo indecible. «Puto esmirriado» si solo tuviese un plan que poder poner en práctica, pero no se le ocurría nada y eso le frustraba tanto que quería destrozarlo todo. «¿Qué he hecho mal?» se atosigaba «¿Qué he estado haciendo todos estos años? ¡He perdido el tiempo!» se contuvo de dar una patada a una de las motos para que las demás cayesen en efecto dominó. Miró a Helena, la piel bajo sus ojos se tensó mientras observaba a Carlos.

Helena Fullana, era una chica de dieciséis años de belleza etérea cual elfa. Debía de ser el centro de atención, siempre, aunque eso significase humillar a los demás. El instituto San Cristóbal era su reino y ella gobernaba. Su reino no se mantenía con amor, se gobernaba con miedo, aunque ella no fuese consciente de su tiranía. Carlos era el perfecto objetivo al que le gustaba humillar entre su círculo de amigas y ahora de repente era un héroe, alguien que amenazaba su popularidad y sentía que le adorarían porque en él no había maldad. No podía soportar que un débil santurrón le usurpara su puesto, no iba a permitirlo. Miraba a Carlos con una expresión que fingía ser una sonrisa pero que se veía claramente que era una mueca de asco.

Pablo, bueno... Pablo no tenía suficientes luces ni personalidad como para estar envidioso de Carlos, pero como imitaba a Rubén sin ningún tipo de criterio personal, también él tenía mala cara.

Helena se giró hacia los dos con una sonrisa surcándole el rostro. En ella había algo que a Rubén no le gustaba, pero calló.

—Tengo una idea. Esperad aquí.

Rubén y Pablo se quedaron mirando mientras Helena se alejaba y alcanzaba a Carlos. «¿Qué coño está haciendo?» se dijo Rubén inclinándose hacia delante en un vano intento de escuchar lo que estaban diciendo. Hablaba con él, parecía que estaba flirteando. Sonreía y se reía de lo que dijese Carlos, se tocaba el pelo y le tocaba el brazo mientras lo miraba a los ojos. Carlos asentía y sonreía encantado. Ella volvió al cabo de unos minutos donde estaban Rubén y Pablo boquiabiertos.

—Bueno, ¿qué me decís, vais a venir a mi fiesta este viernes? —dijo como si no hubiese pasado nada.

—¿De qué estabais hablando? —dijo Rubén intrigado.

—Si no aceptas, no te lo digo —dijo juguetona negando con el dedo.

Rubén quedó indeciso, no quería ir a una fiesta, las aborrecía, pero era la única manera de estar con los demás chicos y divertirse con ellos. Además, ahora que Lara no estaba, necesitaba a otra que ocupase su puesto pero le hastiaba la sola idea de buscar a otra para cumplir con el papel que tanto anhelaba su padre. No había más remedio.

—Este y yo estaremos allí —dijo señalando a Pablo—. Pero que sea una buena fiesta.

—La mejor, ya lo veras.

—¿Contenta? ¿Me lo cuentas ahora?

Helena sonrió picara.

«No va a venir» pensó Carlos cambiando de postura «¿Cómo he sido tan tonto?» Las gaviotas revoloteaban encima de él planeando al viento, podía oír el mar justo detrás de él, parecía la respiración de un animal fantástico, como un dragón que durmiera en la playa protegiendo la dorada arena. Carlos cerró los ojos concentrándose solo en el sonido del mar y trató de relajarse.

Se vio a si mismo salir del instituto sonriendo. Caminaba cuando una mano le tocó con delicadeza el hombro. Allí estaba Helena. Le sonreía.

—Dicen que eres un héroe —el Sol la iluminaba desde atrás confiriéndole un halo que resaltaba su belleza etérea. El sonido de su voz era musical.

Carlos no sabía cómo contestar así que recurrió a su último descubrimiento y lo puso en práctica, una sonrisa genuina y encantadora contestó a Helena.

—¿Sabes qué? —dijo ella— nunca me había fijado pero tienes una sonrisa muy bonita.

—Gracias —fue todo lo que Carlos pudo contestar.

—Oye, yo no hago esto a menudo, pero ¿Te gustaría venir conmigo a la playa? —le toco el hombro y le miró a los ojos— Podríamos tomarnos un helado, pasear y lo que surgiese —dijo poniendo especial énfasis en aquello último.

Aquellos ojos azules eran irresistibles. Con gran esfuerzo, mantuvo la sonrisa y asintió, los nervios no le permitían hablar.

Carlos abrió los ojos, se encontró mirando las huellas de un coche delante de la heladería Bon-Bon. Levantó poco a poco la cabeza y allí la vio, acercándose a él con una gracia divina, exudado feminidad. Carlos no podía creer su suerte, trataría de controlar sus nervios y de mostrarse tan encantador como pudiese. Tal vez el que le hubiese caído un rayo no fuera tan malo, ahora lo admiraban y tenía una cita con la chica más espectacular del instituto.

—Estás preciosa —dijo sin pensar y ella le sonrió.

«¡Esto es increíble!» gritó por dentro manteniendo una sonrisa en el exterior.

Carlos y Helena llevaban conos de helado, caminaban por la playa donde una extensión de arena infinita, un mar apetecible y unas dunas más propias de un desierto árabe les pertenecían. La brisa marina los envolvió haciendo que el cabello de Helena ondeara desprendiendo destellos del Sol. La playa estaba desierta y una bandera de color verde indicaba que el mar estaba perfecto para nadar.

Carlos rezaba para que no notara sus nervios, el helado en su mano amenazaba con salirse del cono y rebozarse en la arena. Helena hablaba y él sonreía aportando lo que él creía que era algo interesante, pero se decía a si mismo «¡la estás cagando, la estás cagando!». Ella le rozaba el brazo de una forma tan sensual que empezó a tener una erección que pronto trató de ocultar caminando encorvado. Ella debió de darse cuenta porque empezó a sonreír encantada.

Pararon al lado de una de las dunas. En esa colina de arena tendrían intimidad si algo surgiese, pensó Carlos. Helena miró sin disimulo la tienda de campaña que había en sus pantalones y sus ojos se iluminaron.

—Sabes, nunca he visto una —dijo Helena mordiéndose un dedo.

Carlos la miró desconcertado pero al cabo sonrió.

—¿Una qué?

—Una polla, no en la vida real, enséñamela.

—¿Qué? —dijo ruborizándose.

—Vamos, venga, si me la enseñas —arqueó la espalda para destacar sus tetas—, yo te enseñaré otras cosas.

Estaba tremendamente asustado, pero también deseaba que una mujer lo viese como el ser que estaba floreciendo sexualmente que era. Tras unos segundos de indecisión, acercó sus temblorosas manos al botón de su pantalón. Abrió la cremallera y mostró su erecto miembro a Helena. Se bajó los pantalones hasta las rodillas. Notaba una presión en la entrepierna como el deseo que sentía de tocarse viendo pornografía, pero esta vez no quería que fuese su mano la que le tocara, quería que fuese Helena con todo su cuerpo.

Risas, ¡venían de las dunas! Rubén y Pablo estaban allí.

—Enséñanos el pajarito Esmirriado —dijo Pablo riendo como un burro.

Carlos se puso los pantalones tan rápido como pudo, sintiéndose torpe y lento. «Soy idiota» pensó, no era más que una estratagema diseñada para burlarse de él. Oía las risas. Levantó la cabeza para echar una mirada fugaz y vio que Helena, la elfa etérea, no era más que una vulgar arpía.

Lo que no vio fue el teléfono móvil con el que esta grababa un vídeo.

Tragó saliva, se sentía mareado, como si tuviese un ataque de vértigo. El pecho le dolía, pensó que así es lo que se sentía cuando alguien te perforaba las costillas y te sacaba el corazón para que lo contemplases. Sus ojos y mejillas ardían. Estaba a punto de vomitar por la ansiedad. Con sus debilitadas piernas dando pasos inseguros, trató de huir pero cayó hundiendo su cara en la arena, en su lengua, la sensación de los granos absorbiendo toda la humedad hizo que finalmente vomitara el helado. Para su horror, las voces redoblaron su esfuerzo y ahora las risas se asemejaban a gritos. Se cubrió la cara con sus manos en un grito mudo. Su labio inferior temblaba. Debía contenerse, no darles la satisfacción de llorar, pero no pudo. «Débil de mierda» se castigó mientras incontables sollozos quedaban atrapados en su garganta haciendo que llorara de manera entrecortada.

—Eres un idiota Carlos, ¿por qué dejas que te hagan esto? —la voz apareció a su lado.

Carlos lanzó un grito y dio un manotazo al aire. Se levantó. Tenía que irse de allí y que esto acabase.

Caminaba en dirección al pueblo con los brazos caídos a los lados, sin vida. Tropezaba con cada piedra del camino pero continuaba andando, no estaba lo suficientemente lejos de ellos. Un sudor frío perlaba su frente, sus ojos habían perdido toda la vida. No podía levantar la cabeza «¿y si me ven?» pensó «¿Qué más da? que me maten, es lo único que merezco». Un coche pasó a toda velocidad y Carlos se ocultó entre las hojas de un árbol. No eran ellos. «Podría tirarme delante del primer coche que vea. ¡No! puede que solo me deje parapléjico, piensa» debía asegurarse de que fuese definitivo.

En la terraza de su casa, Carlos veía la calle a diez metros de altura, para él era como estar en el edificio más alto del mundo y sintió miedo a caer, agarró la cornisa con más fuerza, arañándose la yemas de los dedos en la áspera piedra. El Sol se había puesto tras la cruz y la oscuridad se cernía sobre él cada vez más tenebrosa. Lo que se proponía hacer era muy sencillo, solo tenía que pasar ambas piernas sobre la barandilla de piedra y saltar, entonces todo acabaría ¿si era tan fácil, por qué coño no se atrevía? Las risas resonaban aun en su cabeza, sentía que le iba a estallar, como si alguien estuviese taladrándola con un martillo neumático. Pasó un pie sobre la barandilla, se apoyó sobre su barriga, pero no pudo pasar el otro. Lloró y sus lágrimas oscurecieron la piedra. Quedó allí, odiándose a sí mismo y odiando la falta de decencia de la humanidad.

—¿Piensas hacerlo? —dijo la Voz a su oído.

Carlos no contestó, los sollozos le provocaban espasmos. Sentía el aire pasar entre la piedra y su cara. Nadie se había percatado de lo que intentaba hacer, nadie miró hacia arriba para ver al idiota del Esmirriado cometer una estupidez. Solo sería una molestia para el pobre trabajador que tuviera que recoger sus sesos del pavimento.

—Eres un cobarde, Carlos. ¿Crees que esa es la solución, matarte? No, tú sabes cuál es la solución. Llevo diciéndotelo todo el tiempo y tú no me haces caso.

Carlos levantó su cabeza de la piedra húmeda y dijo.

—Son unos hijos de puta, pero no se merecen morir.

—Sí que se lo merecen.

—¡No! no puedes ir matando a todo aquel que te mira mal, al que te insulta y el que te humilla.

—Y aun así tu mismo los has amenazado antes. Eres un hipócrita.

—¡Estaba enfadado! La gente dice cosas que no quiere decir cuando está enfadado.

—La gente dice las cosas que *quiere* decir cuando están enfadados. La ira da valor. Úsala.

—No —dijo en una voz apenas perceptible, no quería admitir que tuviese razón.

—Entonces, adelante, suicídase y acaba con todo como el cobarde que eres. O... puedes tomarte la justicia por tu mano y comenzar a tomar las riendas de tu vida, porque te digo que si dejas que todos te arrastren con sus caprichos y que las cosas pasen a tu alrededor sin que tu tengas el control, la vida que te espera será peor que la muerte.

—Ha de haber otra manera.

—No. Control o muerte.

Las botellas entrechocaban mientras Rubén se esforzaba por alcanzar la que había al fondo de una estantería de roble. La luz del atardecer hacía que resplandecieran. Allí dentro había un whisky escocés que su padre guardaba solo para ocasiones especiales. Si llevaba el whisky a la fiesta de Helena, sería el alma de la fiesta, los otros como mucho traerían la cerveza más barata que encontrarán y se cogerían un ciego a base de porros y alcohol barato, pero él aparecería con un néctar que solo compartiría con los que él considerase dignos.

La puerta de la entrada se abrió. Rubén sabía que solo tenía treinta segundos antes de que su padre lo encontrara husmeando entre botellas y vasos de cristal. «Un poco, más. Despacio, despacio» pensó mientras agarraba con fuerza la botella y la acercaba a sí mismo. Podía oír los pasos decididos de su padre acercándose por fuera de la casa. Eran sus llaves las que tintineaban, cada persona tiene un sonido característico de llaves, se le puede reconocer solo oyéndolas. Rubén pasó el whisky por encima de las otras botellas de la estantería sin hacer ruido. Contuvo el aliento. «¡Vamos!»

Por fin la tuvo apoyada en su pecho, buscó a tientas su mochila y escondió la botella en sus profundidades.

Rubén resopló aliviado, subió corriendo a su habitación y llegó en el momento justo en el que se abría la puerta.

Tumbado en su cama, la hora para marcharse a la fiesta no llegaba. Rubén soñaba despierto con que el Esmirriado ya no volvería nunca al instituto. Los héroes solo estaban en los comics y en las películas que los frikis seguían; en la vida real, nadie iba a bajar del cielo a ayudarte, te tenías que esforzar para salir de los problemas tu mismo, costara lo que costara. Al Esmirriado se le había acabado el disfrutar de su gloria, todo volvería a la normalidad.

Palpó su mochila, el bulto seguía allí.

La casa de Helena Fullana estaba al lado del río Serp, un dúplex con un balcón inmenso rodeado por una barandilla cromada y placas de metacrilato de un color neblinoso que miraba al río como una torre vigía en busca de invasores.

Incluso desde la calle se oía el retumbar de la música marcando un ritmo repetitivo a base de bombo y cajas invariable de canción a canción.

Rubén se acercó a la imponente casa con una bolsa de plástico en una mano y a Pablo cerca de la otra.

Helena abrió la puerta y el estallido de música los golpeó dejándolos temporalmente sordos, como una explosión de mortero que sentían en el pecho. Helena los miraba a ambos desde el umbral de la puerta sonriendo divertida. Rubén no soportaba ese tipo de música, pero no le faltaría al respeto a Helena.

—Te traigo un detallito —dijo Rubén mostrándole el contenido de la bolsa—. Pero no se lo digas a nadie.

—Mi salvador —dijo Helena lanzándose a sus brazos.

Helena besó a Rubén en los labios. Sintió su lengua queriendo tocar la suya pero cerró bien la boca. La apartó diciendo:

—Quita, no te emociones.

Pasaron dentro. Rubén debía reconocer que Helena tenía buen gusto para decorar y montar fiestas. Había desenroscado las bombillas para darle un ambiente tenue al salón donde se celebraba la fiesta, instalado luces LED multicolor por todas partes y repartido tubos de luz para todo aquel que quisiera partirlos e iluminar sus pasos de baile. Había mesas redondas atestadas vasos de plástico, refrescos de todo tipo y cerveza, mucha cerveza. En otra mesa había mini tostadas untadas de cremas y quesos de tantos tipos que no se podrían enumerar. Había confeti por todos los sitios, tiras de papel enrolladas por los cuadros de las paredes, gorros de cartón y matasuegras esparcidos por doquier.

Un vaso de cerveza entre dos altavoces de metro y veinte de altura y neones multicolor en sus conos, amenazaba con derramarse por las vibraciones que estos provocaban. Una docena de personas entre el sofá y la tele bailaban y se restregaban al ritmo de los poderosos bajos.

Rubén tuvo que hablarle a la oreja de Helena.

—Menuda fiesta, Helena. Eres muy buena, deberías dedicarte a esto.

Helena le sonrió encantada. El roce de los labios de Rubén en su oreja le estaba excitando, esa noche Rubén sería suyo.

Helena bailaba a su alrededor como un pavo real mostrando sus plumas. Rubén no parecía impresionado. Helena se esforzó más. Rubén era difícil y eso solo aumentaba más el reto. Cogió su mano y se la puso en su pecho izquierdo, acto seguido le retiró la mano fingiéndose ofendida de manera tan melodramática que le arrancó una sonrisa. Pablo trajo tres vasos de papel.

El Whisky corría entre los tres provocándoles una sensación de calor que se extendía del pecho hacia las extremidades. Cada vez hacía más calor; al cabo de unos minutos se hizo abrumador, sudaban y su piel estaba enrojecida, entre bailes salieron los tres al balcón con las copas de papel en ristre.

Desde allí, todo el río Serp se extendía de un lado a otro en un surco serpenteante que

horadaba la tierra. Rubén siguió con la mirada su recorrido, deleitándose con las curvas y el sonido del torrente crecido por la última lluvia. Un bulto se encontraba en una de las barandillas que flanqueaban el río, no le prestó atención.

Helena seguía bailando entre él y Pablo, daba vueltas rozándoles con su pelo sedoso la cara, haciéndoles cosquillas; olía a cocos mezclado con su delicioso perfume afrutado natural.

La erección de Pablo amenazaba con rasgarle los pantalones cada vez que su entrepierna rozaba el culo redondeado y respingón de Helena o sentía sus tetas en su propio pecho cuando esta se abalanza contra él. Ella de buen seguro debió sentirlo.

Rubén, asqueado por la insistencia de Helena, volvió su mirada hacia el bulto en el río, algo dentro de él le advertía de que era sospechoso. Había desaparecido, lo buscó con la mirada pero solo veía la calle mal iluminada por las farolas. De pronto, allí estaba el bulto de nuevo, se estaba acercando a la casa. ¿Quién sería? ¿Qué cojones querría? La oscuridad lo envolvía, era como una sombra sin cuerpo al que aferrarse; al cabo de unos segundos lo pudo ver bien, era El Esmirriado.

De repente sintió el impulso de tirarle el vaso de whisky, pero se contuvo. Tal vez se marchara por donde había venido. No debería de estar allí, Helena se había encargado. En su caminar había algo, como si fuese un viejo que arrastrara los pies y sus brazos colgaran muertos a ambos lados de su débil cuerpo, solo el mirarlo le provocaba repulsión.

Unos minutos antes de que lo viera Rubén, Carlos estaba mirando el río desde una de las barandillas situadas a siete metros de altura, Carlos vio como el agua fluía entre las dos orillas de piedras redondeadas y grava en vez de arena.

Aun estando lleno de cañas, el río Serp ofrecía un aspecto tranquilizador que invitaba a sentarse y disfrutar de la brisa; era sencillo, solo tenía que buscar el punto donde no había barandillas que, si no se equivocaba, estaba a unos veinte metros de donde estaba él.

Había pasado horas en su habitación, encerrado y hecho un ovillo sobre la cama incapaz de aceptar lo que había tratado de hacer. El único ser que se había esforzado por disuadirlo era aquel quien no quería a su lado. No había vuelto a oírlo, pero dio vueltas a lo que había dicho mientras derramaba lágrimas de rabia sobre su cojín. Pero no se atrevía a coger las riendas de su vida, daba demasiado miedo. No podía matarlos, aunque lo hubiese deseado, él no era un asesino. Encontraría la manera de solucionarlo pese a lo que dijera la Voz, debía de pensar alguna cosa... podría... podría...

No podía concentrarse en sus pensamientos, cada vez que lo intentaba, otro golpe de batería o un teclado tocado con los genitales asaltaba su cabeza como un intruso en un santuario.

Se giró y vio aquel dúplex imponente. De allí provenía la música/ruido. Empezó a acercarse.

—Entra —dijo la Voz.

Él bajó la mirada y contestó decaído:

—Ni siquiera sé de quién es la fiesta.

—¿Y qué más da? ¿Nunca has querido hacer algo impulsivo? No puedes conseguir nada si te falta la valentía. No sé de qué tienes miedo.

Carlos se quedó callado mirando la mole rugiente. Nunca había ido a una fiesta y no se sentía con ganas de bailar, pero la Voz tenía razón, iría allí y llamaría al timbre sin miedo. Se acabó quedarse en casa lamentándose, esta sería la primera de muchas veces en que él decidiría qué hacer y no pararía hasta conseguirlo, le pesase a quien le pesase.

—¿No es esa Fatty? —dijo la Voz.

Carlos salió de su ensimismamiento y se fijó en una chica que se acercaba al dúplex.

—No, no es ella —volvió a mirar al dúplex pero rápidamente se fijó de nuevo en aquella chica—. Un segundo, sí que lo es. Se llama Patricia, no Fatty —puntualizó de forma estricta a la Voz.

Iba tan bien vestida, peinada y maquillada que le sorprendió, nunca hubiese imaginado que tres detalles tan insignificantes pudiesen marcar tal diferencia. Se acercó a ella saludando con la mano. Sonrió ocultando su tristeza a la perfección.

—Vaya, Patricia, ¿Dónde vas tan elegante?

Patri lo miró, no se fiaba de los cumplidos, siempre se burlaban. Carlos lo comprendía viendo el movimiento de sus ojos.

—Lo digo en serio —le aseguró.

Ella se ruborizó. Carlos no se había fijado hasta ahora, pero estaba muy mona cuando hacía eso. Una sonrisa, la más bonita que él hubiese visto, iluminaba su rostro. Se sintió contagiado por su sincera sonrisa y que hubiese sido él quien la hubiese provocado; solo por eso había merecido la pena salir de casa.

—Voy a la fiesta, claro —dijo ella como si todo el mundo lo supiese.

—¿De quién es la fiesta?

—De Helena —dijo Patri extrañada—. Ha invitado a todos por internet. ¿A ti no?

Carlos sacó su móvil y miró las notificaciones. Ninguna. Algo se apoderó de él, un hondo enfado. Le habían excluido adrede. Patri pudo leer su expresión y le agarró el brazo para consolarlo.

—¿Qué te esperabas? —dijo la Voz con sarcasmo—. ¿Después de lo que hizo crees que te invitaría a una copa? Esa zorra se merece una paliza por ser así de retorcida, así aprendería. Entra con Patri y destroza su casa, eso le dolerá más.

Carlos respiraba sonoramente. El odio en sus ojos hizo que Patricia se apartara de él. El rencor lo paralizaba, temblaba con violencia.

Un vaso se estrelló contra su hombro izquierdo salpicándolo de algo que olía a alcohol, sus fosas nasales se dilataron. Oyó las risas detrás de él.

Se giró pero allí no había nadie. Levantó la vista, los vio en el balcón. Los dos idiotas y la arpía.

—¡Hijos de puta! —dijo Carlos gritando a pleno pulmón.

Otro vaso impactó, esta vez en su cabeza, cortando el grito. El whisky le chorreaba por el pelo, por el cuello, por el pecho, empapándolo y haciéndole oler a destilería.

—Pasadme el otro vaso —dijo Rubén—. Esta vez le acierto en las pelotas.

Carlos se recompuso, el odio saliendo por cada poro de su piel.

—¡Esta me la pagareis! ¡Os lo juro!

—Vete de mi casa, micro-pene —dijo Helena—. ¿Qué haces con la gorda, ligártela? ¿Quién va a querer salir contigo?, ni siquiera las desesperadas se conformarían.

—¡Cárgatela Carlos —gritó retumbante la Voz—, derriba la puerta y cárgatela!

Empezó a dar patadas a la puerta blanca de la entrada, marcando cada patada con un «PUTA» algún «ZORRA» y algún que otro «NIÑATA DE MIERDA.»

La puerta se abombaba con la fuerza de sus golpes, su lisa superficie nívea estaba quedando llena de las huellas de sus zapatos, la goma se incrustaba en la pintura como tinta en un papel. La puerta no resistiría mucho más, pronto Carlos irrumpiría dentro y los tiraría por el balcón, se deleitaría con el sonido de sus cráneos reventando contra el pavimento o tal vez lucharán y tuviese que apuñalarlos, tal vez solo necesitaba la fuerza de sus manos y todo su odio para romper sus

cuellos y ver como sus miserables vidas se escapaban de sus manos. Otro golpe más y estaría dentro. Pero la puerta no cedía, debía golpear más fuerte.

—¡Estate quieto, coño! —gritaba Helena inclinándose sobre la barandilla a punto de caer.

Carlos se giró respirando sonoramente entre dientes con un hilo de saliva que le recorría la comisura de los labios, sus ojos inyectados en sangre. La señaló con un dedo acusador.

—A por ti iré la primera. No eres más que una puta de mierda que se cree superior a todos.

Dio un último golpe frustrado a la puerta. Era demasiado dura, una puerta de seguridad de calidad. Gritó de rabia e impotencia. ¡No podían salirse con la suya otra vez! ¿Porque los más desalmados hijos de puta siempre se salen con la suya sin pagar las consecuencias y alguien que solo quiere corregir esas injusticias siempre tiene las de perder? Eres el ofendido y si tienes la osadía de defenderte, la justicia va a ir a por ti y tratará a aquellos que te ofenden como unas víctimas indefensas que no han hecho nada. A los jueces no le interesa oír los motivos del ofendido, él no tiene razón. Pues a veces no está mal tomarse la justicia por la mano, pero aunque lo desees no puedes, ¿verdad? O tal vez sí.

Esquivó un tercer vaso que se estrelló tras él con un sonido de derramamiento. La voz de Rubén llegó a sus oídos que ahora palpitaban de furia.

—Vete con el borracho de tu padre, Esmirriado.

Eso había sido un golpe bajo. Con amargura se dio cuenta que no podía hacerles nada estando resguardados en su fortaleza. Una lágrima de impotencia surcó su mejilla pero aun así sacó fuerzas para proclamar:

—Más vale que te escondas. Tú y el lameculos de tu amigo. La próxima vez que os vea será la última.

—¡Atrévete!

Se dio la vuelta y regresó a casa oyendo insultos y amenazas desde el balcón.

Lo vieron alejarse con el rabo entre las piernas. Helena lo celebró besando a Pablo. Fue hacia Rubén, este la apartó. Estaba muy alterado.

—¡Esmirriado hijo de puta! ¡Yo le enseñaré lo cobarde que es! ¿Héroe? y una mierda. Un héroe no amenaza.

Todos los miembros de la fiesta los observaban, había parado de bailar al oír semejante escándalo.

—Ni caso —le dijo Helena; se dirigió a sus invitados—. Venga, ¿qué hacéis mirando? A bailar.

Hicieron caso, todos volvieron a bailar como si nada.

Minutos después, Rubén, Helena y Pablo estaban sentados en un sofá de cuero marrón. Helena estaba acariciándole el pelo a Rubén. Estaba más calmado ahora.

—¿Crees que ya se habrá ido? —preguntó Helena.

Los dos siguieron a Helena hasta la puerta de la entrada. Necesitaba protección por si Carlos continuaba allí preparado para atacar. Acercó su mano al pomo y se quedó quieta, temerosa de lo que se iba a encontrar. Pablo la apartó la delicadeza, abrió una rendija diminuta y miró el exterior. Helena temía que a Pablo le clavara un pincho en el ojo y que se girara derramando lágrimas de sangre.

—No hay nadie —dijo.

Abrió la puerta completamente. Solo la anodina oscuridad.

Helena podía apreciar las marcas de los zapatos. Líneas negras mancillando el blanco níveo

de la puerta. Esas huellas no se irán por mucho que frotara, se tendría que inventar alguna excusa convincente para cuando regresasen sus padres.

Se agachó y pasó la mano por la puerta. Pensativa se incorporó. Miró a los dos chicos. De su bolsillo sacó el móvil.

—Tengo el vídeo de la playa, no iba a hacerlo pero esto se ha pasado de la raya.

—Déjame verlo —dijo Pablo. Ella se lo entregó y lo vio—. Será imbécil. Mirad que cara pone. La misma de antes —pausó el vídeo para que todos lo vieran—. Cree que puede matar con los ojos.

—¿Qué vas a hacer? —dijo Rubén a Helena.

—Voy a subirlo —dijo Helena sonriéndole—. Que todos se enteren que el héroe no es más que un pringao.

Pablo estalló en una de sus carcajadas de lerdo.

Helena se quedó mirando el móvil, la determinación iluminándole el rostro. Estaba a punto de hacer algo impulsivo, era una de sus debilidades; ya lidiaría con ello otro día.

Helena lo subió a todas las redes sociales que tenía y lo envió a todos sus contactos, estos se lo enviarían a otros que a su vez harían lo mismo tejiendo una red de humillación tan deliciosamente intrincada que nadie averiguaría quien había sido el primero en subir dicho vídeo.

[Título: micro pene intenta impresionar a chica con su “enorme” ¿miembro?]

[Descripción: Este chaval intentó sorprender a esta chica con su enorme paquete solo para darse cuenta de que allí no había nada, el pájaro había echado a volar. Ahora vaga por la playa intentando encontrar al dichoso pajarito. Compartid.]

Solo el subirlo hizo que Helena se excitara hasta niveles cósmicos. Besó a Rubén; le metió la lengua hasta el fondo, pero él la apartó y entró a por una cerveza.

Helena pasó a su segunda opción. Le agarró el paquete a Pablo y sintió como se endurecía al instante, acariciándosele le dio el mismo beso que le había dado a Rubén, solo que con Pablo surtió efecto. Pablo le agarró del culo poniendo el dedo corazón tan cerca de su ano que la excitó aun más.

Rubén se sentó en el sofá. Se odiaba si mismo por no aprovechar la oportunidad que le brindaba Helena, tal vez se la pudiese presentar a su padre como una nueva conquista «¡qué estupidez!» pensó. De repente la imagen del Esmirriado volvió a su mente, su amenaza resonando como un martillo en una iglesia. Carlos era un enclenque, podía apastarlo sin apenas esfuerzo, entonces ¿Por qué le afectaba tanto? Debía de pensar en algo, cualquier retazo de información que tuviese de Carlos y usarlo para su propósito. Algo que lo apartara de su vida de forma definitiva.

En una habitación llena de posters y ositos de peluche los gemidos orgásmicos de Helena la inundaban y ahogaban el sonido de la música. Helena había sentido su efecto en los hombres desde que tenía trece años, cuando empezaron a desarrollársele los pechos y todos la miraban, al principio lo aborreció pero pronto descubrió sus beneficios: el poder que ejercía. Había practicado el sexo por primera vez hacía un año con un chico trece años mayor que ella. El dolor de la primera vez fue convirtiéndose rápidamente en el mayor placer que hubiese experimentado y pronto tuvo curiosidad del goce que podía dar con su boca, en una noche de pasión se atrevió a que la penetrara analmente y descubrió una nueva sensación. No utilizaba el sexo para manipular, ella no entendía a las mujeres que podían hacer eso. Para ella su placer era lo primero y la satisfacción que pudiese dar era igual de importante. Pero sí utilizaba la fascinación de los

hombres para conseguir lo más importante para ella, ser la más popular de entre todos en el instituto, ser su reina. Quería coronar a Rubén como su rey, pero ¡era tan difícil de persuadir! Con su popularidad y la de ella combinadas, todos les seguirían y así tendrían contactos para el futuro cuando necesitasen favores.

Una vez acabaron, Helena se dio cuenta que no sabía mucho acerca de Pablo, así que improvisó sobre la marcha.

—¿Qué te gusta hacer cuando no juegas o entrenas?

Después de un largo pero no de todo incomodo silencio Pablo dijo:

—No sé. Me gusta pasear por el huerto de mi abuelo y ayudarlo. ¿Y tú?

Silencio. No quería revelar nada demasiado personal, pero no se le ocurrió nada. Era más fácil decir la verdad.

—Pensaras que soy una marimacha —dijo negando con la cabeza.

—No, vamos.

—Me gusta pescar. Sobre todo en el rio. Saco mi caña del garaje y pescó todos los fines de semana. Tengo suerte de tener el Serp al lado de casa.

Esto no estaba funcionando, Helena lo sabía. Pablo no continuaba la conversación, miraba al techo con una sonrisa de satisfacción en su cara. Sus ojos y su boca tenían una extraña cualidad que no acababa de comprender qué le transmitían, no eran bonitas, a decir verdad, lo único bonito de él era su cuerpo de atleta, su cabeza se asemejaba a la de un huevo, y sus dientes eran pequeños en comparación con esas encías tan grandes.

—Pablo, esto ha estado muy bien, pero ahora necesito estar sola.

Pablo no lo comprendió, no le había escuchando, se lo repitió más despacio para que captara aquella afirmación que no tenía nada de indirecta. Finalmente se vistió y se marchó dejándola dolorida, un dolor agradable.

«Mejor» pensó, se había dado cuenta de que era medio lelo.

Mirando al techo relajada, sentía como una brisa marina penetraba por la ventana y le acariciaba haciendo que se le pusiera la piel de gallina, cerró los ojos, de pronto esa agradable sensación se convirtió en algo más, si ella hubiese querido admitirlo se hubiera dado cuenta de que era arrepentimiento ante lo que le había hecho a Carlos. Lo veía aporreando la puerta y todo el placer que había sentido se volvió amargo. Le dio vueltas durante horas. La casa había quedado en silencio, todos sus invitados estaban durmiendo en sus casas, pero ella seguía en un estado de vigilia, a su mente no paraba de acudir la lastimera imagen de Carlos llorando en la playa, por mucho que tratara de eliminarle no podía. Oía los golpes en la puerta y los gritos que lanzaba ¿intentaría alguna locura cuando se enterase? No, nunca más saldría de casa, jamás volvería a saber de él. Pero tenía que tomar precauciones. Hablaría con Rubén, tal vez juntos idearan un plan.

Recorría los pasillos, no los percibía bien, como si su visión se hubiese reducido y caminará a cámara lenta. Todos le miraban y él tuvo sentimientos encontrados, por una parte quería pasar desapercibido, hacerse tan pequeño como una cucaracha, pero por otra parte su instinto agresivo quería abalanzarse sobre ellos, prender fuego a aquel antro y que las llamas lo purificaran. Vio sonrisas y Carlos se forzó a relajarse, esperaba que aun le admiraran como el día en que regresó del hospital convertido en un héroe. ¡No! No podía olvidar lo sucedido en la fiesta, no podía fingir que nada había sucedido.

Justo delante de él se encontró unos críos pegados a un móvil con una carcajada histérica recorriéndoles el cuerpo. Le bloqueaban el camino, no tendrían más de doce años. Uno de ellos levantó la vista y le señaló, riendo tan fuerte que parecía que su pecho le iba a estallar. Una risa idiota.

Pasó a través de ellos golpeando a uno en la cabeza con una mano y al otro en las costillas, empujándolos contra las paredes y siguió avanzando hasta su clase. Se acercaba tapándose los oídos, aun amortiguadas, oía nuevas risas a cada paso que daba añadiéndose a las anteriores, risas masculinas y femeninas en una disonancia de pesadilla. Allí estaba Patri, seria, atenta a su teléfono.

—¿Cómo te encuentras, Carlos? —dijo triste.

—Bien —dijo bajando las manos de manera disimulada ¿Por qué lo preguntaba? ¿Qué estaba pasando?

—¿Bien? Fueron unos cabrones y si no fuese suficiente, van y cuelgan el vídeo.

—¿Qué vídeo? —dijo de repente pálido.

Patri le pasó el móvil con el símbolo de pausa en la pantalla. Con un dedo tembloroso sobre la pantalla, anticipándose a lo que albergaba la grabación, supo instintivamente de que se trataba.

Vergüenza, sufrimiento, ira, odio, rencor se apoderaron de él mientras se reproducía el vídeo. No necesitaba que le dijera quien lo había subido.

Los esperó en clase, no le importaba que le hicieran. Sentado en su silla sacó de su estuche un bolígrafo de punta fina, iba a clavarle ese bolígrafo en los ojos a la puta de Helena, sería gracioso ver una belleza tuerta, iba a destrozar la garganta de Pablo con el trozo de madera que tenía de clase de carpintería bajo su pupitre para que dejara de reír con esa risa de burro, a Rubén le partirá las piernas con la barra de hierro que utilizaban para abrir del todo las ventanas y así se acabaría el campeón. Pero no acudieron. «¡Cobardes!» pensó Carlos. Hacer una mala acción era fácil y divertido, pagar las consecuencias era bien distinto.

Los buscó por todas partes, sabía donde se escondían para saltarse algunas de las clases más pesadas. En la parte de atrás unos chicos estaban reunidos en grupo, el olor a marihuana era difícil de ignorar, allí solía estar el idiota de Pablo casi siempre. Dio pasos decididos, con los puños apretados y mostrando los dientes superiores como un depredador a punto de lanzarse a su presa. Agarró a uno por el hombro y lo empujó contra la pared. Misma complexión mismo color de cabello, misma cabeza con forma de huevo, pero no era él. Los otros dos le miraron con los ojos enrojecidos.

—¿Qué coño haces? —dijo el que había empotrado contra la pared.

Carlos se giró y se fue levantando polvo del suelo terroso.

El sonido de una pelota de baloncesto lo llevó hasta los árboles tras el campo terroso de fútbol. Allí, sentado en el suelo sin que le importara ensuciarse estaba Iván, tiraba su pelota negra de baloncesto con franjas rojas contra uno de los bancos de piedra haciendo que regresase a él. Al percatarse de la presencia de Carlos paró sus lanzamientos.

—¿Dónde está? —dijo con aspereza Carlos.

—¿Quién? —dijo confuso.

—Tú y él sois buenos amigos, ¿Dónde está?

—¿Rubén? No lo he visto desde la fiesta de Helena.

Gruñendo frustrado, Carlos se dio la vuelta. Al dar el primer paso, Iván dijo:

—He visto el video.

Carlos paró en seco.

—Menuda putada. ¿Estás bien, tío?

—Pronto lo estaré.

En los pasillos había un grupo de chicas que solía acompañar a Helena. Mientras se acercaba veía como se tapaban la boca y reían. Quiso atacarlas pero entonces se dio cuenta de una cosa, ellas no paraban de enviarse mensajes con sus teléfonos móviles, contactarían con Helena si veían algo sospechoso, ellas eran sus espías. Más valía no llamar la atención. Calló. No iba a estropear su plan.

La puerta estaba destrozada, astillas apuntándole como lanzas. Carlos entró con el corazón en su garganta palpitando con violencia, llamó a su padre con un hilo de voz, pero él no contestó. Caminó por el pasillo sintiendo su cabeza liviana como una pluma. Todo estaba en penumbra dándole un aspecto tétrico a la casa. Encontró su habitación revuelta. Todos los CDs de su madre estaban por el suelo destrozados, los habían pisado a conciencia. Carlos gritó arrojándose al suelo en un inútil intento de salvar lo que estaba perdido. Miró el resto de la habitación mientras sujetaba una edición limitada del legendario “Black Album” en su mano.

—¡No! —su grito más devastador que un huracán cuando vio lo que se habían llevado.

El piano eléctrico había desaparecido.

Carlos comenzó a arrojar todo lo que encontraba a mano en un ataque de rabia. Gritaba y lloraba al mismo tiempo al mismo tiempo que destruía. Resbaló con uno de los CDs y cayó al suelo. No se levantó. Lloró.

—Han sido ellos —le dijo la voz al oído de manera tierna.

Los sollozos se interrumpieron. Escuchó.

—Han debido de ser ladrones. Ellos...

—No te mientas a ti mismo, sabes que es verdad.

Carlos vio algo de manera borrosa en el suelo. Sostuvo un trozo de cuerda basta y negra como las que gastan los agricultores en los naranjos para asegurar injertos. La examinó pasándose el dorso de la mano para que se le aclarase la vista, ni él ni su padre la utilizaban nunca ¿Qué hacía allí?

—Ahí tienes tu prueba. Búscalos, utilízala. Ve uno por uno y haz que dure.

La voz tenía razón, los buscaría y utilizaría la cuerda para que sus rostros se volviesen purpuras. Iba a tomar las riendas. La Voz era sabia.

El descampado que en realidad debiera ser un parque, el Parc del Nord, era un sitio desolado, una zanja inmensa abierta hacía años para reparar el alcantarillado se extendía centenares de metros, el olor nauseabundo que desprendía evitaba que cualquiera se acercase allí. Un amontonamiento de tuberías enormes donde gatos callejeros y ratas buscaban refugio destacaban sobre el rojizo suelo. Al atardecer nadie se atrevía a andar por allí. Un coche paró creando un remolino de tierra.

Pablo y Rubén bajaron riendo. Con las manos sobre sus narices recorrieron la zanja.

—¿Qué me dices de ahí? —dijo Pablo señalando un lugar encharcado con heces y rodeado de moscas verdes.

—Perfecto —dijo Rubén a través de su mano evitando una arcada.

Apoyados sobre el coche del abuelo de Pablo. Rubén le pasó un porro a Pablo, el humo de la victoria.

—¿Te imaginas la cara que pondrá? —dijo Pablo riéndose como un burro.

—La de siempre —dijo Rubén—, te mira con esa cara de atontao queriendo parecer enfadado, como en la fiesta de Helena. Tanto gritar para nada. Idiota.

Rubén no hubiese elegido este sitio, eso había sido idea de Helena. Rubén no se esperaba recibir aquella video-llamada, el alba empezaba a despuntar y Rubén no había podido conciliar el sueño después de lo sucedido en la fiesta. ¿Qué coño querría a esas horas? La cara de Helena apareció en la pantalla.

—¿Qué? —contestó seco.

—No puedo dormir —confesó Helena.

—¿Tú también piensas en el Esmirriado?

—¡Sí! No se me quita de la cabeza lo que ha hecho, cuando mis padres vean la puerta, me matan. No quiero volver a verlo, quiero quitarlo de en medio para siempre.

—Te refieres a matarlo —dijo temeroso Rubén.

—¿Qué? ¡No! Esto no es una película, Rubén, donde el protagonista tiene un plan para matar al malo. ¡Dios!

Rubén respiró aliviado.

—Lo que quiero —continuó Helena—, es enviarle una especie de mensaje que le enseñe que con nosotros no se debe meter, que le dé duro y no vuelva a acercarse a Terrabona.

—¿No crees que con el video ha sido suficiente?

—El video es el pastel, yo necesito la guinda para que acabe de captar el mensaje.

Rubén quedó en silencio pero Helena tenía razón.

—Es una buena idea. Pero ¿qué podemos hacer?

—Ese es el problema, no conozco al Esmirriado, no sé cómo hacerle daño.

Rubén se levantó de la cama, emocionado por no ser el único que quería darle una lección a Carlos. No sabía gran cosa de él, su padre era un policía borracho, pero con eso no iba a ninguna parte, lo sabía todo el mundo. Se tocó la mejilla recordando el golpe que le había dado Lara. Lara, ella... un destello de información, puede que no fuera mucho.

—Toca el piano.

—¿Y?

—Lara me dijo que practicaba en casa y que no se atrevía a enseñarle a nadie lo bien que tocaba pero que ella siempre lo empujaba a que lo mostrase. Dijo que el piano era de su madre, murió.

—Eso es retorcido —su voz denotaba que le encantaba—. Pero está en su casa.

—Eso déjame a mí y a Pablo.

—Escondedlo donde no pueda encontrarlo.

—Conozco un sitio donde hacen raves...

—¡No, nadie debe encontrarlo! —quedó en silencio. Una luz le iluminó la cara desde arriba dándole un aspecto terrorífico— La zanja, en el parque. Tíralo allí.

Colgó. Pablo con toda su fuerza bruta había golpeado la puerta con un martillo, pero de poco sirvió así que tomó carrerilla y destrozó la puerta. Encontraron el piano iluminado por un rayo de Sol. Mientras Rubén trataba de levantarlo, oyó un crujido, se giró y vio caer con gran estrepito centenares de CDs al suelo. Con una risa idiota, Pablo se dedicó a saltar sobre ellos.

—¡Para de una vez y ayúdame a coger esto! ¡Rápido!

El piano pesaba como un condenado.

Descansaron, ese porro los relajó y la sombra del coche hacia que el calor fuese tolerable. No había prisa, Rubén no quería cargar con aquel peso aun. No había pensado que un teclado pudiese pesar tanto, de pequeño había tenido uno y lo llevaba arrastrando por todas partes, este debía de pesar veinte kilos. Aquí, pese al olor, había paz. Todo estaba en silencio, ni un pájaro que recorriera el rojizo cielo.

Por su izquierda llegaron unos pasos decididos. Carlos caminaba hacia ellos con la mano derecha en el bolsillo, la sacó y vieron sujetaba uno de los extremos de una cuerda negra de agricultor. Rubén y Pablo se levantaron, miraron como se acercaba clavados al suelo.

—¿Es esto vuestro?

Cargó contra Pablo, lo tenía más cerca. Puso todo el peso de su cuerpo en un gancho de derecha que le acertó en el mentón, enviándolo tambaleante contra el coche. Su ira le daba fuerza.

Rubén había adoptado una posición de pelea, pero Carlos se deslizó por el suelo de tierra hasta quedar detrás de él. Se incorporó con la cuerda en las manos y la pasó por el cuello atlético de Rubén. Tiró fuerte.

—¿Dónde está mi piano?

Rubén movía frenéticamente los brazos; un par de manotazos le dieron en la cabeza, pero no aflojó la cuerda. La cara de Rubén estaba inyectada en sangre, pronto adoptaría el ansiado tono morado. Por fin moriría, por fin acabaría todo su sufrimiento.

Algo le dio en la cabeza. Lo tumbó.

Carlos abrió los ojos, aturdido pudo ver a Pablo agachado junto a Rubén, auxiliándolo en el suelo mientras se sujetaba el mentón.

Sin importarle el dolor de su cabeza, volvió a levantarse. Tomó carrerilla y placó a Pablo, tirándolo al suelo con estrepito y dejándole sin aire en los pulmones. La desesperación por respirar de Pablo incitó a Carlos a sabotear sus intentos dándole una patada en el esternón.

Carlos, pese al dolor, volvió a rodear el cuello de Rubén y tiró de la cuerda.

—¡¿Dónde está?!

Pero esta vez Rubén reaccionó y se defendió, le dio un codazo en las costillas. Otro golpe, esta vez en el estomago lo tiró doblado al suelo. El dolor, insoportable.

Pablo regresó junto a Rubén y se cernieron sobre él propinándole patadas. Carlos trató de

protegerse la cabeza pero fue inútil. Los golpes continuaron. No sabía cuánto duraron aquellas patadas, pudo haber sido cinco segundos o cinco horas. Debía resistir, no sabía lo que harían con él, no le importaba ya. Lo único que quería era su piano. Perdió el conocimiento.

Carlos entreabrió los ojos. Se encontraba en una sombría habitación con las paredes abombadas y desprendidas por la humedad. Apestaba a orina rancia, huevos podridos y algo más, allí debía de haber un cadáver, algún perro viejo habría ido allí a morir. Manchas oscuras de moho por todos sitios, arrugó la nariz de manera instintiva. Las cortinas en las ventanas estaban rasgadas como si un oso hubiese atacado con sus garras creyendo que era una presa fácil. Un goteo sobre lo que fuese un suelo de madera resonaba con el ritmo de un tambor BUM, BUM, BUM cada una de las gotas más fuertes que la anterior repicaban en su cabeza como si le estuviesen golpeando con un mazo. El dolor regresó cada vez más intenso. Sus costillas, su cabeza, todo su cuerpo dolía. ¿Qué había pasado después de las patadas? No lo recordaba, el tiempo se había esfumado, en un momento dado sentía un dolor insoportable y al siguiente, nada. Se hallaba de pie y eso le resultó extraño a la vez que le mareó. Cerró los ojos, la habitación daba vueltas. Un sueño inconexo mostró una montaña, estaba de rodillas rodeado de esqueletos, daba unos pasos y el escenario cambiaba a una calle desierta, reconocía esa calle, era donde estaba el bar al que iba su padre, de pronto estaba dentro de ese bar, su padre estaba en el suelo, alguien le había rajado el cuello, el tajo era tan enorme que veía los músculos y los tendones asomar, gritó y se llevó las manos a la cara, se detuvo horrorizado, en su mano había una botella roja que goteaba sangre, de pronto estaba frente al colegio San Cristóbal, estaba derruido y ennegrecido caminaba por sus pasillos viendo cadáveres calcinados sujetando sus teléfonos móviles, ahora se encontraba frente a un trono hecho de huesos contemplando a Rubén y Helena brindando mientras el bufón de Pablo actuaba «¿Crees que la gente sabrá que hemos sido nosotros?» decía Helena «No, todo esto es culpa de Carlos» contestaba Rubén, ambos reían y aquellas risas reverberaron y se multiplicaron subiendo en volumen hasta que fue insoportable y cerró los ojos. Se despertó alterado abriendo los ojos de par en par, ¿no iba a dejar que le tiraran la culpa! De pronto se dio cuenta de que volvía a estar en la sombría habitación y que, por extraño que pareciese, seguía de pie.

Frente a él, en el suelo, se hallaba su piano eléctrico.

Se dirigió hacia ello pero tropezó y sus brazos dolieron. Extrañado y con el dolor deformándole el rostro miró hacia arriba. Sus manos estaban atadas al travesero oxidado de una cama de dosel con cinta Americana, miró sus pies y comprobó que estaban unidos también. Una mano le agarró de la camisa por detrás y lo levantó con brusquedad.

—Ya no eres tan valiente, ¿verdad? —dijo Pablo tras Carlos.

Rubén apareció en la puerta con una marca roja y oscura alrededor de su cuello, le contempló durante segundos con el ceño fruncido. En su mano sujetaba un martillo.

—Vaya, pero si es el héroe que ataca a traición como un cobarde —dijo—. ¿Qué pensarían tus admiradoras? ¿Y tus amigos? Oh... espera, es verdad, tú no tienes amigos —de pronto se tornó serio—. Nadie te querrá nunca. Crees que puedes quitármelo todo: Mi fama, Lara, mi padre. Ahora te ven como siempre has sido, un pringao que no debería de haber destacado. Ese es tu sitio, entre la morralla, tú no te lo has ganado con años de esfuerzo, solo un accidente; te cae un rayo y ya está.

Todo ese tiempo, la mirada de Carlos pasaba de Rubén al piano. ¿Qué pensaba hacer con ello? debía escapar y llevárselo, tiró y lo único que consiguió fue que óxido cayese encima de él. Miró

a Rubén con el rostro desfigurado por el temor.

—Ah, sí, Lara me habló de esto —dijo señalando el piano con el martillo—. Ella sí que te admiraba, ¿sabes? Ahora la has cagado. ¿Este era tu siguiente objetivo para destacar, un teclado viejo?

Rubén descargó un fuerte golpe sobre el piano, levantando las teclas con el impacto. Los gritos de dolor que Carlos profirió quedaron amortiguados por la cinta americana que cubría su boca.

—Eso te enseñará a no meterte conmigo. Porque si intentas algo más serán tus manos las que rompa.

Pablo miró a Carlos, sonrió y le golpeó en el estomago cortando en seco el grito de sufrimiento. Volvió junto a Rubén y lo observó mientras su costosa respiración se oía por toda la habitación.

—Ya le has oído —gritó Pablo a la vez que sonreía ante lo patético que ahora parecía Carlos—. Estas serán tus manos.

Pablo agarró el martillo de las manos de Rubén, se agachó y empuñándolo con fuerza, martilleó una y otra vez el piano. Carlos lo vio descargando golpes sobre el cuerpo de su madre mientras el martillo subía ensangrentado y descendía de nuevo en un ensañamiento que no terminaba nunca. De un agujero sacó los circuitos, se los lanzó a Carlos que tiraba de sus ataduras gritando y llorando impotente. La barra oxidada se partió y cayó al suelo en una nube de herrumbre.

—Ya está bien —dijo Rubén agarrando a Pablo—. Vámonos.

Se marcharon atrancando la puerta tras de sí con algo que retumbó semejando un terremoto. Oyó los pasos alejarse. Se acercó a rastras a los restos de su piano. «¡Lo siento mamá!» decía a través de la mordaza sollozando desconsolado. Sus lágrimas le llevaron a la ira, y de la ira a la determinación.

Se levantó y fue hasta una ventana rota unto a la cama de dosel, En ella un único y puntiagudo trozo cristal era todo lo que quedaba de una preciosa vidriera, tenía un aspecto peligroso, un milímetro de más y se cortaría las venas. Despacio empezó a rasgar la cinta «poco a poco» tardaba una eternidad. El coche arrancó, Carlos se detuvo en el acto, ese era el coche de Pablo, así es como lo habían llevado hasta allí. Cuando oyó que empezaba a acelerar, toda precaución se esfumó. Cortó sus ataduras, se despegó la cinta de la boca y los pies.

Con una patada rompió el cristal y salió al exterior.

Estaba en un primer piso, el aire aullaba entre las copas de las moreras que rodeaban el lugar. Todo en completa oscuridad, solo las luces de posición en la distancia, se perdían entre los árboles. ¡Habían escapado! Carlos golpeó la ruinosa barandilla.

—¡Hijos de puta!

Su grito se repitió en un eco prolongado. Sin un minuto que perder pasó sus pies sobre la barandilla y saltó. Aterrizó sobre un frondoso arbusto que amortiguó bien su caída. Corrió hacia donde aquellas luces se dirigían. No tenía fuerzas por el apaleamiento, pero siguió adelante, el tenue fulgor rojo cada vez más distante. No podía respirar y aun así avanzó. Tuvo que parar, su mente quería alcanzar aquel coche pero su cuerpo le traicionó. Sentado en el suelo experimentó el dolor más intenso de su vida, su corazón le daba mazazos en el pecho a la vez que amenazaba con salirse por la boca, su visión se oscureció y pequeñas motitas de luz danzaron frente a sus ojos. Tenía ganas de vomitar. Se tendió en el suelo temiendo morir de un infarto pero tras unos minutos

de agonía, su vista se aclaró y su corazón latía ahora a un vulgar ritmo acelerado. Las piedras del camino se le clavaban en la nuca y en la espalda pero no le preocupaba. Trató de levantarse pero un nuevo mareo le aconsejó que lo hiciese despacio. Probó primero a ponerse de rodillas, todo bien exceptuando las dolorosas palpitaciones en sus muslos, sus temblorosas y extenuadas piernas decidieron obedecerle una vez más y se puso de pie.

Ahora la oscuridad era total, opresiva. No sabía dónde estaba. Avanzó a tientas pero pronto su miedo le dijo que volviese atrás por donde había venido, allí al menos había un refugio en el que podía esperar a que amaneciese. Quería volver a Terrabona, pero no sabía a qué distancia estaba, podía estar a dos kilómetros o a doscientos y eso no haría que estuviese menos perdido, tal vez tomara el camino equivocado. Caminó durante minutos, sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y empezó a distinguir los contornos de los árboles, por su aspecto sabía que estaba recorriendo el camino y que no se adentraría en el bosque. Distinguió la casa donde lo habían encerrado. Entre las tinieblas destacaba la casa que hacía cien años se consideraría señorial pero que ahora se hallaba sucia y derruida, perdida entre la maleza.

Su estomago rugía. No había comido desde el mediodía. Un mísero bocadillo de jamón y un poco de agua no daban para mucho y ahora su garganta estaba seca, ni la saliva servía para aliviar aquella sensación de tener algo atrapado en ella. Caminó hacia los árboles con la esperanza de que tuviesen frutos, jugosas moras que reventaran en su boca y le diesen fuerzas para continuar. Se detuvo, aquellos árboles presentaban un aspecto terrorífico a la escasa luz de la Luna llena, como si tuvieran rostros ominosos que lo observaran enfadados mientras Carlos los contemplaba famélico. «Dentro de la casa habrá comida» incluso sus pensamientos sonaban poco convencidos.

Una idea le vino a la mente, si esperaba, algún coche pasaría y le haría señas para que se detuviese. Rogaría que lo llevaran a Terrabona y por fin comería y descansaría en su cama, eso sonaba muy bien, demasiado bien, pero tenía que agarrarse a esa posibilidad como un clavo ardiendo. Silencio. Solo el murmullo del viento entre la maleza. Los minutos pasaron y ningún coche pasó, ni siquiera el murmullo de un motor. Nadie iba a venir a por Carlos.

En su desesperación invocó a la Voz.

—No sé dónde estoy —dijo a las tinieblas—. ¡Ayúdame!

La Voz no contestó.

—Apareces y desapareces cuando te da la gana. Ahora te necesito.

Nada. Abatido, Carlos empezó a andar en busca de una carretera, no iba a quedarse ni un momento más cerca de aquella casa, le daba pavor. Paró. Dentro estaban los restos del piano de su madre, no podía dejarlos aunque fuese imposible de reparar.

El dilema entre continuar y buscar su pueblo, y recuperar los restos del piano le paralizó, miró alternativamente en dirección a la casa y a la senda boscosa por la que el coche de Pablo se había ido.

Solo cuando ideó un plan, con mucho pesar, decidió seguir adelante. Haría fotos a la casa, los caminos y señales que encontrara para desandar el camino con su padre y recuperar el piano.

¡El móvil! ¿Cómo no había pensado en eso? Estaba salvado, llamaría a emergencias y ellos lo sacarían que allí. Alcanzó el bulto en su bolsillo izquierdo. Exhaló aliviado, pronto volvería a casa... Estaba destrozado. Carlos refrenó el impulso de tirarlo. Una de las patadas lo había dejado inservible.

Era hora de enfrentarse a lo desconocido.

Los minutos pasaban y solo la fuerza de voluntad le permitía dar otro paso por el boscoso y

estrecho camino. Las ramas le rozaban como dedos fantasmales, asustándolo a cada paso que daba. Era consciente de todos los sonidos a su alrededor, los grillos chirriaban en un hipnótico ritmo y las ranas croaban en un coro funesto. Se protegía la cara de púas y ramas arañándose el antebrazo. Tenía que mirar al cielo para guiarse pues la maleza era tan densa que ni la Luna iluminaba el camino.

Interminables minutos pasaron. Ahora la maleza era menos densa. En el horizonte vio un resplandor, islas de luz de algún pueblo. Pero ¿Cuál?! Estaba muy lejos, demasiado, no llegaría. Estaba agotado, llevaba horas andando y la desesperación acabó apoderándose de él.

—¿A caso estoy andando en círculos?!

No hubo contestación. ¡Claro que no! Estaba en medio de la nada. ¡Todo esto era culpa de Rubén! Tal vez muriese extenuado pero si había la mínima posibilidad de volver a casa, se lo pagaría, pagaría por el piano, pagaría por los discos, por las humillaciones. Todos pagarían.

Dio un doloroso traspie con una roca y cayó despatarrado al suelo desprendiendo tierra y clavándose afilados guijarros en las palmas de las manos. Tambaleante se levantó, no iba a parar por muy perdido que estuviese. El batir de unas enormes alas se acercó a él. Un búho pasó por su lado sobresaltándolo con sus alas pardas de gran envergadura y su potente ulular. Se posó sobre la rama de un árbol y lo observó reflectando la escasa luz de la Luna en sus ojos ambarinos.

Ese animal parecía leerle la mente con su mirada, como si viera hasta el más recóndito secreto de su alma. Carlos lo miró fijamente, con voz trémula imploró:

—Si puedes leerme la mente, mira dentro de mí y verás qué me han hecho y que estoy a punto de hacer. No me juzgues hasta que no sepas todo lo que me lleva hasta ese extremo.

El búho le miró con más intensidad.

—Si no lo hago, no pararán. Hoy solo son Helena, Pablo y Rubén; si no hago algo pronto, mañana vendrán más y esto no parará, día tras día, año tras año, en la universidad, en el trabajo. Si no me planto y lucho por lo mi dignidad y porque acabe todo, no seré más que un desgraciado el resto de mi vida.

El búho pareció comprender. Carlos juraría que su confidente había asentido y después, con un gesto de su ala derecha, le había instado a seguirlo. Desplegó sus alas y alzó el vuelo.

Caminó tras la ave durante lo que le parecieron horas. No la perdía de vista, aun tambaleante no se detuvo. De vez en cuando, el búho viraba en el aire para mirarle y se detenía el tiempo justo para que lo alcanzara. Las luces de la ciudad eran nítidas ahora, pequeños puntos de luz en el terciopelo oscuro. Un campo abierto se extendía delante de él. Reconocía aquel sitio ¡había estado allí! Una sonrisa cansada apareció en su rostro mientras andaba a trompicones. Poco después divisó la Montaña de la Creu a lo lejos y aceleró su extenuado paso. El búho lo había guiado a casa, no se lo podía creer. La única ayuda que había recibido provenía de una criatura de la noche, como en un cuento de terror donde el búho es esbirro del malvado villano, solo qué en este cuento era al héroe a quien apoyaba.

Caminó por las calles viendo la panza del animal iluminada por las farolas y sus alas batiendo silenciosas en la noche estrellada. Un animal majestuoso. Se juró a si mismo que encontraría una reserva de aves y que se prestaría voluntario como muestra de agradecimiento. Si es que salía de esta con vida.

El búho posó sus fuertes garras en la farola que había delante de su casa. ¡Sabía donde vivía! De alguna manera ese animal era el único que le comprendía y que no le iba a detener.

Asaltó la cocina desesperado, bebió de un ansioso trago una botella entera de agua, se

atiborró con todo lo que encontró, queso rancio, jamón seco, pan duro, no le importaba, todo iba para dentro. Ignoró el dolor de estomago hasta que no pudo más y se derrumbó en la silla de aluminio eructando a la vez que hipaba. El reloj de la cocina marcaba las tres de la madrugada. Estaba tan cansado que el sueño lo eludía, no quería dormirse en la cocina, quería su suave cama. Haciendo un enorme esfuerzo y después de nueve intentos, se levantó.

Caminado con dificultad por el pasillo de repente se acordó de su padre. ¿Qué habría dicho de la puerta destrozada? Carlos había entrado con tal precipitación que no se había fijado en que siquiera hubiera una puerta. ¿Estaría su padre en casa? No tenía fuerzas ni para llamarlo, solo renqueó por el pasillo en su busca. No estaba en su habitación. «Por favor que no haya vuelto a beber» rogó al ver una lata vacía de cerveza en el suelo del servicio «me prometió que lo había dejado».

Su padre estaba durmiendo frente la tele, roncaba como un cerdo. No parecía angustiado por el robo y la desaparición de su hijo. Reprimió el impulso de darle una bofetada, tal vez así se despertara y le diera explicaciones. «Cálmate» se dijo «estás cansado, por eso estas enfadado» era mejor no hacer nada que peligrara la frágil tregua y la tenue esperanza entre ellos, por encima de todo quería un padre... había una lata en la mesa.

—Parece que no te ha echado de menos —dijo la Voz en tono sarcástico—. ¿No decía que iba a dejarlo?

Carlos lo ignoró, toda su atención se centraba en la lata, era de refresco... lo era, ¿verdad? Se acercó con disimulo y la cogió sin que su padre se percatara.

No sabía bien a que olía, podía ser un refresco, sí, pero también captaba algo más... tal vez eran sus ganas de que allí hubiera algo más pero juraría que había un ligero olor que no debería estar ahí. ¿Podía darle el beneficio de la duda? No estaba seguro, de lo que sí estaba seguro era que estaba molido y necesitaba cama.

Se derrumbó sobre la cama, demasiado cansado incluso para pensar. Tenía temblores que le apuñalaban las piernas, le costaba respirar y su cabeza iba a estallar. Aun así el cansancio logró anestesiarlo.

El Sol le daba en la cara. Despertó ¿qué hora era? tarde, consultó el reloj en la cabecera de su cama y se sorprendió al ver que eran las tres de la tarde ¡había dormido doce horas! Su amorado cuerpo no respondía, el agotamiento por lo que había vivido el día anterior lo había dejado muerto de cuello para abajo como un tetrapléjico. Con toda su fuerza de voluntad, ordenó a su pie izquierdo que bajase de la cama, este no quiso acatar tal desagradable mandato, protestó y después de un segundo y amenazante aviso, reticente, cedió. Al apoyar el pie, un calambre tiró de su pantorrilla obligándole a estirar la pierna y soportar el dolor. Quedó así durante minutos, tuvo que reunir todas sus fuerzas para luchar contra las agujetas y las heridas y poder así incorporarse. Entrecerró los ojos, la luz era tan dolorosa como dos agujas de tejer en sus corneas, parecía que alguien le estaba hurgando con ellas en busca del cerebro. Ya derecho, se encontraba en ese estado en que no se recuerda dónde estás, ni siquiera recordaba su nombre y no le importaba.

Algo vago acudió a su mente, imágenes inconexas y sonidos aleatorios. La sensación de caminar persistía. De repente la imagen de alguien con el pelo terroso siendo estrangulado le impactó cual rayo; reconocía ese pelo, era de... era... no lo recordaba, pero le era tremendamente familiar y sentía una sensación de urgencia, como si fuera de vital importancia que lo recordara. Pero le eludía... ¡Rubén!... el del pelo terroso era Rubén y quien lo estaba estrangulando con una cuerda no era cualquier atacante, era él. Todo lo sucedido ayer acudió como un torrente sobre él, abrumándolo y devolviéndolo a la cruda realidad.

Se levantó ignorando el entumecimiento de sus piernas. La cólera y la determinación habían regresado en una poderosa oleada mortal. El dolor no existía solo tres nombres que se repetían una y otra vez «Helena, Pablo, Rubén» imposibles de acallar, alimentaban el fuego de su rencor cual fuelle de forja pero no necesitaba una espada, tenía algo mejor.

Entró al cuarto de su padre con todo el sigilo que pudo, empujó la puerta muy despacio sin hacer siquiera que chirriara. No había nadie allí. No le importó, había venido con una sola cosa en mente.

Abrió la puerta del armario de par en par y, silencioso, fijó su vista en EL CINTURÓN, su prohibición había quedado invalidada, era suyo ahora pero debía dejarlo en su sitio, no podía averiguar que lo había tocado. Solo necesitaba dos cosas:

La porra salió sin dificultad, la contempló en su mano derecha apretándola con tal fuerza que sus nudillos palidieron. El dolor que provocaba lo había vivido en sus carnes, un golpe intencionado sería mil veces peor. Lo comprobarían muy pronto. La dejó encima de la cama, necesitaba ambas manos para lo siguiente.

El revolver se deslizó con una facilidad pasmosa, sintió su peso reconfortante en las manos. Esta vez no escaparían.

Comprobó el tambor. Disponía de seis balas del calibre .38; no eran muchas, no debía desperdiciarlas, tenía que ser certero.

Hoy iba a ser un día muy largo para él pero sería una noche infinita para los demás.

Helena estaba en la orilla del río Serp, su caña de pescar apoyada en un soporte, tres lisas plateadas se contorsionaban en un cubo azul ajenas a su destino. El viento de poniente golpeaba su cabello haciéndolo flotar, le acariciaba la piel con su calidez y la relajó. Solo estaban ella, el río y el viento; todo lo demás carecía de importancia.

Sus padres habían vuelto ayer y no sospecharon ni por un segundo que allí se había celebrado una fiesta. Las manchas de la puerta se habían ido a base de frotar, aunque habían quedado unas ligeras abolladuras que con suerte no verían.

—¿Como está mi chica? —dijo su padre con una sonrisa que dejaba ver sus perfectos dientes, sus ojos estaban ocultos tras unas gafas de Sol, las cuales le conferían más atractivo—. Mira lo que te he traído.

Un marco con forma de flotador blanco a rayas rojas con la fotografía de su padre y su madre en la cubierta del crucero con el Sol iluminándoles la cara en un tono amarillo rojizo, sonreían, una imagen de pura felicidad. Se merecían un tiempo para ellos solos, ella ya era lo bastante mayor como para cuidarse sola.

—Es precioso papá —dijo sonriéndole—, lo pondré en mi habitación.

—¿Te apetece que vayamos a algún sitio mañana?

Helena no contestó, pero su padre no se desanimó.

—¿Qué me dices? Tú, mamá y yo nos montamos en el coche y nos vamos a la playa.

—Eso suena bien. Por la mañana pescaré en el río y lo podemos cocinar por la noche.

—Lo cocinare yo, como siempre —dijo su madre que en ese momento se les acercaba.

—¿Como qué?: “como siempre” —dijo su padre fingiendo estar ofendido—. Yo te ayudaré, además a quien le sale una salsa de ajo y perejil de muerte es a mi ¿recuerdas?

Su madre miró a su marido y entornó los ojos como diciendo «no tienes remedio» todos rieron y hablaron de cómo había ido el viaje. Sus padres lo eran todo para ella. Eran las únicas personas con quien no tenía que fingir llevando la máscara de arpía; sí, humillaba a la gente, pero eso se debía a que no quería a nadie cerca. Tenía un miedo atroz a que le hicieran daño y no poder salir del pozo de la depresión. Subir el video de Carlos no había sido una buena idea, había sido impulsiva. Ahora se arrepentía de haber contactado con Rubén y haberlo animado a que tirase aquel piano a la zanja, aunque pensándolo mejor, Carlos casi le destrozó la puerta. El Esmirriado no era más que un baboso que perdía el culo mirando a las chicas como mero trozo de carne, un inadaptado al que no lo querían en ningún sitio porque no encajaba. Bien pensado, se merecía que le bajasen los humos. «El héroe del rayo» pensó, «menuda gilipollez».

Una ráfaga de viento le hizo perder el equilibrio. Abrió los ojos, allí no había cambiado nada, el río seguía fluyendo y la caña seguía en su soporte.

El viento llevó un olor, alguien estaba cerca. Giró la cabeza hacia el viento y lo vio: allí, de pie sobre las rocas junto la orilla.

Carlos estaba inmóvil, examinándola. Su camiseta y sus pantalones ondeaban en su dirección, señalándola.

—¿Qué haces ahí? —dijo Helena— Vete antes de que te lance una piedra. Me has abollado la puerta. He tenido que lavarla con un estropajo y aun así no se ha ido lo que hiciste. Tienes suerte

que no te denuncie. ¿¡Qué haces ahí parado!? ¡Vete!

No contestó. Apenas movió la cabeza, la miraba tan fijamente que parecía que se le iban a salir los ojos.

—¿Qué quieres? ¿Una disculpa? si hubieras pensado un poco no estarías en esta situación.

Sin respuesta. Parecía estar escuchando algo con atención, en sus labios se vio el enfado, mostró los dientes como un perro a punto de atacar.

—¡Cállate! —gritó Carlos.

Toda la falsa valentía que pudiera haber mostrado Helena se esfumó.

—Ya voy —dijo Carlos—, pero debemos darle una oportunidad para que se defienda— oyó algo más—. Claro que se lo merece, pero aun así.

—¿Con quién estás hablando? —dijo tan asustada que apenas le salieron las palabras.

Helena miraba a los lados buscando un modo de huir pero el miedo la paralizaba.

—¿Porqué subiste ese vídeo? —ahora se dirigía a ella—. No tuviste bastante con humillarme en la playa así que lo enviaste a todo el mundo.

Silencio.

—No te mereces toda la atención que te dan. No eres un héroe, solo un pringao baboso que va perdiendo el culo detrás de las chicas —a medida que iba diciendo esas palabras, iba ganando confianza—. Yo he estado años ganándome a la gente.

—La gente te teme.

—Me da igual. Así me respetan. Me lo he trabajado mucho, a ti te ha caído del cielo. Vete, este es mi sitio. Aquí sobras, igual que en todos los sitios.

No pareció afectarle mucho, apenas una expresión de dolor.

Carlos sacó algo de su bolsillo.

—No deberías tratar así a las personas, no eres más que nadie. Yo te enseñaré que nadie me trata así sin pagar las consecuencias.

Con un movimiento rápido hacia delante, de la mano de Carlos apareció una barra metálica.

Cargó contra ella sujetando con ambas manos la porra por encima de su cabeza.

Helena lo esquivó en el preciso instante en el que Carlos iba a dar el golpe mortal. La inercia de su cuerpo le hizo trastabillar. Se recuperó enseguida, lanzó un golpe lateral a las costillas de Helena, falló por un milímetro.

Helena empezó a gritar. Corrió hacia la salida que daba a la calle pero Carlos la agarró con fuerza del brazo y la tiró hacia él, la sujetaba con ambos brazos ahora.

Forcejearon en un pulso mortal, Helena no podía escapar, estaba atrapada.

La mano de Carlos le tapó la boca impidiéndole gritar; solo podía hacer una cosa: con todas sus fuerzas le dio un pisotón y Carlos la soltó con un gruñido de dolor.

Corrió, las rocas impedían que avanzara con facilidad. Se acercó a la salida con una lentitud desesperante, milímetro a milímetro.

Estaba a dos metros. Una pequeña cuesta de tierra y grava es todo lo que la separaba de la salida.

Carlos tiró de ella con violencia por la espalda y le hizo caer rodando hasta la orilla.

Dolorida se apoyó en un brazo para incorporarse, tenía sangre en sus manos y arañazos por todos los sitios.

Helena miró horrorizada como Carlos se estaba acercando con la porra en su mano. El miedo la paralizó. Empezó a gimotear.

—Por favor, haré lo que quieras, borraré el vídeo, te comparé otro piano, pero deja que me

vaya.

Se quedó a escasos centímetros de ella, mirando hacia abajo.

—¿Cómo? —Carlos quedó aturdido— ¿Qué sabes de mi piano?

Aterrada confesó.

—Fui yo quien dijo a Rubén que lo robase y lo tirase a la zanja.

Con el rostro desencajado de ira, levantó la porra por encima de su cabeza.

—¡POR FAVOR, NO! —gritó Helena.

La porra descendió en un borrón que reflejaba el Sol, un arco mortal.

El golpe reverberó por el río, por las rocas y las cañas sin que nadie oyera las últimas suplicas fútiles de Helena.

Carlos respiraba como un toro apunto de embestir. Helena estaba tirada con los brazos abiertos sobre las rocas. Había hecho justicia pero ¿por qué se sentía tan mal?

Frustrado, gritó. Lanzó la porra hacia el río con tal fuerza que llegó hasta la otra orilla y quedó atrapada entre las cañas.

—Escóndela, no puedes dejarla aquí —dijo la Voz—. La encontrarán y te condenarán.

Con unos temblores violentos, se tapó la cara y empezó a llorar. Sus lágrimas cayeron sobre las salpicaduras de sangre en su camisa.

Permaneció así durante un largo rato. Se dio cuenta que la voz tenía razón, había que esconderla.

Con reticencia, agarró el cuerpo por los hombros y lo arrastró hacia unos arbustos.

Pesaba demasiado, se cansó cuando apenas llevaba un metro recorrido, los riñones parecían estar en llamas y su espalda a punto de partirse. Luchó por cada centímetro hasta que estuvo a escasos centímetros de su objetivo.

Se debatía, «aun hay una posibilidad de que esté viva» «aun hay una posibilidad de marcha atrás». Comprobó el pulso del cuerpo, no notó nada. Su propio corazón iba tan acelerado que era un milagro que no hubiera sufrido un infarto. No había marcha atrás, había ido demasiado lejos e iba a terminar esto costara lo que costara. El odio (y la Voz) era más poderoso que la razón.

Arañándose con las ramas y las cañas, arrastró el cuerpo. Lo escondió poniéndole ramas y hojas por encima.

Se quedó mirando el arbusto ¿la encontrarían?

—El idiota está en un huerto —dijo la Voz.

—¿Cómo lo sabes?

—Piensa.

—La cuerda —dijo al cabo de un momento.

—Sí, ahora corre. Cumple tu misión.

El dolor en sus piernas le ralentizaba, pero no iba a detenerle, nada lo haría. Ellos habían destruido la única conexión con su madre y le habían abandonado a su suerte en aquella casa perdida entre la maleza. Ellos lo querían muerto y habían fallado, ahora era su turno, esta vez no fallaría.

Los naranjos se extendían delante de él en un mar verde, en Terrabona todo el mundo se había dedicado a la agricultura, siempre. Debía comprobar decenas, sino centenares de huertos y rezar por encontrar a Pablo allí. Pero era su única pista y debía agarrarse a ella, tener fe.

Pablo pagó por el bidón de cinco litros y una nueva cinta americana a la cajera de la gasolinera. Condujo el destartado coche del Iaió Pere hasta el huerto por estrechas carreteras secundarias y caminos de tierra. Aun le quedaba una semana de trabajo. Había cortado dos terceras partes del gigantesco huerto y no tenía la sensación de haber avanzado. La motosierra quemaba gasolina a una velocidad pasmosa, era la segunda vez que tenía que comprar un bidón. El trabajo era infernal, pero allí había algo que no encontraba en otro sitio. Paz.

Bajó del coche y con tranquilidad comió una empanadilla de cebolla, degustando cada matiz de sabor, allí la comida sentaba mejor. Orinó y se preparó para cortar más naranjos. Le gustaba tener todo a mano; ordenó sus herramientas a la sombra de un naranjo: guantes y gafas de protección, el bidón nuevo por si se quedaba sin gasolina, unas cerillas largas y unos periódicos viejos para encender el quemador, y la cinta americana por si necesitaba asegurar los fajos de ramas.

A punto de desmayarse por el esfuerzo, Carlos se sentó en los bloques de hormigón que rodeaban un frondoso huerto de naranjos. Un silencio antinatural lo rodeaba.

Ansiaba un trago de agua, pero estaba lejos del pueblo. Se acostó sobre el camino terroso. Había buscado en docenas de huertos, la única vida que había encontrado era la de los naranjos que con su olor cítrico le perfumaban mientras pasaba a través de sus hojas. Las ramas le arañaban los brazos y las piernas como cuchillas, pero él no se detenía, apenas las notaba. Había recorrido caminos de tierra y de pavimento, todos ellos tan silenciosos como tumbas. Aun así no sentía soledad, sentía una paz que le empujaba a concentrarse en su objetivo de una manera que era imposible en el pueblo. Lo encontraría, estaba seguro, pero ahora solo el agua ocupaba sus pensamientos. Notaba cristales en su garganta, «solo una gota, daría mi alma por una gota».

Un siseo ¿serpientes? en Terrabona no había serpientes. Prestó más atención, juraría que oía...

Un sistema de goteo, estaba salvado, se adentró en el huerto. Los árboles eran tan frondosos que impedía su paso a través de ellos, pero no iba a desistir, pasaría a ras de suelo entre los troncos. El suelo estaba rodeado de malas hierbas, se ensució y la piel empezó a escocerle, ese escozor pasó a ser dolor; había tocado una planta venenosa, una tan pequeña que se ocultaba fácilmente entre las otras hierbas lista para atacar. Dolorido, siguió arrastrándose hasta que encontró semioculta una manguera negra que rodeaba un naranjo. Desesperado, arrancó la junta y para su deleite, un hilo de agua salió.

Bebió hasta hartarse. El Sol de Junio empezaba a quemarle la piel. Embriagado de agua se tumbó bajo un árbol. Recobraría fuerzas y continuaría su búsqueda. No importaba cuanto costase. Iba a...

Un sonido, a su parecer, no muy lejano. Se incorporó de inmediato. Podía seguirlo.

La motosierra provocaba que le temblara todo el cuerpo, pesaba como un muerto y producía

un ruido que desgarraba los tímpanos pero su filo cortaba árboles como si fueran de mantequilla, apenas oponían resistencia. El tiempo volaba cuando te estabas divirtiendo como Pablo. Le encantaría que aquellos troncos fueran el Esmirriado, pero según Rubén no iban a volver a saber de él y si él lo decía debía de ser cierto. Había estado en aquella casa varias veces acompañando a Rubén a las fiestas que allí montaban. La última vez coincidió con alguien que conocía de vista y había probado la cocaína. El subidón fue tremendo y bailó con una energía inacabable descubriendo nuevas sensaciones entre cada golpe de bombo. Rubén lo había llevado a parte, adentrándolo en el bosque, lo seguía Lara.

—¿Qué te has tomado? —dijo Rubén.

—Nada —dijo con los ojos muy abiertos y sin parar de moverse al lejano son del Trap.

—No me mientas —dijo Rubén.

—¡No me he metido nada!

Su mandíbula inferior se movía de lado a lado y su frente estaba perlada de sudor.

—¡No mientas, Te he visto! —intervino Lara, estaba furiosa—. Tu amigo no tiene el lujo de quemar neuronas, Rubén.

¿Qué quería decir eso?

Todo el camino que había hasta sus motos le recriminaron lo que había hecho. Regresaron a casa.

—Te quiero, tío, pero no hagas esto otra vez ¿Vale? —dijo Rubén.

Había decepcionado a Rubén pero no sabía cómo solventarlo.

Volvió al presente. Dejó la motosierra en el suelo, miró alrededor en busca de su botella de agua. Este sitio podía ser suyo, a su abuelo le quedaba poco de vida, su tío Enrique no paraba de recordarlo a todas horas. Nunca se habían portado bien entre ellos, el Iaio quería que su tío continuase el legado familiar pero su tío siempre decía que para romperse la espalda y abrasarse en verano para cobrar una mierda prefería cualquier otro trabajo. El Iaio Pere nunca había sido tan crítico con Pablo, temía cometer el mismo error que llevó a su hijo distanciarse de él. La gran debilidad del Iaio es que no sabía distinguir trabajo de vida familiar y eso irritaba a tío Enrique, solía decir «si hago alguna cosa me critica porque lo hago mal y si no lo hago, me critica porque soy un vago. Pues a la mierda, no lo hago y ya está». Con Pablo se mostraba atento y siempre lo apoyaba en todo lo que se propusiese, lo cual irritaba a su tío, siempre que veía a su sobrino lo ignoraba fingiendo que estaba atendiendo una llamada o que estaba ocupado en la fábrica. Pablo honraría a su abuelo cuando falleciese, era un trabajo pesado, sí, pero para él era un bosque de recuerdos, más vivos que el mejor de los videos. Tragó otro sorbo de agua y se vio interrumpido por un sonido a cierta distancia hacia su derecha.

Entre las ramas atisbó algo. Se acercaba cada vez más ¿un jabalí? No, aquello era demasiado grande... una persona. Oyó los chasquidos de las ramas bajo los pies del intruso, el susurro de las hojas cuando las rozaba al pasar.

En un acto reflejo agarró la motosierra, tal vez con la esperanza de disuadir a quien fuera que estuviese allí. La figura se acercó más, ahora podía distinguirla perfectamente. El Esmirriado.

Carlos lo miró, sus ojos fijos en él.

—¡¿Qué coño haces en el huerto de mi abuelo?! —dijo Pablo.

No contestó. Pablo activó la motosierra con un violento tirón. La máquina rugió.

—No des un paso más, coño.

Carlos ni se inmutó. Al cabo de unos segundos, se agachó. Cogió un tronco delgado y largo. Le apuntó con el pulso firme. En sus ojos había el fuego del rencor.

—Vamos a ver si te puedo sacar las tripas a golpes como hiciste tú con mi piano.

—No se pueden sacar las tripas a golpes, Esmirriado.

—¡Calla, calla de una puta vez, imbécil! Eres un retrasado que tuvo suerte de juntarse con alguien popular, no eres nada, sin él ahora serías un gordo al que todo el mundo humilla, ¿es que no lo ves? No, claro que no, no tienes suficientes luces para saberlo. Yo al menos soy inteligente, lo tuyo no tiene solución. Te voy a enseñar qué pasa cuando sigues la voluntad de Rubén tan ciegamente como lo haces tú.

Con un grito de rabia, Pablo corrió motosierra en mano hacia Carlos, este no se movió mientras se acercaba.

Pablo levantó la motosierra por encima de su cabeza, estaba a escasos centímetros de Carlos. Iba a partirlo de arriba abajo en dos mitades.

En la última milésima de segundo, Carlos se apartó a la izquierda y el filo falló su objetivo, desequilibrando a Pablo con su propio peso.

Carlos aprovechó el momento para asestarle un golpe en la espalda con toda la fuerza de su cuerpo.

La motosierra salió despedida y Pablo cayó al suelo. Agonizaba por un poco de aire y se arrastraba con las manos, ensuciándose en la tierra como un vulgar gusano. Una sombra se cernió sobre él. Se giró para mirar a Carlos desde abajo, si lo mataba debería de tener la decencia de mirarlo a la cara.

Carlos lo miró con el palo en su mano. Parecía estar sopesando que haría a continuación. Pablo juraría que estaba escuchando a alguien, su cabeza estaba ligeramente inclinada y sus ojos se movían de un lado a otro.

—Estás loco —dijo Pablo—. Haz lo que tengas que hacer, ojalá te encierren. Pero acaba pronto.

Una ligera sonrisa asomó en los labios de Carlos. El tronco describió un semicírculo descendente y para Pablo, el mundo se sumió en tinieblas.

Oscuridad. Negra e imperturbable. El concepto del tiempo se desvanece cuando estás muerto, el dolor pierde su significado... o tal vez no estaba muerto.

Despertó, alguien lo había mojado. La respiración se le cortó ante un olor muy fuerte. Trató de moverse pero no pudo, bajó la vista y se encontró con sus manos y sus piernas atadas con cinta americana. Aquel hedor le resultaba remotamente familiar, era como el de... era como si...

Carlos estaba esparciendo gasolina sobre él, empapándolo con el bidón que acababa de comprar. Miró a su alrededor y vio bloques de hormigón, no podía ser, ¿estaba en el quemador!

El pánico se apoderó de él, trató de gritar pero tenía un trozo de cinta en la boca. Carlos vació los cinco litros, arrojó el bidón a un lado y se marchó.

Pablo goteaba gasolina, el miedo casi hizo que perdiera el conocimiento. No podía pensar, solo existía el miedo. Rezó desesperado para que Carlos no volviera, para que esto no fuese más que una broma «eso es» pensó «una broma que se le ha ido de las manos, él no es capaz de... » Carlos regresó con algo en las manos... las cerillas largas. Sacó una y la rasgó.

Pablo, aterrado, trataba de gritar pero la cinta le impedía articular palabra.

La cerilla se apagó por una oportuna ráfaga de viento. Probó con otra, sin suerte. Otra, nada. Con furia rasgó el último fósforo y una llama apareció con el siseo de una cobra. La respiración de Pablo se convirtió en un grito de terror. Carlos la tiró y el fuego lo envolvió. Se abrasaba.

La mordaza se despegó dejando que los gritos macabros se oyeran a través del fuego.

—¡Aaaaaaaaahhhhhh!

Gritos terribles. Un humo negro y tóxico ascendía en el aire.

Carlos esperó, pero aquellos gritos no cesaban. No debía de durar tanto, Pablo daba cabezazos contra la superficie del crematorio en un vano intento de apartar las llamas de su rostro, pero solo conseguía avivarlas. Carlos llevó su mano al bolsillo y sacó el revolver. Trató de apuntar a la cabeza de Pablo pero se movía mucho en su agónico tormento.

Al cabo de unos segundos paró lo suficiente para intentarlo de nuevo. Carlos apretó el gatillo... CLICK, no salió bala alguna.

Mientras, los gritos guturales de Pablo seguían.

«Tienes el seguro puesto, idiota». Lo quitó y rápidamente volvió a apuntar, Pablo no paraba de moverse en sus convulsiones mortales. Disparó, pero la bala erró el blanco. El retroceso del arma casi hizo que se golpeará a sí mismo en la cabeza.

Apuntó de nuevo... y... pese a los violentos espasmos de Pablo, le acertó en la cabeza dejándolo inmóvil.

Silencio, solo el crepitar de las llamas llegaba a Carlos. Olía bien, cerdo asado.

En un momento de lucidez, Carlos volvió a la realidad. El cadáver carbonizado de Pablo humeaba en el crematorio, las llamas eran menos intensas pero con su calor lo convertiría en ceniza en cuestión de minutos. Aun oía como se cocía por dentro. Y vomitó en las raíces de un naranjo.

—Solo falta uno —susurró la Voz a su oído—, ya sabes dónde está.

—Ya no hay vuelta atrás —dijo Carlos posando sus manos sobre sus ojos—. Estoy condenado.

—No dudes ahora —terció la Voz—. Si acabas con Rubén acabarás con todo lo que él representa. Las palizas, el hacerte el vacío, el llevarse a la chica que tú querías.

—Deja a Lara fuera de esto. Ni siquiera sé donde está. No la he visto desde aquel día en la montaña.

Silencio.

—Tal vez le diese una paliza que la dejó tan mal que aun tiene miedo de volver —sugirió la Voz—, o se la cargó. Piénsalo, es capaz. Y continuará haciendo daño el resto de su vida a menos que le paremos los pies.

Eso era, la había matado. El muy cabrón la había matado y después fue tras él para que nadie descubriera la verdad. Había ideado una sarta de mentiras y arrastrando de paso a Helena y Pablo solo para evitar confesar su crimen.

—Tienes razón —dijo Carlos.

—No sientas remordimientos. No merece seguir vivo. Estás parando el daño que pueda hacer.

Ahora veía su misión con absoluta claridad. Con determinación, enfiló el camino de tierra que le llevaría a la carretera, desde allí vería la cruz en su montaña y acabaría con esto de una vez por todas. Le quedaban cuatro balas.

Aún teniendo una pesadilla horrible, Rubén se levantó con ánimos, se había encargado del Esmirriado, eso le enseñaría a no meterse con él. Se miró en el espejo y acarició la negra marca que tenía en su cuello; la imagen de su pesadilla volvió en un fognazo doloroso, Carlos con ojos de loco empuñando un arma. Tiró su cepillo de dientes de su soporte con un manotazo involuntario. «¡No tengo miedo de Carlos!» dijo a su reflejo. Había cumplido con su plan, no había salido como él había previsto pero tuvo éxito y eso era todo lo que importaba, había ganado. Fin de la historia.

Trató de jugar a fútbol en el patio, pero no encontraba satisfacción en ello, no era lo mismo sin ver a los chicos correr. Aburrido entró a casa buscando un poco de porno en su móvil. Pasó varias páginas hasta que encontró el vídeo adecuado, se metió su mano derecha en los pantalones pero nada más empezar se dio cuenta que el móvil era pequeño e incomodo. Lo conectó a la tele para verlo en la pantalla de sesenta pulgadas.

—Mucho mejor —dijo bajándose los calzoncillos.

En la pantalla: Dos chicos se besaban, uno de ellos se ponía de rodillas y empezaba a chuparle la polla al otro con mucho afán.

Rubén comenzó a masturbarse despacio, disfrutando del momento y la vista. No había nada mejor para aliviar tensiones. Podía pasarse horas viendo...

—¿¡Qué coño estás haciendo!?

El grito de su padre resonó por toda la sala, incluso por encima de los gemidos.

Rubén se guardó la polla aun erecta en sus pantalones y se levantó sobresaltado. Trató de decir algo, pero todo lo que le salía era un tartamudeo inconexo.

—¡Habla! —gritó su padre—. Dime que lo has puesto por error.

Lo tenía arrinconado, no había vuelta atrás. De pronto el atrevimiento que no había poseído para confesar acudió a él.

—No —dijo con sinceridad Rubén.

—¡Por dios, no me digas que eres maricón!

Se hizo el silencio más incomodo de su vida. Rubén era consciente de cada pequeño sonido en la sala; el goteo lejano de un grifo, el segundero del reloj punzándole a cada segundo en la cabeza, la fuerte respiración de su padre, su propio corazón latiendo más rápido que nunca. Al cabo de un momento, Rubén se dio cuenta de que no podía ocultarlo más. Encontró las palabras contenidas todos estos años. Tenía que ser valiente y decirlas sin importar las consecuencias.

—Papá, soy gay.

Tres simples palabras valieron para que su padre comenzara a caminar de un lado a otro negándose a creer lo que acababa de oír. Lo miraba con la boca convertida en una fina línea y sus cejas arqueadas y volvía a caminar. Al cabo de muchos intentos dijo:

—Pero si tienes novia, y te la follaste.

—No lo hice papá. Intenté hacerlo porque eso era lo que *tú* querías que hiciese; y cuando estaba a punto de penetrarla tuve un gatillazo. Después, desesperado por cumplir lo que *tú* esperabas de mí, casi la violé en la montaña, pero ella me golpeo y me dejó. Hizo bien.

—Yo te creía un hombre —dijo Alfonso negando con la cabeza.

—¡Soy un Hombre, papá! A ver cuando te entra en la cabeza que no se puede ir de machote

por la vida, eso solo me ha traído problemas. Ahora me doy cuenta. He hecho daño a mucha gente y todo por tu culpa. No eres más que un gañan machista y...

Un puñetazo le cruzó la cara impactando en su pómulo izquierdo. El estallido de dolor lo tiró al suelo. Abrió los ojos empañados en lágrimas para ver a su padre conteniéndose para dar otro puñetazo.

—¡FUERA, VETE DE MI CASA! —profirió Alonso gritando a pleno pulmón.

Rubén corrió. Agarró sus llaves del aparador y arrancó su moto. Llevaba el pijama. No importaba, necesitaba poner distancia de por medió entre él y su padre.

Rubén estaba sentado cabizbajo. El viento sonaba como un canto fantasmal cuando atravesaba los agujeros en la base de la cruz oxidada. El hematoma alrededor de su cuello estaba difuminándose, pero un nuevo cardenal adornaba su pómulo izquierdo palpitando con cada pulsación.

No sabía qué iba a hacer a partir de ahora. Tenía diecisiete años, dentro de once meses sería mayor de edad. Este había sido su último curso en el San Cristóbal, no se planteaba seguir estudiando, al fin y al cabo siempre se le había dado fatal. Pero adoraba jugar al fútbol, quería convertirse en profesional, tenía todas la aptitudes para serlo, aun así debía abandonar su sueño. Necesitaba un trabajo, se marcharía de Terrabona cuanto antes y alquilaría un apartamento. No volvería a ver a su padre, solo con pensarlo empezaba a llorar desesperado. Su mundo desmoronado.

Un petardo reverberó alrededor de la montaña, no hizo caso, siempre había niños que tenían petardos sobrantes de fallas y no se podían esperar hasta las próximas para tirarlos. Otra detonación, esta mucho más fuerte, sonó al cabo de unos segundos. Rubén juraría que algo había impactado contra la roca a su izquierda haciendo despedir pedazos de grava al aire que le dieron en la cabeza. Se levantó dispuesto a gritar a los niños que se fueran a la mierda.

Lo vio.

Carlos estaba a quince metros de él con un revolver en la mano centelleando al Sol. Se acercaba.

Trató de moverse pero no podía, ¡su pesadilla se había materializado! Quiso gritar pero no podía. El miedo le paralizaba.

Carlos estaba a menos de diez metros. Un fogonazo salió de su pistola.

La bala impactó en el pecho de Rubén, cayó atrás golpeando la cruz oxidada con su espalda. Con un sonido de metal doblándose, la cruz se inclinó más y más hasta que se desgajó por la base y cayó despidiendo polvo y grava montaña abajo. Arrasaba con todo a su paso.

El dolor en su pecho y en su espalda era tan intenso que estaba a punto de perder el conocimiento, no podía pensar, no podía respirar, cuando trataba de hacerlo solo le salían sonidos guturales como si estuviera haciendo gárgaras. Le corría sangre por la boca y por la nariz.

Tenía a Carlos a sus pies apuntándolo y supo que iba a morir. Parecía que estuviese ansioso por apretar el gatillo una última vez. El revolver temblaba violentamente.

—No me joderás más. No harás daño a nadie más. ¿Qué has hecho con Lara?

—¿Qué? —dijo Rubén, asustado entre gárgaras de sangre.

—La has matado, admítelo cabrón. No te valía ser el mejor; tuviste que tomarla conmigo. ¡Has destrozado el único recuerdo de mi madre! Pero, no vas a hacer más daño.

Carlos le apuntó a la cabeza. Rubén empezó a temblar, pero a Carlos no iba a tragarse la escena del desvalido, no dejaría que le embaucase.

—Lara está bien —dijo Rubén con gran esfuerzo—, ¡yo no la he matado!

—¡MENTIRA! ¡Eres un mentiroso de mierda! Te voy a dar otra oportunidad. ¿Dónde está Lara?

—¡No lo sé! —gritó— Carlos por favor no me mates.

—Ahora ruegas. Esto es lo que se siente cuando tú abusas de los demás: tu destino está en manos de otro. Tienes miedo ¿¡verdad!?

Rubén lo miró temblando de manera descontrolada, empezó a llorar. Parecía un niño pequeño.

—Los insultos, las amenazas, las palizas... Cuando abusas demasiado de alguien, este llegará a su límite y te hará pagar las consecuencias. ¿Por qué eres así? ¿¡Por qué me odias!?

Rubén se debatió entre gimoteos y la opresión de su propia sangre en su garganta. ¿Acaso trataba de defenderse?

—¡Porqué no soy nada! —gritó con una claridad abrumadora—. Carlos, soy gay y por eso mi padre me ha echado de casa. Mi padre te admiraba y yo no lo podía soportar, estaba celoso. Carlos, tu eres un héroe, ayudas a las personas. No eches a perder tu vida.

—Es demasiado tarde —dijo desesperanzado.

Carlos se debatía, como si una fuerza le obligara a apuntar y volarle la cabeza a Rubén y otra le instará a tirar el arma. En un pulso invisible, ambos contrincantes luchaban por la victoria, uno de ellos era el más fuerte. El revolver giró en su mano y se posó en su sien derecha. El dedo estaba en el gatillo apunto de apretarlo. Había ido demasiado lejos. La última bala estaba destinada para él.

¡BANG!

La reverberación, como un trueno que se extiende por las nubes, les rodeó.

En Terrabona, muchos salieron a sus terrazas y dirigieron la mirada hacia la montaña que se había quedado sin monumento. Todos quedaron quietos aguardando el desenlace de tal incidente. El cielo quedó oscurecido por una gran nube negra pero un rayo celestial brillaba donde antes la sagrada figura solía reposar. Ahora escenario de un crimen. Todo el mundo contuvo la respiración ante aquel último y decisivo disparo.

Rubén miraba a Carlos tendido en el suelo, sorprendido por lo que acababa de hacer. No creía que tuviera el valor de apretar el gatillo. El tiro le había arrancado un trozo de cuero cabelludo, sangre manaba de su oreja derecha. Yacía inmóvil.

Carlos dio una patada espasmódica al aire. Rubén, se sobresaltó y el dolor en su pulmón fue desvanecedor. ¿Cómo era posible que siguiese vivo con un tiro en la cabeza? En realidad, había levantado el revolver en el último segundo, disparando la única bala que le quedaba hacia arriba. La detonación fue de tan cerca que la bala pasó rozándole en su camino hacia el cielo. Quedó sordo, solo oía un pitido constante.

Se puso de pie con mucha dificultad, se tapó las orejas y algo duro de dio en la cabeza mareándole aun más. El revolver seguía en su mano derecha, lo tiró con todas sus mermadas fuerzas perdiéndose entre la vegetación muchos metros abajo. Vio a Rubén y empezó a temblar, sus ojos se anegaron. Lanzó un grito desgarrador y cayó de rodillas.

El silencio se hizo entre ellos. Carlos miraba al suelo tapándose la boca con la mano acallando de manera infructuosa sus violentos sollozos.

—¿¡Qué estás haciendo!?! —dijo la Voz en un tono desesperado—. Acaba de una vez.

—¡NO! Tú me has hecho hacer esto. Me entregaré, lo contaré todo. Me da igual si me encierran en un manicomio. Soy más fuerte que tú. No volverás a manipularme.

—No eres más que un cobarde, me necesitas, lo sabes. No vas a poder deshacerte de mí.

Delante de Carlos se manifestó un ser translucido de sombras y humo. El ser estaba de espaldas a él. Se giró y para horror de Carlos, reconoció su rostro.

—Yo soy tú —dijo la Voz que ahora tenía cuerpo, *su* cuerpo.

Un largo grito de angustia desgarró la garganta de Carlos. No podía ser él mismo quien quisiese vengarse de Helena, Pablo y Rubén con tal temeraria obsesión. No podía ser que en él hubiese esa maldad latente, él no era así, No, no podía ser ¡NO!

—¡Aaaaaaaaaaaaahhhhhhhhhh! —volvió a chillar y ese chillido quedó cortado por un sollozo desesperado.

El ser sonrió encantado, Carlos no disponía de una pistola para acabar con su vida, desapareció dejándolo a él pálido como la tiza, temblando en el suelo.

Pasaron unos minutos. La Voz no regresó. Se calmó lo justo para gobernarse a sí mismo, aunque de la manera más precaria que existiese. Carlos se quedó mirando a Rubén. Un charco de sangre se estaba formado alrededor de él, la tierra la succionaba tiñéndola escarlata. Un silbido salía de su pulmón perforado cada vez que intentaba respirar. Seguía vivo.

—¿Puedes ponerte de pie? —dijo Carlos con su débil y temblante voz.

Rubén, extrañado, asintió. Con cuidado, Carlos lo levantó pasando el brazo de Rubén por su cuello para que se sujetase.

Con cada paso que daban, Rubén gemía de dolor. La sangre de Rubén pesaba sobre Carlos. Les quedaba demasiado camino hasta la comisaría de policía. La sangre de sus tres compañeros ensuciaba su camisa, así sentía su alma, mancillada.

—Rubén, mírame —un rostro desprovisto de todo color le miró—, lo siento.

En una arcada sorda, con espuma y sangre en la boca, Rubén sonrió levemente. Aquello no sirvió para aliviar la culpabilidad de Carlos pero al menos le sirvió para seguir adelante.

—Tengo una idea —dijo—. Dame tu teléfono.

Carlos buscó entre los bolsillos de Rubén y sacó su teléfono móvil.

La operadora contestó al primer tono.

—Emergencias. ¿En qué puedo ayudarle?

—Necesito una ambulancia en la senda sur de la Montaña de la Creu en Terrabona, Valencia.

—¿Cual es la emergencia, señor? —insistió la operadora.

—Yo... he disparado a mi amigo en el pulmón y ahora se está desangrando. Vengan... por favor.

—¿Solo hay una víctima señor?

Silenció. Carlos no podía contestar, nuevas lágrimas brotaron. Pero se forzó a continuar.

—No. He matado a otros dos compañeros.

Silencio.

—¿Cómo se encuentra su amigo?

—Le he disparado en el pulmón... sigue consciente.

—¿Cómo te llamas?

—Carlos Cots.

—¿Cuántos años tienes, Carlos?

—Dieciséis.

—¿Tu amigo también?

—No, él es un poco mayor.

—Tranquilízate Carlos, la ayuda está en camino. Deja esta línea libre para que podamos hablar.

—Deprisa, por favor.

Estaban llegando al fin de la senda que los llevaría al pueblo.

Las fuerzas le fallaron a Rubén en ese momento. Carlos trató de agarrarlo con más fuerza pero cayeron ambos al suelo. Carlos le miraba. Estaba tumbado junto a él cuando pasó. Ver como la vida lo abandonaba era algo que nunca olvidaría. No hubo últimas palabras como en las películas, solo un estertor final y se quedó quieto, mirando sin ver al cielo que con un rayo solitario de luz brillaba sobre ellos.

Al cabo de pocos minutos llegó un coche patrulla. Un policía bajó. «Toni» pensó Carlos, era el único que quedaba después de que Pau y Arnau murieran. El policía se quitó la gorra.

—Carlos, ¿Qué ha pasado?

¡Era su padre! ¿Cuándo le habían dado el alta?

Carlos empezó a llorar, tenía que confesar. Solo la verdad le haría libre. Su alma lo necesitaba.

Lo que había hecho le perseguiría el resto de su vida.

EPÍLOGO: ENTREVISTA A UN ASESINO

Han pasado cuatro años desde «El Caso Terrabona» y aun me obsesiona. Me persigue cada noche cuando menos me lo espero y me priva del sueño. He escrito este libro para exorcizar dicho demonio. Durante la fase de documentación para este libro grabé con mi móvil una serie de audios y videos que ilustran mi viaje al corazón de Terrabona y a la verdad que allí se ocultaba. Quisiera pues transcribir aquí algunos de los extractos más importantes para que vosotros, mis queridos añorados lectores, seáis testigos de primera mano de mi experiencia.

Vid20240118_202059.MP4

He vuelto a discutir con Pepe sobre lo que pasó en Terrabona. No comprende el monstruo que es Carlos Cots. Él cree a las noticias que dicen que no es más que una víctima de las circunstancias. Pues yo digo que fue asesinato a sangre fría, nadie se ensaña así si solo se está defendiendo, no asa a un chico como a un pollo, golpea en la cabeza a una amiga y derrumba una cruz cuando mata al otro. Yo creo que este mundo se divide en dos tipos: El primero, los hijos de puta y el segundo, las buenas personas. Punto.

Audio20240125_030321.MP3

¿Por qué no dejo de pensar en esto? Llevo una semana sin dormir, tengo ojeras y estoy cabreado con todo el mundo. Tengo que averiguar la verdad, necesito saber de primera mano qué sucedió en Terrabona y no lo que me ha llegado manipulado a través de la tele e internet.

Hay algo oculto, lo sé, y sé también que no podré continuar con mi vida normal si no lo sé absolutamente todo.

Audio20240125_101423.MP3

¡Tengo una idea! Siempre se me ha dado bien escribir historias ¿y si viajo a Terrabona? Quiero ser verídico, sí, pero no quiero aburrir al lector con una sucesión de información, lo haré mejor, voy a dramatizar lo ocurrido siendo fiel a lo que pasó y a lo que sintieron las personas implicadas.

Voy a viajar a Terrabona y hablaré con los testigos directos, ellos son los únicos que poseen la verdad. Cierto, ellos me contarán una historia parcial, pero donde sus testimonios converjan allí estará la verdad.

Vid20240126_090800.MP4

No debería hablar mientras conduzco el coche, una multa es lo último que necesito. Estoy saliendo de mi Oliva natal en dirección a Terrabona, nunca he estado allí, es un pueblo de unos tres mil habitantes, antes del caso ni siquiera había oído hablar de ese pueblo. No tiene nada de especial, en internet si obviamos las noticias del “caso” de Terrabona solo se encuentra su localización y los habitantes. Eso es todo. Ni personajes ilustres, ni monumentos antiguos ni rutas de montaña, ni sus playas, nada.

Estoy llegando ya. Este pueblo es deprimente, para que lo diga yo ya debe ser grave, es gris, monótono, toda la vida parece haber sido extirpada. Veo la famosa Montaña de la Creu, no es más que una colina de unos setenta metros, en la cima no hay ni rastro de la cruz, nadie se ha

preocupado por reemplazarla. Mirad estas calles, lo veis, todo agrietado y viejo. ¿Dónde está la gente? Mira allí hay un señor mayor, se le ve solitario, a lo mejor sabe dónde está el ayuntamiento.

Muy bien después de perder tres horas para algo que me habría llevado treinta minutos por fin tengo las direcciones de todos los implicados y voy a hablar con ellos.

Audio20240126_213010.MP3

Estoy delante de la casa de Carlos Cots. Estoy muy nervioso, sé que no debería estarlo, pero voy a hablar directamente con su padre. No sé cómo va a reaccionar, nadie ha podido hablar con él directamente. Si hay alguien que sepa la verdad ese es él.

[Dejo el móvil sobre una mesa. Rafa Cots se acerca a mí con dos zumos de naranja, me ofrece uno]

HP—Señor Cots, espero que no le importe que esté grabando nuestra conversación.

RC—Preferiría que no lo hicieses. He accedido a hablar contigo ¿no tienes suficiente?

HP—Necesito estas notas para mi libro.

[Rafa niega con la cabeza. Puedo notar su nerviosismo]

RC—¿No ha habido demasiados artículos y reportajes? ¿No ha habido suficiente?

HP—Nadie ha contado la verdad. Lo sabe, por eso esta tan nervioso, piensa que no soy más que otro periodista que viene a difamar a su hijo.

[Se acerca]

RC—No lo sé ¿lo eres?

HP—Señor Cots, creo que soy el único interesado en contar la verdad desde todos los puntos de vista.

RC—Eso dijeron los demás.

HP—Verá, si cuento una noticia, la gente no se lo creará, pero si cuento una historia y puedo comprender a su hijo y a los jóvenes fallecidos tal vez se sepa la verdad.

RC—¿Cual crees tú que es la verdad?

[Silencio]

RC—Lo sabia vas a tratarlo como un monstruo.

HP—Más bien como una batalla entre el bien y el mal, eso es emocionante.

RC—No, eso es mentir.

HP—Yo lo llamo ficción. ¿Por qué lo hizo su hijo?

[Silencio]

RC—¿Por qué no se lo preguntas tu mismo? Tal vez él te lo cuente todo y cambies de idea de esa gilipollez del bien contra el mal.

HP—Nadie sabe dónde está.

[Me mira con detenimiento]

RC—Debería de haber comenzado con él. [Silencio] Noves Almes... es un centro psiquiátrico de Valencia.

Vid20240128_153501.MP4

Este es el lugar, Noves Almes, que lugar más tétrico, las paredes están pintadas de negro y mirad ese grafiti, «Todos aquí están como chotas» esa pintura roja le da un aspecto de sangre goteante. ¿Podré entrar así como así? A lo mejor le tengo que echar morro.

Vale estoy dentro, más vale que me calle o me encerrarán por hablarme a mí mismo.

[Una enfermera se acerca a mí.]

E—Señor, las visitas son de nueve a dos. Vuelva mañana.

[Le pongo un billete de cincuenta en su mano. Ella lo mira.]

HP—Tal vez pueda hablar con un amigo de la infancia durante unos minutos. Carlos Cots.

[Me lleva por un pasillo. Gritos dementes alrededor. La puerta se abre y se revela una habitación minúscula con una ventana de seguridad anti-suicidios. En la cama un chico muy delgado se agarra las piernas con los brazos. Mira hacia mí.]

E—Visita Carlos [se gira hacia mí] treinta minutos.

[Cierra la puerta. Carlos me mira extrañado.]

HP—Carlos, soy Héctor Pous, vengo desde Oliva solo para hablar contigo. Soy escritor y voy a contar tu historia.

[Carlos mira a la distancia]

CC—Si eres periodista. Vete.

HP—No soy periodista, soy escritor. Quiero conocer tu punto de vista de lo que sucedió hace tres años en tu pueblo y escribir la historia más fiel que se halla hecho.

CC—¿Y vas a creer a un loco?

HP—Averigüémoslo.

CC—No.

HP—Carlos, te juro que voy a contar la verdad. Pero no puedo saberlo si tú no me lo cuentas.

CC (sarcástico)—Vas a necesitar muchos viajes para eso.

HP—Los que haga falta. Por las mañanas hay visitas, ¿no?

[Carlos asiente ligeramente atónito.]

CC—¿De verdad vas a venir desde ochenta kilómetros solo para que hablemos?

HP—Te lo prometo.

Audio20240221_080815.MP3

Este es mi tercer viaje a Noves Almes. Carlos se ha mostrado cada vez más abierto desde mi segunda visita. No sé si creer a Carlos, lo que me cuenta es increíble, que una presencia, una especie de voz que solo él oía le guiaba para hacer el mal es lo que lo llevó a que lo encerraran en primer lugar, pero la manera que tiene de contarme su vida previa a los asesinatos me hace pensar que tenía motivos para hacerlo. No me debo de dejar llevar, algunos locos son muy encantadores. Tengo que discernir la verdad.

Hoy he hablado con Lara, se marchó de Terrabona dos semanas después de los asesinatos. Vive en Madrid, estudia Bellas Artes en la universidad y comparte piso con una compañera. Localizarla por internet ha sido tarea imposible, he acudido a casa de su madre y después de una larga charla, me ha dado el número de teléfono de su hija.

Es una chica muy agradable pero no quería hablar de lo ocurrido. Cuando le pregunté por qué no fue al instituto los últimos días antes de los asesinatos ella me confesó:

L—Estaba muy deprimida porque Rubén... habíamos discutido y yo no quería hablar con nadie. Me encerré en mi habitación, lloré y pinté cuadros enfadada. No me enteré de lo sucedido hasta el día después. [Llora] Yo no quería que esto sucediese, algunos me echaban la culpa de lo que sucedió. ¡Yo solo me defendí!

HP—¿Qué piensas de Carlos?

L—Yo lo quería, era mi amigo. No sé que le pasó, se metían con él y él los odiaba, supongo que se pasaron de la raya y reventó. Él estaba celoso de Rubén. Él lo tenía todo, amigos, admiradores... a mí. Carlos me quería y nunca dio el paso.

HP—¿Hubieses aceptado?

[Titubea]

HP—Lo ves, hubieses dicho que no.

L—No.

HP—No sueñas convencida, ¿Sabes lo que es querer a alguien y que no se fije en ti, y cuando tienes el valor de decirlo se ríen en tu cara?

L—Yo no he hecho eso nunca.

HP—He conocido a Carlos y eso no es lo que él dice.

L—¿Eso hice? ¿Lo herí y por eso mató a Rubén?

[Llora]

HP—Lara, no sé si es culpa tuya, pero te prometo seguir investigando.

L—¿Puedes hacerme un favor? ¿Puedes pedirle disculpas por lo que hice? Era una cría idiota con su primer novio, después de lo que ocurrió me he vuelto más sería con las relaciones, estoy saliendo desde hace un año con un chico muy atento que tiene la familia más divertida del mundo, no sé si durará pero noto que estoy madurando y que no pienso solo en mi misma como antes. Dile a Carlos que se recupere, dile que aunque cueste hay gente que no le juzgará y que encontrará amigos. Dile que se dedique a salvar vidas, él ha nacido para ayudar, así se redimirá.

La conversación terminó poco después pero gracias a ella pude hacer unos cuantos incisos sobre su papel en esta historia.

Lo que veo cada vez con más caridad es que los implicados en el «caso Terrabona» no eran más que adolescentes cometiendo las tonterías típicas de la adolescencia. Pero pueden llegar a ser muy crueles con alguien a quien perciban como débil y si ese alguien tiene un pasado como el que tenía Carlos Cots, era como jugar con fuego, porque solo veo uno de dos resultados posibles: en el primero, la víctima absorbe todas las humillaciones y no dice nada a la espera de que la tormenta amaine o bien que pase lo que sucedió en Terrabona, una acción desesperada que en la mayoría de casos acaba en suicidio.

Me pregunto si debo contarle que he hablado con Lara ¿sufrirá algún tipo de crisis? Desde luego las frases de ánimo le ayudarían. Estoy justo delante de la puerta de Noves Almes y no sé cómo afrontar la visita de hoy. ¿Es este chico el monstruo por el que yo vine aquí? La verdad es que estoy confuso. Creí que este chico exudaría maldad en cada poro de su piel, pero veo en él algo que no dista tanto de mi propia juventud y eso me da miedo.

Pasar cinco horas más con él tal vez sean suficientes para mi documentación, pero veo en sus ojos que disfruta con mi compañía y no querría dejarlo. Yo habría dado gracias al cielo para que alguien me escuchase cuando tenía su edad. Soy un hombre de más de treinta años pero lo que me cuenta, su soledad, la pérdida de un familiar, sentirse desplazado, todo ello sigue resonando en mí y no puedo evitar compadecerme de él. Creo que he encontrado el sentimiento que quiero reflejar en mi libro. ¿Puede la gente compadecerse de alguien que ha hecho algo horrible? Solo esta visita me lo dirá.

Quiero hablar con otros de los implicados que tengo anotados en mi lista, pero nadie es más importante que Carlos.

HP—¿Por qué lo hiciste Carlos? ¿Qué te llevó a cometer un acto tan radical?

CC—Te lo he dicho, fue la Voz, por eso estoy aquí.

HP—Hemos estado hablando casi cuatro horas, por favor confía en mí.

CC—Hubo una tormenta. El rayo que me cayó afectó a mi cerebro y supongo que aquello que tenía dentro de mí y que yo escondía salió, pero yo lo notaba como una presencia ajena, la oía tan

clara como te estoy oyendo a ti. En el fondo yo quería vengarme porque no veía otra solución, estaba ciego por el rencor.

[Se levanta]

CC—Llevó tres años arrepintiéndome de lo que hice. Me gustaría volver a atrás y decirme: «Carlos, se fuerte.» pero no puedo. Pero me juré a mí mismo que aquella Voz nunca volverá a controlarme y no la he vuelto a escuchar desde entonces.

HP—Entonces ¿Por qué sigues aquí encerrado?

CC—Penitencia.

HP(incrédulo)—¿Estás aquí por voluntad propia?

CC—La condena fue de dos años, pero decidí alargarlo por voluntad propia. No sé qué lugar ocupo allí fuera, Héctor.

[Silencio.]

HP—Hoy he hablado con Lara.

CC—¿Está bien?

HP—Muy bien, estudia lo que a ella le gusta y es feliz.

[Carlos exhala aliviado]

CC—No dejaba de hacerme esa pregunta desde que me detuvieron.

HP—Me dijo que tú le importabas de verdad, que quiere que te recuperes para salir de aquí y que te dediques a ayudar a la gente. Porque eso se te da bien.

CC—¿Cómo podría hacer eso?

HP—Conozco algunas personas en la Cruz Roja, tal vez incluso podrías ir en la ambulancia si te presentases a las oposiciones.

CC—¿Harías eso por mí?

HP—Claro que sí.

Audio20240221_223121.MP3

La sonrisa de este chico es impagable. Mañana conduciré las entrevistas con Iván, Patricia y el padre de Rubén, Alfonso Ibáñez; si es verdad lo que me ha contado Carlos, debo de andarme con cuidado con él.

Vid20240714_160000.MP4

Meses después de mi primera visita, me encuentro con Carlos y su padre estamos corrigiendo mi último borrador. Rafa lleva cuatro años limpio por su hijo, lo atiende con tanto amor que parece imposible creer por lo que han pasado los dos.

RC—Mi hijo es un héroe [Me dice cuando estamos a solas] Esa es su verdadera naturaleza, pero lo pasó mal por mi culpa, porque no estuve allí para él. Cuando sucedió lo del rayo me prometí no volver a beber, a estar allí por él porque eso es lo que necesitaba, un padre. Lo he conseguido, ni una gota más.

HP—¿Cómo afrontó lo que hizo su hijo?

RC—Cuando me confesó lo que hizo, no pude creérmelo. Fui el primero en ver los cadáveres y lloré, lo recuerdo perfectamente. Lo que hizo fue terrible, pero comprendí por lo que había pasado y no me separé de él. Cuando el juicio se celebró, nuestro abogado insistió en que había sufrido una enajenación transitoria debida al estrés de las humillaciones.

HP—Sí, en la tele no paraban de hablar de acoso escolar. En cierta manera, gracias a Carlos cambiaron las leyes que perseguían a los acosadores y protegían a las víctimas. Como dice mi

abuela «no hay mal que por bien no venga»

RC—Siempre tiene que morir alguien para que cambien las leyes.

Veo ahora a Carlos preparándose para unas oposiciones, quiere conducir una ambulancia, su padre se sienta a su lado y le ayuda a repasar. Me pregunto si se puede borrar el pasado. Carlos está marcado aquí en Terrabona, se lo he dicho, he visto como lo miran los vecinos y él siente tal vergüenza que intenta pasar desapercibido, pero no lo consigue; la gente murmura a nuestro alrededor, le señalan sin mucho disimulo. ¿Qué hace que una buena persona se vuelva mala? He encontrado la respuesta, los engaños con la gente, el ver que ser amable en este mundo no vale la pena, porque te tomarán por tonto y abusarán de tu buena fe. ¿Cómo hubiese sido el Carlos de hace cuatro años si su madre hubiese vivido? Para empezar su padre no hubiese caído en el alcoholismo, Carlos hubiese tenido amor y le hubiesen preparado para afrontar la vida; tal vez hubiese aprendido a confiar en los demás y cumplidos los dieciséis gozara de un pequeño pero leal círculo de amigos, los asesinatos no se hubiesen cometido porque tenía amor.

Mi libro está terminado y cuando lo publique, los demonios que no me dejan dormir volverán al infierno. No quiero dejar a Carlos. En él he encontrado a un amigo inesperado. Su historia la he contado lo mejor que he podido. Solo queda una cosa más.

Esto pesa mucho pero quiero ver la cara de Carlos al abrirlo.

HP—Feliz, uff, cumpleaños Carlos.

CC—¿Eso es para mí?

[Una sonrisa en su rostro mientras camina hacia mí y me abraza. Desgarra el papel de regalo y se queda mirando mi regalo. Levanta la vista, lágrimas le surcan las mejillas]

HP—Se que no sustituye al de tu madre pero...

[Carlos me abraza con tal fuerza que me quita el aliento]

CC—Gracias.

[Saca el piano eléctrico de la caja y empieza a tocar]

CC—He perdido un poco de práctica.

Durante cuarenta minutos acudo al un recital que me pone la piel de gallina. Este chico tiene talento, pone una pasión tal que puedo percibir que lo lleva todo dentro, se comunica a través de un piano mejor que con las palabras, como si solo una melodía pudiese expresar su compleja personalidad. En todo momento me sonrío mientras toca una pieza tras otra de pura felicidad.

Estas han sido algunas de las grabaciones que capturé de mi viaje a Terrabona. No quisiera terminar sin añadir una nota que me pasó ayer Carlos:

Gracias Héctor, por todo.

Quisiera agradecer que te interesaras por mí y escribieras mi historia de manera dramatizada, por triste y cruel que sea, pero sucedió así.

Te deseo mucha suerte y que el libro sea un éxito. Ya sé que dices que el merito es mío por mis correcciones y las entrevistas pero no te equivoques, tú has sido el que ha hecho que todo cobrará vida.

¡He aprobado las oposiciones! Me marchó a Valencia. Va a ser una nueva vida, un nuevo comienzo.

Oliva, Valencia.
21 de Julio de 2024

Sobre el autor:



Héctor Pous (Gandía, 1991) es un enamorado del arte de contar historias, vive en Oliva donde, desde pequeño, se ha estado entrenando para entretener con su imaginación. Espera poder publicar muchos libros que dejen a la gente con la boca abierta.

Twitter: [@XuscPous](#)

Facebook: Héctor Pous Sempere.

Instagram: [Hector_Pous_Escritor](#)